

LA CAVERNA DE JOSÉ SARAMAGO: LAS CONDICIONES DE LA EXISTENCIA  
EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

JAIME ALONSO SÁNCHEZ NARANJO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA  
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA  
MEDELLÍN  
2013

LA CAVERNA DE JOSÉ SARAMAGO: LAS CONDICIONES DE LA EXISTENCIA  
EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

JAIME ALONSO SÁNCHEZ NARANJO

Trabajo de grado para optar al título de  
Magister en Filosofía

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA  
MEDELLÍN  
2013

Nota de aceptación

---

---

---

---

---

Firma  
Nombre  
Presidente del Jurado

---

Firma  
Nombre  
Jurado

---

Firma  
Nombre  
Jurado

Medellín, 11 de marzo de 2013

“Entonces Blimunda dijo, Ven. Se desprendió la voluntad de Baltazar Sietesoles, pero no subió hacia las estrellas, si a la tierra pertenecía y a Blimunda”.

*Memorial del Convento*

## **AGRADECIMIENTOS**

El autor expresa sus agradecimientos a:

En primer lugar a mi esposa, quien con su paciencia, apoyo y comprensión ha vivido el proceso de preparación y ejecución de este trabajo que siempre añoré realizar como tributo a José Saramago y al deleite que encuentro en la filosofía. A mi hija Isabella, quien me permitió ocuparme seriamente del análisis, la escritura y la concentración en las tempranas horas de la mañana. Y finalmente a mi directora de tesis Paula Dejanón, quien me ha acompañado con su direccionamiento y confianza en estos años.

## TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	
1 Marco teórico.....	13
2 Dialéctica existencial entre modernidad y postmodernidad .....	21
2.1 Una vivencia de la postmodernidad a medio camino .....	22
2.2 Rastros postmetafísicos .....	27
2.3 La postmodernidad y el juego de nuevas conciencias .....	33
2.4 La postmodernidad como chance .....	40
2.5 Del ser y su entorno postmoderno .....	46
2.6 El Centro: referente de la sociedad postmoderna .....	52
2.7 Contrariedades postmodernas .....	59
3 El ser y sus contradicciones .....	65
3.1 Contradicciones del ser social.....	65
3.2 Sentimientos del ser contemporáneo.....	77
3.3 La aniquilación del sentido .....	87
3.4 El ser y el trabajo .....	95
4 Lo local y lo global .....	102
4.1 Arcilla – Plástico.....	105
4.2 El Centro o la denominación global.....	121
4.3 Campo - Ciudad .....	128
4.3.1 Una idea de Campo.....	129
4.3.2 Dinámicas sociales .....	131
5 La Caverna: El corazón del Nihilismo.....	137
5.1 Una sociedad Nihilista.....	138
5.2 Nihilismo activo y reactivo .....	141
5.3 El nacimiento del Centro nihilista .....	145

5.3.1	<i>La Caverna</i> : el descenso como ascenso .....	150
5.4	Época de rupturas .....	154
5.5	Vida nihilista .....	158
5.6	El Centro: foco del nihilismo .....	165
5.6.1	La voz del Centro.....	168
5.6.2	Más nihilismo: control y vigilancia.....	171
5.7	Nihilismo religioso .....	175
5.7.1	El <i>Centro</i> : nuevo dios .....	181
6	Conclusiones.....	184
7	Bibliografía .....	197

## Introducción

El lector se encontrará con el análisis crítico y riguroso, desde el ámbito filosófico, de la novela *La Caverna* de José Saramago. Esta novela es seleccionada debido al alto contenido de los sentimientos, vivencias y angustias que presenta el ser humano en la contemporaneidad. Desde allí se realiza una radiografía al ser, quien vive inmerso en medio de dinámicas difíciles, novedosas y cambiantes. La narración que allí se configura parece rastrearse en estos días, en los que cobra preponderancia los temas del mercado, la pobreza, la técnica, el consumo y otros aspectos más que influyen directamente en la construcción de la cotidianidad del sujeto.

En *La Caverna* se describen las circunstancias en las que habita la condición humana; y tales problemáticas serán comprendidas desde la propuesta filosófica de algunos pensadores contemporáneos, especialmente desde la mirada social y nihilista del italiano Gianni Vattimo, quien junto con otros autores de la talla de Lyotard, Paul Ricoeur, Sartre, y otro número de pensadores contemporáneos como Bauman, Lipovetsky y Baudrillard, ayudarán a modelar las explicaciones concernientes a las singulares experiencias del ser humano en la actualidad. Existe, en esta propuesta neo-hermenéutica, una relación escasamente vislumbrada en la filosofía, pues el nobel José Saramago -hasta hace un par de años vivo- es hoy en día un icono del pensamiento contemporáneo que empieza a ser estudiado. Su obra literaria, crítica y periodística, deja entrever una postura cuestionante del mundo, a la cual es primordial seguir ofreciéndole un eco, no como respuesta, sino como interrogación permanente.

El análisis filosófico comprende cuatro capítulos que tienen como eje central al ser humano, pues se decanta de la obra saramaguiana la preocupación



acuciante por la humanidad, especialmente por las vivencias que se le presentan en la actualidad; esas que también se comportan de forma ambivalente.

Así, el primer capítulo gira entorno a la dinámica que existe entre modernidad y contemporaneidad, a la hora de explicitar cómo el paradigma de lo moderno aparece como lucha en medio de una sociedad de contrastes. Sin embargo, allí mismo se percibe con notoria vastedad, cómo el individuo también se expone a los nuevos postulados de lo postmoderno, atendiendo especialmente al constante acontecer del ser, en el que se encuentra la posibilidad y la diversidad como pilares para la construcción de nuevos significados de vida.

El capítulo dos alude al problema de la condición humana, llevando todas las tesis expuestas a soportar las dimensiones que el ser debe soportar bajo las dinámicas de la contemporaneidad. Yace aquí una ontología que el narrador presenta como: difícil, de retos, que no cesa, pero que se expone a avasalladores cambios en los que en ocasiones el hombre se ve petrificado, debido a la dinámica social en la cual tiene que vivir. Es posible rastrear sinnúmero de emociones, pruebas y entornos en los cuales debe desenvolverse el individuo de esta época, conllevando a resignificar al ser y el proceso de identidad en medio de los suyos, y denunciando los espacios a los cuales el hombre queda rezagado cuando no garantiza el ritmo que la sociedad le impone. Se devela, en la narrativa, una crisis profunda del ser humano, pues su identidad se ha extraviado; la imposibilidad para reconocerse en las nuevas representaciones sociales y culturales, conduce al individuo a una especie de ostracismo en el que deben surgir nuevas dinámicas humanas y sociales para que este subsista.

Lo local y lo global es el apartado que procura identificar claves interpretativas del texto a la luz de la dialéctica en la que emerge el hombre contemporáneo, especialmente aquellas que generan una división ante el significado de la vida misma, entre ellas: campo y ciudad, medios artesanales de fabricación y la producción industrial, lo duradero y lo efímero; contrastes estos y

otros más que son rastreables en la obra, y que detallan las configuraciones mentales que se trazan hoy en los individuos, llevándoles por tanto a la configuración de nuevos esquemas sociales en los que aparecen análisis interesantes desde los filósofos y pensadores contemporáneos. Las condiciones de esa humanidad real, para nada novelesca, antepone la crudeza, la angustia y el dolor que la existencia trae consigo en el hombre del siglo XXI; todo esto como herencia de las nuevas prácticas y de los imaginarios que se van cultivando en los centros de poder, los cuales se podrían convertir en asfixiantes si no se establecen relaciones apropiadas.

Finalmente, y aunque el mismo José Saramago nunca se consideró nihilista, aparece un capítulo que deriva a tal problema, especialmente a la hora de identificar una serie de fuerzas presentes en la novela, las mismas que permiten reconocer el valor del individuo en medio de un sistema económico y social estremecedor. Por otro lado, se identifican las instituciones que a su vez dinamizan al entorno social, conduciéndoles a ritmos de vida en el que el individuo se homogeniza. Así, el nihilismo se proyecta también desde varios autores contemporáneos, mostrando como estas fuerzas configuran el ritmo de la sociedad y de todos aquellos que se nutren de la misma.

Esta exploración filosófica no busca darle a Saramago el estatus de filósofo, pues él mismo nunca lo dijo, ni lo defendió, sin embargo, su afán de interpretación y análisis de la realidad significan el coqueteo permanente que el portugués le brindo a la reflexión filosófica. En el caso particular de este análisis es la obra *La Caverna* –nombre alusivo a uno de los mitos expuestos por Platón en *La República*– la que centra todo el interés. Allí, José Saramago, muestra la realidad de una familia que debe vivir en la época actual, en tanto sus personajes se enfrentan a los relatos que la posmodernidad va construyendo –y les impone a través de ciertas prácticas–, tales como la convivencia en el Centro, las nuevas dinámicas comerciales, los cinturones que rodean la ciudad, la industrialización, las nuevas formas de la condición humana y del ser que deben acoplarse a

nuevos lugares, ritos y tiempos. Por otro lado, se evidencia la concatenante lectura a la luz de la propuesta Vattiniana de la posmodernidad donde los *mass media* juegan un papel decisivo para otorgarle rasgos propios a la identidad del ser humano. Sin embargo, allí mismo se mostrará una sociedad caótica y compleja, en la que existen, a pesar de las expresiones de diversidad, fuerzas que desean homogenizar y estandarizar la existencia. En este sentido, Vattimo ofrece una mirada complementaria a la del literato, pues el filósofo explica los mecanismos plurales y de diversidad que otorgaría una nueva definición del ser, como antítesis de lo que acontece en la novela, en la que aparecen nuevas fuentes de poder que buscan controlar al sujeto social.

Debe precisarse que se pretende abordar, desde la reflexión filosófica, una serie de experiencias vitales que el portugués presenta en su novela de forma narrativa, en tanto estas son producto de lo que percibe en la realidad, en los medios y en sus propias vivencias. Por tanto, ya hay bastante carga reflexiva en su literatura, sin embargo, el análisis teórico filosófico de las mismas es un trabajo que hoy por hoy toma un interés inusitado.

La contemporaneidad es una categoría que se adhiere a la categoría de la posmodernidad, y aunque el objetivo de la tesis no recae en diferenciar o definir cada una de estas instancias, estos términos suelen equipararse con definiciones cercanas al cambio; llamando lo contemporáneo a las nuevas dinámicas sociales expresadas a través de fenómenos que marcan cada vez más al ser humano. Entre los rasgos de la contemporaneidad debe identificarse que la humanidad enarbola su ser desde las nuevas vivencias y condiciones, las mismas que obligan a que aparezca una nueva ontología, especialmente rediseñada por factores sociales, comerciales y espaciales que procurarán ser develados a través de la comparación filosófica y los sucesos que son narrados en la novela.

El producto final será un trabajo dialéctico - hermenéutico en el que se irá concatenando la filosofía contemporánea -basado en los textos presentados en la

bibliografía final-, en tanto estos sirvan para explicar las narraciones encarnadas por los personajes de la novela de José Saramago. La observación, la familiaridad con la época, y la comprensión de la obra completa del escritor, permitirá encontrar dichas filiaciones y subrayar las propuestas interpretativas, siendo verificadas en la elaboración futura de una investigación en la que se advierta la ética saramaguiana como rastro esencial en toda la obra del lusitano.

## 1 Marco teórico

La investigación armónica entre filosofía y literatura no es sencilla, sin embargo, ha de reconocerse que desde la génesis filosófica, la literatura y sus diversos estilos han estado presentes. Ha de enunciarse en este caso el trabajo realizado por el filósofo Platón, quien a través del género narrativo del diálogo, logró plasmar un contenido filosófico que todavía es paradigma dentro del *corpus* filosófico actual.

Aunque el trabajo no tiene como objetivo justificar la relación entre filosofía y literatura, es conveniente resaltar un par de ideas que el filósofo y literato Jean Paul Sartre precisa en uno de sus textos, cuando se refiere a la labor reflexiva que cada escritor le provee a sus textos: “Todo escrito posee un sentido, aunque este sentido diste mucho del que el autor soñó dar a su trabajo...Ya que el escritor no tiene modo alguno de evadirse, queremos que se abrace estrechamente con su época; es su única oportunidad; su época está hecha para él y él está hecho para ella” (Sartre 2003 11,12). Sartre, en algunos de estos apartados y otros más, evidencia la razón de ser del escritor, del pensador, mostrando que la obra escrita es el hecho social mismo que contiene un análisis, una mirada singular en la que se revela el autor, su crítica, sus sentimientos, frustraciones y propuestas. A parte de ello, es la radiografía misma de la época. Por esa razón, el estudio de *La Caverna* permite introducirse en las esferas mismas de la condición humana, pues su temática procura tocar las fibras mismas de la existencia, de los problemas que yacen en la contemporaneidad y en sus latentes dinámicas.

El análisis y estudio correspondiente al Nobel José Saramago, aunque no ha sido ajeno a las aproximaciones filosóficas, no es profuso, ya que el énfasis de tales investigaciones han sido más del corte literario que del filosófico, donde abundan aspectos que tranquilamente podrían ser rastreados desde el ámbito ontológico, metafísico, axiológico, antropológico, religioso, entre otros. La prolijidad

del autor se diversifica, pues tuvo la calidad de tocar los puntos más delicados de la naturaleza humana, por esa razón, su estilo se encuentra tan alineado al realismo, bebiendo así para su escritura, de todos los escollos que el ser humano permanentemente enfrenta.

En la exploración de algunos de los trabajos, que sobre este autor se han realizado, es posible encontrar tópicos interesantes como la versatilidad del estilo narrativo del autor y una descripción compleja, pero dicente como lo afirma Valentina Marulanda: “Una de las formas de lograr el autor su propósito manifiesto de acceder a lo esencial, al ser del hombre, desde esa aproximación que él quiere más teórica, más totalizante, ¿más filosófica?...”(Marulanda 2001 26). Dejar en punta esta cita es promover el tránsito de aquello que hasta el momento puede no ser reconocido en el autor, acaso una escritura de carácter filosófico, que posteriormente corroborará en uno de los prólogos el reconocido literato y semiólogo Umberto Eco: “Entonces vuelve a escena el Saramago filósofo-narrador, ya no irritado sino meditabundo, e inseguro. Con todo, no nos disgusta tampoco cuando se enfurece. Resulta de los más simpático” (Saramago 2011 29). Así, ha de rastrearse la relación con la filosofía en tanto exista la capacidad por cuestionar al ser mismo en la época, más que atender al afán practicista de dar respuestas.

No en vano *La Caverna* se construye con la imagen de fondo de la alegoría platónica del libro VII de *La República*, tesis sustentada por Manuel Prada Londoño, cuando explica el paralelo de los personajes de las historias, los cuales se encuentran cegados y encadenados, percibiendo dicha semejanza con la imagen metafórica de los hombres actuales y las vivencias que éstos perciben “...del mercado y la publicidad, propio de nuestro tiempo” (Prada 2006 167).

Para completar la reflexión que Saramago suscita en el texto, es conveniente reiterar esa figura que Platón establece de aquellos que yacen encadenados mirando hacia la pared, donde sólo restan sombras y apariencias, la

única realidad y verdad para estos. Esas cadenas simbolizan, en *La Caverna* de Saramago, la unión que sujeta al individuo contemporáneo a la preocupación por su estatus, a la adhesión de las dinámicas mercantiles de la moda, el consumo, de utilidad y producción. Quien se sale de estas dinámicas ha de ser rechazado, aniquilado; como el hombre que es asesinado por los que no se atreven a salir de la caverna platónica.

Por tanto, la condición del ser humano queda reducida a los propósitos que de manera indirecta los medios, las mega instituciones, los estados y otros mecanismos de poder van insertando en los imaginarios de la comunidad, tales como: la importancia del asenso económico y social, la felicidad a través del consumo, la necesidad de sentir la mayor cantidad de experiencias posibles, lo real puede ser reemplazado por lo virtual, optar por lo global en vez de lo local<sup>1</sup>, nuevos prototipos de seguridad en el encerramiento y la vigilancia, entre muchos otros aspectos que serán analizados en el texto a través de sus protagonistas.

Estos imaginarios no son espontáneos o aleatorios, cada uno de los protagonistas a través de sus historias viven experiencias singulares que harán posible el análisis y reconocimiento de estos aspectos que aparecen en la obra de Saramago al darle vida a una familia que vive en esta época, dejando entrever que los cambios sociales han sido enormes en el siglo XX y XXI, sin dejar de atender las nuevas dimensiones políticas y económicas a las que el ciudadano debe ceñirse. Cada uno de los protagonistas muestra, a través de sus actos, trabajos y diálogos, las exigencias y condiciones a los que la sociedad y los mecanismos de poder —ejemplificados en el párrafo anterior— les conduce. Hay un cambio de tipo ontológico que debe ser considerado; un nuevo modo de ser que en el desarrollo de los capítulos podrían comprender como dialécticos, oscilantes o pendulares, gracias a que la idea de lo fijo, permanente y estable no es la vía directa para comprender la posmodernidad.

---

<sup>1</sup> Es de anotar, que la dinámica que surge entre lo local y lo global desencadena problemáticas inquietantes tales como los nacionalismos.

Otros pensadores han desentrañado las problemáticas que revelan el texto *La Caverna*. Horacio Costa, por ejemplo, concibe *La Caverna* como una crítica al mundo cosmético, de reproducción masiva y poderío sobre el individuo, mientras refuerza la idea de que esta novela no hace más que calcar la realidad que se vive todos los días en nuestras ciudades: “*O mundo de A Caverna reflète diretamente nosso presente, o “Centro” é parte de nosso cotidiano, e, por quantos Algores não cruzamos em cada um de nossos dias, nas ruas das metrópoles que habitamos?*”<sup>2</sup> -El mundo de *La Caverna* refleja directamente nuestro presente, el Centro, el cual es parte de nuestra cotidianidad, y, ¿con cuántos Algores nos cruzamos en cada uno de nuestros días, y en las ciudades que habitamos? -<sup>3</sup>.

En otro de los textos analizados, varios estudiosos relacionan *La Caverna* con el film *El show de Truman*, el mito de la Caverna de Platón y la categoría de hiperrealidad postmoderna propuesta por el filósofo Jean Baudrillard. En este texto se habla de los nuevos símbolos de consumo como el Centro Comercial, siendo reemplazado por anteriores centros de encuentros como la plaza, la iglesia, las calles. De esta manera Jean Baudrillard concuerda con Saramago a la hora de mostrar que el ser humano está siendo cercado por nuevas formas de comprensión vital, con las cuales se pretende dar sentido a la existencia, a través de la emulación tecnológica de la realidad, de la recreación virtual, de la vigilancia y la protección. “*Tanto o prisioneiro na Caverna de Platão, como Truman e Cipriano Algor no romance de Saramago, libertaram-se de suas “cavernas”, através do raciocínio, questionando suas realidades apesar da hiper-realidade que os cercavam.*”<sup>4</sup> –Tanto el prisionero del mito de la caverna de Platón, como el Show de Truman y Cipriano Algor en la novela de Saramago, deberán liberarse de sus propias “cavernas”, a través del raciocinio,

---

<sup>2</sup>Fragmento tomado de la siguiente reseña:

[http://www.fflch.usp.br/dlcv/posgraduacao/ecl/pdf/via05/via05\\_16.pdf](http://www.fflch.usp.br/dlcv/posgraduacao/ecl/pdf/via05/via05_16.pdf)

<sup>3</sup> Traducción realizada por el autor.

<sup>4</sup> Fragmento extraído de la reseña:

[http://www.inicepg.univap.br/cd/INIC\\_2006/inic/inic/08/INIC0000153\\_ok.pdf](http://www.inicepg.univap.br/cd/INIC_2006/inic/inic/08/INIC0000153_ok.pdf)



cuestionando sus propias realidades a pesar de las hiperrealidades que los cercaban”<sup>5</sup>.

Estos trabajos mencionados no abarcan la totalidad de los temas presentados por José Saramago, incluso faltan los lentes de otros filósofos que podrían versar a través de sus obras y pensamientos, y que a su vez, comparten esa mirada de complejidad actual sobre el mundo, sobre los medios y las masas. Por esa razón, una de las principales lupas con la cual se mirará el trabajo de José Saramago, será la propuesta contemporánea de filósofos como Vattimo, Lyotard, Volpi, Bauman, Lipovetsky, quienes a través de los textos de pensamiento contemporáneo, permitirán complementar el análisis desde el rigor hermenéutico, ontológico y nihilístico, el trabajo reflexivo del escritor portugués.

Uno de los textos referentes para dicho análisis será *La Sociedad Transparente*, en este texto el autor se atreve a definir la posmodernidad como un evento propio de las sociedades que están sometidas a los *mass media*, instrumentos estos, que permitirán, sobre todo, la comprensión multicultural y plural de las comunidades. Nuevas relaciones se establecen bajo esta dinámica, pues existe, en las palabras de Vattimo, *oscilación, cambio, caos*; experiencias todas ellas que permiten entronizar la diversidad, la tolerancia como una manifestación del ser que puede sustentar la emancipación del hombre, como propuesta esperanzadora de Vattimo, sin embargo, Saramago mostrará que no es esa dinámica la que proponen algunos mecanismos de poder de la posmodernidad, pues existen algunas fuerzas institucionales, tradicionales o de moda, que imponen maneras homogenizantes en la sociedad, procurando excluir a aquellos que no hagan parte de esa mirada. El *Centro*, en la novela de Saramago, se convierte en esa fuerza que procura estabilizar, fijar y detener el significado del ser, de la condición humana, sometida a nuevos imaginarios que se van construyendo gracias al consumismo, las políticas del mercado y el capitalismo.

---

<sup>5</sup> Traducción realizada por el autor.

En cuanto cae la idea de una racionalidad central de la historia, el mundo de la comunicación generalizada estalla en una multiplicidad de racionalidades locales –minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas- que toman la palabra, al no ser, por fin, silenciadas y reprimidas por la idea de que hay una sola forma verdadera de realizar la humanidad, en menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades limitadas, efímeras, y contingentes (Vattimo 1996 84).

A este ritmo de escritura con la que Vattimo comprende el significado de la posmodernidad y su diversidad de miradas, ha de contextualizarse por otro lado con el ritmo propuesto en la novela de José Saramago, donde muestra el peso de esa idea entronizada que quiere imponer *una sola forma verdadera* de realización, cuando Marta, la hija de Cipriano Algor, comprende una realidad aplastante: “Qué será de nosotros si el Centro deja de comparar, para quién fabricaremos lozas y barro sin son los gustos del Centro los que determinan los gustos de la gente...” (Saramago 2001 52)

Y páginas más adelante, Cipriano, el protagonista de la novela, reflexionará de la siguiente manera:

[...]se preguntaba si valdría la pena seguir aquí pasando esta vergüenza, siendo tratado como un lelo, un don nadie, y para colmo tener que reconocer que la razón está del lado de ellos, que para el Centro no tienen importancia unos toscos platos de barro vidriado o unos ridículos muñecos imitando enfermeras, esquimales y asirios con barba, ninguna importancia, nada, cero. Esto es lo que somos para ellos, cero (Id. 129).

Vattimo considera que el hombre en la posmodernidad busca la emancipación, y esta se encuentra escondida tras el velo del nihilismo que la sociedad aporta a través de las nuevas formas de comprender el mundo: “...no hay fundamentos últimos ante los cuales nuestra libertad deba detenerse, como, por el contrario,

siempre han pretendido hacernos creer las autoridades de todo tipo que querían imponerse en nombre de estas estructuras últimas” (Vattimo 2004 10). Esta propuesta es acorde con la de algunos personajes que figuran en la novela analizada. Cipriano Algor, especialmente, se ha dado cuenta que Dios ha abandonado su creación, por lo tanto, ante esa carencia de divinidades, aparecen nuevas autoridades que imponen formas de vivir y pensar, en este caso, representada en el *Centro*. Este ser casi omnímodo, del que depende toda una sociedad, se convierte en la guía para los hombres que quieren vivir a plenitud.

En estos tiempos viene a ser prácticamente lo mismo, no exagero nada afirmando que el Centro, como perfecto distribuidor de bienes materiales y espirituales que es, acaba generando por sí mismo y en sí mismo, por pura necesidad, algo que, aunque esto pueda chocar a ciertas ortodoxias más sensibles, participa de la naturaleza de los divina... la vida adquiere un nuevo sentido para millones y millones de personas que andaban por ahí infelices, frustradas, desamparadas... (Saramago 2001 378-379).

Aquí subyace una de las categorías que aclarará Vattimo al tratar de comprender la condición humana actual, ya que el hombre procura encontrar sentido a la existencia y configurar su identidad, ya que esta última, podría perderse por dos extremos, la multiplicidad del ser en tanto se define por grupos y sectores, o por otro lado, la postura que desde *La Caverna* se ilustra a través de la homogenización producto de la tecnología, los medios y las dinámicas comerciales del mercado. Para ilustrar otro tanto las ideas categóricas de Vattimo, nada mejor que la ilustración literaria de Saramago para comprender esas dinámicas que emergen en la posmodernidad, específicamente en las relaciones que se deben establecer entre los otros: “[...] lo que ha dejado de tener uso se tira, Incluyendo a las personas, a mí también me tirarán cuando ya no sirva , Usted es un jefe, Soy un jefe, claro, pero sólo para quienes están por debajo de mí, por

encima hay otros jueces, El Centro no es un tribunal, Se equivoca, es un tribunal, y no conozco otro más implacable [...]” (Id.170).

Una de las discusiones a las que se somete el trabajo, pero en donde no radica alguna finalidad, es ubicar el panorama de lo postmoderno<sup>6</sup>, y para ello se toma a uno de los teóricos que más se ha referido al asunto, David Lyon, quien de entrada concibe que lo postmoderno es sobre todo *un debate sobre la realidad* (cf. Lyon 2000 16). Al respecto, el teórico insiste en una especie de reemplazo de lo real y experimental, por nuevos espacios virtuales que reemplazan esos momentos, fortaleciendo especialmente los medios masivos de comunicación y las tecnologías, ampliando además el comercio, el consumismo y el espectáculo; “Somos lo que consumimos. Disneylandia resulta ser más real de lo que pensábamos” (Id. 19).

---

<sup>6</sup>No es producto del descuido encontrar en ocasiones la palabra posmoderno o postmoderno, discusión un tanto bizantina para el interés central del trabajo, sin embargo, se usa el término con la grafía propuesta en la traducción de los libros de los autores citados.

## 2 Dialéctica existencial entre modernidad y postmodernidad

Muchos son los autores que han aludido al asunto de la postmodernidad. Es a la vez problema, situación, circunstancias, dinámicas y época; tantos referentes a la vez que sobre ella recae una mirada de sospecha. Definir la postmodernidad se dificulta, en sumo grado, debido a la dificultad de categorizar nuevas dimensiones de vida, de reflexión y de pensamiento que se van desarrollando en el mundo. Debido a esta coyuntura, la literatura brinda una mano para tratar de exponer esa realidad inextricable, presentándola a partir de la comprensión narrativa del ser, ya que la mirada ontológica de la postmodernidad también proyecta dimensiones que deben atenderse. Esa experiencia de arrojamiento que describe Heidegger necesariamente es palpable de la realidad que hoy vive el ser “Si el “ser en el mundo” es una estructura fundamental del “ser ahí” en que éste se mueve no pura y simplemente, sino preferentemente en el modo de la cotidianidad, entonces esta estructura ha de ser siempre ya experimentada ónticamente.” (Heidegger 2010 72).

Básicamente, los lentes con los que se mira la ontología de la postmodernidad se apoyan en la fuerza emergente de la hermenéutica y el nihilismo. Lo anterior como clave de lectura para este capítulo y los siguientes, ya que desde esta triada se reflexiona sobre el ser y su existencia en estas épocas. Por lo tanto, no es la postmodernidad, es la existencia de la misma bajo el espectro de la obra literaria: *La Caverna*, de José Saramago.

El capítulo de la posmodernidad, se presenta a modo de transición de una época que aún no se distingue de la anterior; ésta aún posee rastros de modernidad, pero entre ambas se aprecia una sociedad y un individuo cuestionados por serios interrogantes que procuran ser presentados a continuación.

El hombre actual vive en medio de una sociedad que le condiciona desde ámbitos como: el mercado, la política, el consumo, el estatus, y demás, pero él mismo debe abrirse paso en medio de esos sistemas procurando hallar en tal problema, una oportunidad para definirse y comprenderse en el mundo. Ese encuentro en ocasiones no es halagüeño, pues algunas instituciones se levantan como torres poderosas delante del individuo inerme. Este no es el caso de anatematizar los tiempos, ni de estigmatizar los ritmos que la sociedad vive, pero siempre serán conveniente las reflexiones del mundo palpitante en el que el hombre se sumerge, y este es un espacio para ello.

De allí que en la novela de José Saramago y bajo el trazo reflexivo de algunos pensadores trate de evidenciarse las contrariedades a las que se ciñe el hombre actual, siendo esta la única alternativa que tiene hasta entonces, y en donde procura encontrar respuesta para una existencia que halle sentido en medio de la contemporaneidad.

## **2.1 Una vivencia de la postmodernidad a medio camino**

Desde el principio del proyecto se ha visto la dificultad de encontrar una palabra para referirse a la situación existencial en la que se encuentra inmerso el sujeto que hoy en día habita el mundo; en esa difícil tarea aparecen nombres tales como: modernidad, tardomodernidad, postmodernidad, hipermodernidad contemporaneidad, era postindustrial, entre muchas otras que aparecerían sustentadas por diferentes pensadores.

Inclinarse por un concepto o por otro trae riesgos, por esa razón, y como la tesis no busca defender un concepto por encima del otro, se opta por usar varios de los citados anteriormente con el fin de referirnos a esa experiencia singular de la existencia del ser en la actualidad, incluso porque su cercanía y proximidad permiten explicar los fenómenos a los cuales se expone el hombre hoy en día.

Como se vio en el marco teórico, muchos de los filósofos contemporáneos postulan las herramientas teóricas con las cuales observar y detallar al ser que habita en el mundo contemporáneo. Este es uno que se procura nuevas dimensiones y que a su vez se abre paso a través de herramientas tales como la hermenéutica. Su vida, podría decirse, es una resignificación en la que todo está por explorarse.

Para Gianni Vattimo, la postmodernidad es una crítica directa al pensamiento totalizante eurocentrista, identificando lo moderno como la pura negación de la estructura del ser, considerando lo actual como el tiempo de las posibilidades<sup>7</sup> para el reencuentro con una *ontología nihilístico-hermeneuta*.

La existencia, por tanto, invita al reencuentro con el ser, pues, como Heidegger diría, la modernidad fue su ocultamiento, su olvido. El ser, entonces, ha de desplegarse tras las posibilidades técnicas, científicas y sociales que se presenten hoy a través de las dinámicas que se le proyectan.

Estas relaciones no son fáciles, y por esa razón la obra de José Saramago se presenta como instrumento de interpretación para aclarar y evidenciar los problemas a los cuales se enfrenta todo individuo. Y para ofrecer atisbos de este ejercicio interpretativo en la obra de Saramago a través de la filosofía contemporánea, debe existir una remisión directa a la comprensión nihilística del hombre, pues a través de ella se redefine y se busca un lugar propio para el ser humano<sup>8</sup>. Esa búsqueda sólo podrá ser de carácter hermenéutico, pues el sentido y la comprensión se construyen de acuerdo a circunstancias especiales que la postmodernidad proyecta; en este sentido nihilismo, hermenéutica y pensamiento

---

<sup>7</sup>En el capítulo *Apología del nihilismo* del libro *El fin de la modernidad*, Vattimo explica con el término: chances; las opciones o posibilidad que se le abren al ser como un ser simbólico y como dador de sentido: “Uno vuelve a apropiarse del sentido de la historia con la condición de aceptar que ésta no tiene un sentido de peso ni una perentoriedad metafísica y teológica” (Vattimo 2007 31).

<sup>8</sup>Debe entenderse el nihilismo como una reapropiación de los valores que la época actual proyecta para el ser humano: “Sin embargo, hay que presentir el nihilismo como gran destino, como poder fundamental, a cuyo influjo nadie puede sustraerse” (Junger 1994 22).

débil van de la mano, y son los nuevos faros que iluminan la comprensión filosófica de la realidad.

Toda existencia debe configurarse como oportunidad, como resignificación de la vida; esa es la propuesta hermenéutica de la postmodernidad de Vattimo, nada coincidente con la fatídica lucha y vida de los protagonistas de *La Caverna* de José Saramago, pues estos parecen derrumbarse sin alternativa alguna. Pero esta es la herencia del sujeto contemporáneo, que al estilo del mítico Sísifo, destina en su rutinaria vida, su mejor elección. La apropiación y la multiplicidad de sentidos parecen ir en contravía a los rumbos que los personajes de la novela propician. Mientras que el personaje principal, Cipriano Algor, descubre escasas alternativas para seguir luchando y viviendo en medio de una sociedad que le asfixia, antagónicamente Vattimo por su parte muestra que el ser humano vive oportunidades únicas, todas ellas cercanas a la apertura que la hermenéutica suscita como nueva *koiné*<sup>9</sup> en el ejercicio filosófico. En la novela, a pesar de las dificultades por las que atraviesa el hombre que no participa en el riel de la producción, es evidente que se abren puertas para la nueva identidad del ser humano, aunque en ocasiones sólo le depare: la soledad, la exclusión, la miseria y la lejanía.

La época en la que se ubican a los protagonistas de *La Caverna* podría ser la actual, ya lo dice Saramago cuando explica que su esta obra tiene ciertos aspectos del momento en el que vive: “Estoy ideando en este momento una novela nueva, que podría llamarse La cueva, que aún no es nada porque la pensé hace tres o cuatro días. En ella se va a hablar de mi tiempo, pero en términos que pueden ser de ayer o de mañana”(Arias 1998 80). Por lo tanto, la voz del narrador

---

<sup>9</sup>Esta apertura a la que se refiere el término es profundizada por el autor en el texto *Más allá de la interpretación*, donde explica cómo la vocación de la hermenéutica es nihilista por naturaleza, y cómo el ejercicio filosófico se convalida a través de un conocimiento hermenéutico: “La generalización de la noción de interpretación hasta hacerla coincidir con la misma experiencia del mundo es, en efecto, el fruto de una transformación en el modo de concebir la verdad que caracteriza a la hermenéutica como *koiné* y que pone las premisas para aquellas consecuencias filosóficas generales que aquí se trata de ilustrar” (Vattimo 1995 41).



va mostrando una época con una crisis humanitaria; la existencia en los protagonistas muestra el lastre de estructuras que limitan al individuo y le dejan en una simbólica *nada*. Las opciones más próximas en la postmodernidad, si se interpreta sin mucha ligereza la novela, es la dominación y la imposición. Sin embargo, nadie ha de alarmarse por ello, ya que en esas circunstancias también emergen posibilidades que no habían sido pensadas o imaginadas hasta entonces.

En la narración existen grandes cargas de modernidad<sup>10</sup>, si estas se entienden como aquellas comprensiones del mundo que han ceñido al hombre, limitándole e imposibilitándole tomar nuevas direcciones, que sería de alguna forma la propuesta postmoderna en la que no existe explicación; ni dirección, pero en el que aparece la reconfiguración de un individuo pendular, que lucha, que se debate, que asume pero que se interroga, que vive y que muere, que ríe y que llora. Esas dinámicas son oportunas en la postmodernidad, pues el cambio y el fluir son apetecibles en dichas configuraciones.

Para uno de los teóricos de la postmodernidad como José Joaquín Brunner, debe representarse la posmodernidad como una percepción anímica en la que multitud de hechos, vivencias y circunstancias tocan con el individuo generando incertidumbre y en donde es posible rastrear nuevos referentes existenciales, tal como lo enuncia el teórico: “[...] el surgimiento de una pluralidad de formaciones de poder/discurso, el tránsito global hacia sociedades de consumo o información, la des-territorialización efectuada por los media, una generalizada sustitución de las coordenadas espaciales por las coordenadas temporales, etc”(Brunner 1999 50). En la postmodernidad podría decirse, el ser está en constante circulación; ésta época enmarca como ninguna otra la proximidad del sinsentido, tal como lo

---

<sup>10</sup>Se entiende básicamente la modernidad desde la propuesta liotaryana cuando explica que el discurso de la modernidad es la de *grandes relatos*; es decir, autoridades desde las cuales se ha direccionado el significado del ser humano, todas ellas revalorándose con la crisis de la modernidad (Lyotard 2006 109). Por otro lado, para Vattimo la modernidad es reflejo de la *linealidad histórica y axiológica* del ser humano, mientras que el hombre postmoderno no vive en dichas dimensiones (Vattimo 2004 69-70)

evidencian los personajes de la novela en mención, en tanto estos deben ir rediseñando su escala de valores y aprenden a mirar la realidad con ojos diferentes.

La anterior idea de un ser en constante movimiento y circulación, conlleva también al significado de la postmodernidad como *chance*, al ya ser explicado su contexto, es prudente detenerse en ese ser y recordar lo que otros filósofos vieron en ese sujeto:

Filósofos nihilistas como Nietzsche y Heidegger (pero también pragmáticos como Dewey o Wittgenstein) al mostrarnos que el ser no coincide necesariamente con lo que es estable, fijo y permanente, sino que tiene que ver más bien con el evento, el consenso, el diálogo y la interpretación, se esfuerzan por hacernos capaces de recibir esta experiencia de oscilación del mundo postmoderno como *chance* de un nuevo modo de ser (quizás, al fin) humano (Vattimo 1996 876).

La existencia en la contemporaneidad exige no buscar puntos cardinales, pues ellos andan esparcidos; el movimiento es el común denominador en una sociedad en constante cambio y transformación, en tanto el hombre también es puesto a prueba, pues en un pestañear percibe que su mundo cambia, que su profesión se hace obsoleta, que son otros los trabajos y los sentidos que le debe imprimir a la vida, mientras que la linealidad y el sometimiento de algunas estructuras o entes de control propician –paradójicamente–, desde todas aquellas transformaciones, plataformas asentadas en el orden y el control sobre la sociedad y el sujeto. De allí que aparezca una transgresión metafísica en la comprensión de la vida misma y en el ser, sin considerar como algunos piensan cualquier superación de la misma, o quizás sólo entendiendo dicha problemática como la comprensión de una postmetafísica.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup>Entendiéndola como una racionalidad procedimental que privilegia el pensamiento y las acciones del hombre en tanto estén dirigidas a materializarse en su mundo. Vattimo brinda debida cuenta de

## 2.2 Rastros postmetafísicos

En consonancia con esa búsqueda postmetafísica, que va de la mano del ritmo de vida contemporánea a la que se somete el individuo, es crucial resaltar que el *Centro*<sup>12</sup> asume un lenguaje que lo permea y lo encierra todo. Este lenguaje parece no ser finito, pues todos están obligados a hablarlo, a practicarlo y promulgarlo. Quien no conoce ese lenguaje no posee alternativa alguna. Por eso los guardas y los jefes del *Centro*, voz viva y directa del gran poder industrial, se levantan como pequeños dioses sobre los hombres; pues es el *Centro* el que provee sentido y alternativa en medio de una sociedad en la que el ser sencillamente parece esfumarse. El *Centro* es dador de sentido: “Qué será de nosotros si el *Centro* deja de comprar, para quién fabricaremos lozas y barro si son los gustos del *Centro* los que determinan los gustos de la gente, se preguntaba Marta [...]” (Saramago 2001 50). La voz de la modernidad resuena camuflada por el cántico de la postmodernidad, haciendo creer al individuo que este es dueño de sí y de su vida, mientras otros son los que nutren su realidad, sus esperanzas, sus deseos y su verdad.

---

la postmetafísica con una referencia cercana a la postmodernidad, a saber: “En ella no todo se acepta como camino de promoción a lo humano, sino que la capacidad de discernir y elegir entre las posibilidades que la condición postmoderna nos ofrece se construye únicamente sobre la base de un análisis de la posmodernidad que la tome en sus características propias, que la reconozca como campo de posibilidades y no la conciba sólo como el infierno de la negación de lo humano” (Vattimo 1997 19).

<sup>12</sup> La figura del Centro es una de esas palabras que se encontrarán en todo el trabajo, y aunque es parte protagónica de la novela de José Saramago, a continuación se procura explicar su equivalencia en la realidad, pues en *La Felicidad Paradójica*, G. Lipovetsky, así lo describe: “Arquitectura monumental, decoración lujosa, cúpulas resplandecientes, escaparates de colores y luces, todo está hecho para deslumbrar, para metamorfosear el comercio en fiesta permanente, maravillar al parroquiano, crear un clima compulsivo y sensual propicio a la compra. Los grandes almacenes no sólo venden mercancías, se esfuerzan por estimular la necesidad de consumir, por excitar el gusto por las novedades y la moda mediante estrategias de seducción que prefiguran las técnicas modernas de marketing. Impresionar la imaginación, excitar el deseo, presentar la compra como un placer, los grandes almacenes fueron, con la publicidad, los principales instrumentos de la promoción del consumo a arte de vivir y a emblema de la felicidad moderna” (Lipovetsky 2007 27).

Uno de los grandes problemas es desvincular la postmodernidad de la modernidad; el olvido del ser, la crisis del humanismo que denunciaban en la modernidad, parece perpetuarse. Acaso debe entenderse entonces la postmodernidad no como progreso, avance o cambio en los ámbitos del ser, sino como mirada de soslayo, ni siquiera mirada atenta o crítica, sólo atisbo del ser y su ambiente, en el que apenas se percibe su enrarecimiento, sus circunstancias, pero en las que aún no se dilucida su problemática, ya que no se han analizado las consecuencias a las que le condujo la modernidad.

Compréndase entonces la postmodernidad y con ella la postmetafísica, como un efecto colateral que la modernidad ha dejado; sin embargo, tal efecto permite retomar el pensamiento y la reflexión por el ser en la contemporaneidad. Uno de los riesgos de tal comprensión es ver un ser escindido y con difícil reconocimiento, pues la sociedad le define y le somete desde las esferas de la técnica, la sociedad de consumo<sup>13</sup>, los *mass media* y los nuevos valores. Este es un ser frágil, que trata de huir, que busca, que lucha, pero que también calla, que se somete, que espera.

La existencia es apreciada en un torbellino de singularidades sociales que el ser capta, especialmente por una sociedad automatizada, en la que el sentido en cualquier segundo se desvanece y se reencuentra. Todo intento de hallar sentido o posibilitar la comprensión es una relectura de la modernidad, por eso el hombre contemporáneo sigue prendado de ésta aunque crea vivir lo postmoderno, lo contemporáneo; sin embargo, la dinámica de las estructuras y la sociedad exigen una mirada nueva en la que el hombre procure hallar su lugar. Por esa

---

<sup>13</sup> En adelante se encontrará esta categoría de sociedad de consumo, en relación a otras categorías que servirán para ampliar el circuito de instituciones que influyen directamente en la comunidad y en las personas, llevándoles a vivir realidades y experiencias que cambian las dimensiones de la vida y del ser. Por esa razón, ha de aclararse que se entiende por esta categoría, especialmente en las palabras de Gilles Lipovetsky: "Sociedad de consumo: la expresión se oye por primera vez en los años veinte, se populariza en los cincuenta y su fortuna prosigue hasta nuestros días, según se ve por el amplio uso que se le da en el lenguaje corriente y en los discursos más especializados. La idea de sociedad de consumo parece hoy algo evidente y se presenta como una de las figuras más emblemáticas del orden económico y de la vida cotidiana de las sociedades actuales" (Lipovetsky 2007 19).

razón el *Centro*<sup>14</sup> expone toda su fuerza a través de la normatividad y las condiciones para aquellos que visitan y habitan tal recinto. Allí se afinca el ser y el sentido humano: su trabajo, sus relaciones, su intimidad, sus sueños y anhelos; olvidando de esa manera prácticas que eran propias de otras formas dominantes que comprendían la cultura misma: familia, naturaleza, tradición, costumbres, religión, etc.

Obsérvese en el siguiente párrafo un ejemplo de cómo este espacio se convierte en un narcótico para aquellos que no toman distancia o no analizan la dimensión de estos lugares en los que sobresale la imitación y la rutina:

[...] había algunos que se estrenaban, como yo, otros que, según me pareció saber, iban allí de vez en cuando, y por lo menos cinco eran veteranos, le oí decir a uno Esto es como una droga, se prueba y se queda uno enganchado [...]Uno de los veteranos me miró con desdén y dijo Qué pena me da, nunca podrá comprender (Saramago 2001 407-408).

La propuesta del *Centro* en tal caso es repetición, simulación y goce; proyectando la existencia como un tiempo para el disfrute y el consumo; enajenando al individuo de toda realidad y presentándole un ideal de vida en la que lo último que importa es vivir. Hasta tal punto se eleva la normalidad de vivir en estas instancias, que aquellos que critican, o juzgan tales actividad son vistos como caducos, hombres que nunca asimilarán las nuevas realidades propuestas por el Centro. Y el veterano es aquel que se acoplado al sistema de forma tal, que todo lo que no sea vivenciado allí mismo, refleja una mirada de extrañamiento a la que el resto del mundo está próximo.

En la obra de Saramago se ve el *Centro* como un espacio en el que aparece la emulación, la representación, la imitación, sin embargo, el hombre tiene

---

<sup>14</sup>Esta es la referencia que permite identificar el principal antagonista en la Caverna: el *Centro* es equivalente a lo que en inglés llaman *Mall o Shopping Center*

la posibilidad de rechazar esa vida, pero esa decisión conllevaría a una vida extraviada y fuera de los parámetros que la sociedad impone. La sociedad que proyecta *La Caverna* muestra el sometimiento que rige al individuo, las esperanzas austeras de una vida que se limita a calcar lo que es la vida. Sólo quienes se atreven a salir de aquel lugar, quienes salen de aquella caverna, encuentran respuestas originales y difíciles sobre la esencia humana y a la que difícilmente alguien quiere adherirse; de lo contrario seguirán comprando las respuestas más cruciales de sus vidas, añadiéndole los espectáculos de la *boutique* más cercana.

Al contrario de muchos autores contemporáneos, Lyotard encuentra que la modernidad es un *proyecto inacabado*, pues en la actualidad se siguen jalando los relatos que la forjaron a partir de nuevos paradigmas tales como la técnica, la ciencia, la libertad, el desarrollo; nuevos relatos que a su vez crearon al hombre actual y moldean a la sociedad entera (Lyotard 2003 30). José Saramago por su parte es hijo de una época en la que los cambios se ciernen con temprana desconfianza, sin condenar lo que pueda pasar en el día de hoy y los venideros, este autor reseña los problemas que el ser contemporáneo debe acometer antes de que le destruyan. Este es un grito universal, en medio de un mundo ajeno y sordo. El autor no pretende volver a atrás, pues si esto ocurriera, -lo expresa Lyotard- la humanidad se aproximaría a su destrucción (Lyotard 2003 98).

Sin muchos apuros, es factible pensar que el narrador de *La Caverna* presenta una idea de la postmodernidad entronizada en el progreso; entendiendo especialmente este momento como vía para el desarrollo de nuevas vivencias y la asunción de nuevos valores. La postmodernidad como idea permanece, pero no madura, pues la acción sigue mostrando una modernidad soterrada, en tanto el objeto de lo postmoderno sería una retoma de aquello que inicialmente fue olvidado.

Una de las críticas que se realiza a través de la novela es el problema de la rutina y la automatización que envuelve al hombre, ya que vivir en una sociedad con tal mirada requiere configurar una serie de prácticas, e insertar al individuo en oficios y hábitos que le convierten en un ente social tipificado; ocurre que el gran anhelo de quienes se encuentran por fuera del *Centro* es estar dentro de él; por ello a quienes trabajan, viven y permanecen allí se les envidia y se les reconoce por su oficio. Por lo tanto, el individuo no es reconocido por lo que es en sí mismo, sino por lo que hace en ese lugar específico. No sería igual si tuviera el mismo rol en otra parte, sólo quienes están relacionados con el *Centro* son seres, gente que merece ser reconocida. Como vivo ejemplo se destaca en la novela el caso del guarda de seguridad Marcial Gacho, cuya familia añora vivir con él en el *Centro*. El ser en este caso no asume la posibilidad del es-tar; ya que no decide, no opta, no elige, no es; se le condiciona y se le exige a vivir de acuerdo a los requerimientos del entorno.

En la obra analizada los personajes muestran un ritmo de vida singular en el que se instaura un modelo de producción acompañado por las reglas y el juego del mercado. Incluso, lo que hasta entonces era considerado como expresión artística, debe ceñirse a los parámetros del sistema económico, es decir, a la oferta, la demanda, los sondeos; quienes van determinando al ser en su trabajo, en su lenguaje, en su vida.

Liotard, en una breve expresión, muestra el cambio abrupto al que el ser debe someterse: “Ser operativos, es decir, conmensurables, o desaparecer” (Liotard 2006 10). Y aunque el narrador de *La Caverna* no lo expresa en las mismas palabras, el sentimiento es que la desaparición es la experiencia inmediata de aquellos que no son aceptados en los centros de consumo y de moda. Los sistemas homogenizantes, que se creería desaparecerían en la postmodernidad, resplandecen con otras apariencias y someten a la sociedad con prácticas consuetudinarias que permean el lenguaje acuñado desde la industria, hasta las prácticas más novedosas que se asientan en el consumismo. En La

*Caverna* no es la diferencia la que está buscando abrirse paso en la sociedad, aunque persiste una marcada exclusión social. El *Centro*, en este caso, comprende la imposición de un *metarrelato* que anhela la búsqueda de la eficacia, la productividad y el trabajo. Allí está la figura de Marcial Gacho, quien vive esclavo –otro nombre para Guarda residente- en el *Centro*. Pero es la esclavitud añorada, como fin para obtener los privilegios de quienes viven allí; por ejemplo, haciendo alusión a aquellas familias que esperan un hijo, Marcial dice:

Tendrás la mejor asistencia médica y de enfermería que alguna vez pudieras imaginar, no existe nada que se le parezca, ni de lejos, ni de cerca, y tanto en medicina como en cirugía [...] Conozco a alguien que ha estado internado, un superior mío que entró casi muriéndose y salió como nuevo, hasta hay gente de fuera que se busca enchufes para que la admitan, pero las normas son inflexibles, Quien te oiga creerá que en el Centro no muere nadie, Se muere, claro, pero la muerte se nota menos [...] (Saramago 2001 159).

Esta cita conlleva a pensar en un aspecto que la postmodernidad trata de ocultar cada vez más: el problema de la muerte. Este queda soterrado, no se muestra, pues la vida es pasajera, rápida, veloz, y hablar de la misma no es apetecible; hay que vivir el momento y todo aquello que represente silencio o reflexión es desterrado, ya que todo se puede vivir, todo se puede consumir. Esta es la época en la que la muerte es pospuesta. En otro momento de la novela aparece una imagen que es inquietante: ¿qué pasa con las personas que mueren en el *Centro*? Esta pregunta debe ser considerada como tabú, pues el *Centro* es sinónimo de movimiento, trabajo, esfuerzo; cualquier experiencia que sea contraria no conviene ser reconocida: “Quien te oiga creerá que en el *Centro* no muere nadie, Se muere, claro, pero la muerte se nota menos, [...]” (Saramago 2001 159). Es comprensible, la muerte ha sido considerada, desde las creencias religiosas occidentales, como un momento de descanso, de quietud, de eternidad; pero es imposible que para el



*Centro* exista competencia alguna, ya que éste garantiza todas las experiencias deseables sin tener que morir<sup>15</sup>.

### 2.3 La postmodernidad y el juego de nuevas conciencias

El *Centro* es la gran *fábrica de signos* de la postmodernidad porque allí se configura la identidad del ciudadano de consumo, envolviendo al ser en otras capas que le impiden mostrarse con transparencia, ocultando sus manifestaciones para refugiarse tras los velos de la seguridad, la tranquilidad, la vigilancia, las normas, entre otras. El habitar el *Centro* es un fenómeno de ocultamiento, de búsqueda de la seguridad perdida, añoranza de supervivencia en un mundo competitivo, difícil y rauda. Estas son las características de la postmodernidad vividas por los protagonistas de *La Caverna*; pero además, no sólo se observa rodeado de tal ambiente, le acosa por otro lado la andanada de mensajes que le exhortan a prendarse más de aquella realidad. El *Centro* no es habitado por seres críticos ni reflexivos, está acondicionado sólo para aquellos que quieran vivir sin molestarse en pensar; es indispensable activar una vida automática placentera, que vivir una realidad consciente mecanizada:

De esta manera, una atmósfera mucho más real que la que respiramos se ha ido formando en torno a nosotros; atmósfera mental más que física, a la vez externa e interior a los grupos humanos. Como una intrincada e invisible red electrónica a la cual nos vamos conectando

---

<sup>15</sup>Aunque el objetivo del trabajo no es definir la muerte en la postmodernidad, ha de aclararse que la muerte se presenta a través de formas sociales un tanto camufladas que se desprenden de actos irresponsables, la falta de sentido, la apetencia por saciar todos los deseos; la muerte encuentra caminos expeditos en una sociedad en la que el ideal o el fin se desvanecen continuamente; sin embargo esta realidad se sigue maquillando.

poco a poco en el despertar de esa nueva conciencia del mundo.  
(Brunner 1999 14-15).

La nueva conciencia del hombre en la postmodernidad está invadida de deseos, de confort, de imágenes en las que se invita a soñar con lo imposible, persuadiendo al hombre y llevándole a creer que no existe límite alguno. Nuevas dimensiones repletas de engaño, ilusión, trabajo, producción y consumo. Es una cadena que no se rompe y que parece repetirse innumerables veces gracias a los medios que trabajan en la producción de estos mundos.

Es curioso que a pesar de la supuesta ilustración y libertad acaecida para el hombre, éste se someta sin mayores aspavientos a las exigencias que los mecanismos de poder le habilitan. Entre muchos de ellos se encuentra a los medios de comunicación masivos, quizás el símbolo por antonomasia de la postmodernidad. A través de éstos, y muchos otros, se le impone a la sociedad una visión de la vida que es alternativa, pro-puesta a otras que han sido cruciales en la existencia, tales como: la cultura, la tradición, las costumbres, las creencias, entre otras, todas ellas re-significadas en nuevas prácticas vitales. Los *medios comunicacionales* diría Lyotard, se comportan dialécticamente, pues se hacen entes de realidad y son objeto de problematización; para algunos son entidades de manipulación y para otros son espacios para la diferencia y el diálogo (Lyotard 2006 38).

A propósito de los medios masivos, Gianni Vattimo considera que la sociedad está mediatizada y el sujeto parece perderse en la realidad, en la que apenas contempla con estupefacción el mundo repleto de imágenes y apariencias. Este mundo re-creado posterga la racionalidad y congela el proceso de identificación consigo mismo y los demás; por lo pronto el sujeto se sumerge en una sociedad moldeada a partir de nuevos referentes, dejando a un lado lo que hasta entonces le definía. Gianni Vattimo muestra el riesgo de este mundo, pues se presenta contradictorio, por un lado evidencia la confusión que se cierne sobre

el individuo al simular su existencia, y en otra instancia lo muestra como paradigma para dotar de esperanza al ser humano.

Debe recordarse que Gianni Vattimo resalta el papel de los medios como eje crucial para la expresión de la diferencia, pues aquí tienen cabida multiplicidad de voces; *múltiples racionalidades*: “que toman la palabra, al no ser, por fin, silenciadas y reprimidas por la idea de que hay una sola forma verdadera de realizar la humanidad, en menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades limitadas, efímeras, y contingentes” (Vattimo 1996 84). Por el contrario *La Caverna*, a modo de antítesis, muestra un mundo en el que no prima la diferencia, en el que se homogeniza la sociedad entorno a prácticas y vivencias que deben ser tecnificadas. El gran Centro ofrece un mundo imaginario sólo para aquellos que logren alcanzar ciertos privilegios y posean la mentalidad para habitarlo al ritmo de la producción y el consumo.<sup>16</sup>

Es claro que en la novela se menciona principalmente el *Centro* como motor de dicho poder, sin embargo, es necesario mencionar aquellos que se destacan en la sociedad, en esferas tales como la política, la religión, la educación y la economía, esta última priorizando el modelo capitalista, desde la cual se encauza todo ordenamiento social y personal, proponiendo al individuo un ritmo de vida que en ocasiones parece ser inviable, asfixiante; en la que prima la producción constante de capital y de innovación, llevando a toda acción individual en procura de un interés rentable.

El *Centro* es la gran figura privada que dictamina la hoja de ruta para la ciudad y para el hombre. En *La Caverna*, el *Centro* es un protagonista que respira y que somete a otros personajes al ritmo de vida que este imponga. En ese sentido, Lyotard comprende que el poder radica en algunos que deciden por la sociedad: “La clase dirigente es y será cada vez más la de los decididores. Deja

---

<sup>16</sup>A través de la novela se hace palpable esa gran presión que se ejerce sobre el individuo, para ser insertado en las dinámicas del mercado, exigiéndole, obligándole, e imperiosamente desterrándole en gran medida de su ser y sentido.

de estar constituida por la clase política tradicional, para pasar a ser una base formada por jefes de empresa, altos funcionarios, dirigentes de los grandes organismos profesionales, sindicales, políticos, confesionales” (Lyotard 2006 35-36).

*La Caverna* posibilita detallar este aspecto al detenerse en los mensajes que Cipriano Algor puede leer en la vía o dentro del local comercial. Cada mensaje es el himno a la reapropiación de los valores que dinamizan esta época. A pesar de que Cipriano sabe leer y escribir, es analfabeta de la contemporaneidad, pero avezado aprendiz de la misma. Este personaje lee de forma ajena y extraña aquellos mensajes, pues estos le invitan a ser diferente, incluso a convertirse en un ser real, llevando a pensar que los demás individuos son escaso remedio si no viven como estos anuncios lo indican, en los que se proyecta el camino de la masificación y la homogenización.

Los mensajes que el narrador antepone a la vista de Cipriano Algor proyectan lo que ha de ser el ideal de la vida. A la luz de Gianni Vattimo existe concomitancia en la percepción entre destrucción y cambio. Siguiendo esta idea, el *Centro* ha derrumbado una forma de vida que hasta entonces era común para muchos, y por otro lado, le propone a todos aquellos que están allí que comprendan el nuevo hábitat que ha de rodearles. Un espacio comprendido a partir del afán productor existente, animado por las proyecciones del consumo, la diversión, el espectáculo, la publicidad, entre otros fenómenos; y marcando desde allí los modelos de vida contemporáneos.

Los mensajes y los diálogos entablados por el protagonista y los guardas comprenden una sociedad que se vuelca a estilos de vida que son reorientados en función de someter a la población a nuevas prácticas, condiciones y estilos de vida en los cuales predominan los intereses de algunos grupos económicos, políticos, financieros e ideológicos a partir de las vallas publicitarias leídas y los letreros que adornan el interior del *Centro*, todos estos taladrando constantemente la

comprensión humana y transformando el sentido que la vida hasta entonces prodigaba.

A continuación los anuncios a los que se exponen todos los días quienes se dirigen a la ciudad; los mismos que evocan en la postmodernidad el cambio por una vida diferente, donde convergen valores que aspiran a la adhesión total a un sistema, casi un adoctrinamiento religioso que prodiga felicidad, perfección y la imperturbabilidad prometida por las grandes instituciones de la época. Aquí subyace el prototipo de familia, de hombre y de sociedad que se engendra en las comunidades de consumo, y aquellas que sueñan con la homogenización de la sociedad:

Sea osado, sueñe [...] Vive la osadía de soñar [...] gane operacionalidad [...] sin salir de casa los mares del sur a su alcance [...] ésta no es su última oportunidad pero es la mejor [...] pensamos todo el tiempo en usted es hora de que piense en nosotros [...] traiga a sus amigos si compran [...] con nosotros usted nunca querrá ser otra cosa [...] usted es nuestro mejor cliente, pero no se lo diga a su vecino [...]  
(Saramago 2001 405-406).

Esos nuevos espacios que se le presentan al individuo y que le rodean, le susurran, hablan y gritan en todo momento, y son proyectados especialmente gracias a los *mass media*. José Saramago en muchas de sus obras, como: *Ensayo sobre la ceguera*, *Ensayo sobre la lucidez*, *Intermitencias de la muerte*, muestra la fuerza y la influencia de estos medios para presionar y dominar en la sociedad.

En *La Caverna*, por tanto, existen expresiones que derivan a la pregunta ontológica de acuerdo a las promesas que se anuncian en las vallas publicitarias y en los mensajes al interior del *Centro*. Es conveniente inquietarse por ello, ya que este tipo de industria –los medios masivos son empresas de servicios que tienden al mejor postor- a través de las producciones sociales de comunicación en sus

múltiples formas, direccionan la visión y la conformación de imaginarios sociales, en tanto se consolidan estructuras conscientes en los individuos, mientras se refuerzan patrones que posteriormente se objetivan en las prácticas sociales.

El *Centro* no es sólo un edificio, representa por otro lado un estilo de vida y es el vocero de los anuncios de moda para la sociedad, es quien los piensa, los produce y los proyecta; todo ello es parte de la producción social de comunicación en clara interdependencia entre individuo, sociedad, mercado y consumo. Tales producciones son el resultado de las mediaciones públicas singulares en las que se reestructuran las prácticas más vitales y cotidianas del sujeto, dejando a un lado las que hasta entonces eran habituales. Manuel Martín Serrano defiende el carácter imperativo con el que algunas instituciones se apropian de lo social: “La producción social de comunicación desarrolla unas tesis relativas a las afectaciones que se observan entre los cambios sociales y las transformaciones de las representaciones colectivas” (Serrano 2004 31).

Evidentemente, en *La Caverna* se constata la fuerza del *Centro* como referente para todo lo demás: su expansión, las calles, los barrios vecinos –a punto de ser eliminados-. Por tanto, el reforzamiento de las frases y las transformaciones que se observan en la ciudad son informaciones que van generando representaciones del mundo. Cipriano, en alguno de sus viajes al *Centro*, se regodea imaginando su fotografía, la de su familia y su perro en una de las grandes vallas publicitarias de las vías que conducen al *Centro*:

Todavía acabamos los tres en un cartel de éstos, pensó, como pareja joven tendrían a Marta y al marido, el abuelo sería yo si fuesen capaces de convencerme, abuela no hay, murió hace tres años, por ahora faltan los nietos, pero en su lugar podríamos poner a Encontrado en la fotografía, un perro siempre queda bien en los anuncios de familias felices (Saramago 2004 121).

Debe apreciarse la idea de la consolidación de las nuevas prácticas sociales desde la postmodernidad, pues aquí subyacen las representaciones del mundo gracias a los medios, las creencias, los hábitos y formas de pensar. Esta mirada no podría convertirse en el aniquilamiento del ser, sino que debería catapultar al mismo a nuevas prácticas, vivencias y dimensiones que le proporcionen alternativas para la reconfiguración. Esto mismo lo afirma Vattimo cuando, con un enfoque esperanzador, comprende que la postmodernidad se presenta en un campo multiverso:

Sin embargo, lo que de hecho ha sucedido, a pesar de cualquier esfuerzo por parte de los monopolios y las grandes centrales capitalistas, es, más bien al contrario, que la radio, la televisión y los periódicos se han convertido en componentes de una explosión y multiplicación generalizada de *Weltanschauungen*: de visiones del mundo (Vattimo 1996 79).

Por la razón anterior, no se podría llegar a enunciar un mayor juicio moral sobre la vida o el accionar del *Centro*, pues éste es apenas una alternativa o visión más que está acompañando los cambios de la sociedad contemporánea y quizás se convierte en el medio para reconocer las proyecciones que el ser humano posee hacia el futuro. Una *visión del mundo* es una significación, es una referencia con la que el individuo cuenta para identificarse a sí mismo. Ese mundo es sinónimo de posibilidades, tal cual lo propone la hermenéutica de Vattimo; el individuo se aproxima a su verdad de acuerdo a las circunstancias en las que habita el mundo, y sólo él es quien a su vez encuentra sentido en la realidad seleccionada. Cada una de aquellas apropiaciones será fragmentaria, en tanto el ser deja al margen otras experiencias que se encargarían también de significar su vida, pero si acaso la vida sea eso: intercambio, imposición o negación de visiones.

## 2.4 La postmodernidad como *chance*

Puede sonar comprometida la siguiente hipótesis, al considerar en José Saramago y en Gianni Vattimo que lo postmoderno es una etapa de la humanidad en donde la existencia está rodeada de posibilidades. Gianni Vattimo, por un lado, postulando una mirada al mundo desde la diferencia, la crítica y la debilidad<sup>17</sup>, entendida esta última, como oportunidad de todo aquello que ha sido desatendido a la hora de rendir culto a categorías fundantes tales como la verdad, la realidad, el ser, entre otras; siendo esta una de las razones por las cuales la diversidad pluricultural también ha derivado a la aparición de subculturas y fenómenos de grupos minoritarios que se fortalecen al fusionar los intereses; y por otro lado el escritor José Saramago quien defiende una ética de la responsabilidad en la que cada individuo debe ser consciente y coherente con el mundo que vive, percatándose de las dimensiones del mismo y tomando distancia en el momento adecuado: “Pero quien me conoce bien sabe que sangro por dentro. Todos los días a todas las horas. Soy, en carne y en espíritu, un grito de dolor e indignación” (Saramago 2010 56). De esta forma, ambos autores atraviesan líneas paralelas para la comprensión de la contemporaneidad.

Lo contemporáneo, en un concierto de autores que usan dicho término con la acepción de postmodernidad-entre ellos el filósofo G. Vattimo-, se resume como espacio abierto a posibilidades, alternativas, caminos que pueden construirse al andar; evidenciando que la única alternativa hasta entonces, la metafísica, queda convertida en un trayecto más y en un complemento, incluso porque las vías que se propongan hoy en día muestran ciertos visos de postmetafísica. Esta clave de comprensión de lo postmoderno podría ser rastreada también en el significado que Lyotard concibe cuando dice que esta palabra puede contener múltiples

---

<sup>17</sup>Podría remitirse el lector al texto: Pensamiento débil de Gianni Vattimo, donde define el concepto: “ Se trata de [...] un sendero que se separa del que sigue la razón-dominio –traducida y camuflada de mil modos diversos-, pero sabiendo al mismo tiempo que un adiós definitivo a esa razón es absolutamente imposible. Una senda, por consiguiente, que una y otra vez habrá de intentar alejarse de los caminos trillados de la razón” (Vattimo 1990 16).



representaciones. Pero no sólo el filósofo francés, sino que Nietzsche –desde su perspectiva nihilista- y Vattimo lo dicen cuando explican la realidad como un mito o una fábula, sin que esta sea la inicial o la final: “Por una especie de perversa lógica interna, el mundo de los objetos medidos y manipulados por la ciencia técnica (el mundo de lo real según la metafísica) se ha convertido en el mundo de las mercancías, de las imágenes, en el mundo fantasmático de los *mass media*” (Vattimo 1996 83).

Las nuevas dimensiones existenciales a las que apunta la postmodernidad invitan a reemplazar la realidad por la novedad de la imagen, seguidas de la virtualidad, la simulación, la imitación. Todo se encuentra en el Centro y se vive desde este ámbito postmoderno en el que nada es, pero todo parece ser; la naturaleza y los fenómenos, por ejemplo, son capturados en una habitación:

Luego comenzó a llover, primero unas gotitas, después un poco más fuerte, todos abrimos el paraguas, y entonces el altavoz dio orden de que avanzásemos, no se puede describir, es necesario haberlo vivido, la lluvia comenzó a caer torrencialmente , de pronto se levantó una ventisca,[...] las personas se escurren, se caen, se levantan, vuelven a caerse, la lluvia se hace diluvio,... en seguida comenzó a nevar... finalmente llegamos al vestuario y allí hacía un sol que era un esplendor, [...] (Saramago 2001 407-408).

En ocasiones es factible que la palabra postmodernidad conlleve a crear una imagen referente al mundo técnico, industrial, mediatizado y colmado de posibilidades. El hombre contemporáneo participa de la construcción imaginaria del mundo a través de todas sus representaciones, las habita, las manipula y las vuelve una realidad más. Este panorama trae consigo el fortalecimiento de estructuras económicas, sociales, religiosas y políticas que cada vez envuelven al ser humano en nuevas comprensiones vitales y sociales. Por ejemplo, que se considere la pertenencia del sujeto a una sociedad sólo si produce dentro del

sistema capitalista; que no vaya en contra de las creencias o prácticas religiosas de su entorno, o finalmente, que se incline por los partidos políticos de moda porque allí yace el círculo social más cercano.

El lenguaje de estas estructuras es proporcional a sus intereses y éste se transforma en el ideal metasocial con el que se busca amparar a quienes lo habitan. Bien se muestra en la obra que sólo quienes se adaptan a tal sistema, y a los requerimientos que tal poder indica, son los que pueden permanecer en él. Aquí lo importante es permanecer, sin importar a costa de qué; prima la cantidad sobre la calidad; vivir la vida bajo la parámetros que se impongan, sin importar que no se viva la vida elegida o querida. José Saramago, en su obra, recalca la imponente figura del *Centro* a través de la voz de los guardas y de sus prácticas. Este es un lenguaje que alimenta la deshumanización y la fatalidad entre los seres humanos; es un lenguaje que estima lo que vende, lo rentable, del *marketing*, de censos. Las palabras de un nuevo entorno, de una nueva caverna en la que todos viven sujetos a nuevas sombras, se amparan tras el proyecto del *Centro*, donde el lenguaje es referenciado desde el idioma universal del capitalismo, la sociedad de consumo y el mercado.

Estas megaestructuras que van considerando los lineamientos de la sociedad y del individuo no escatiman en imponer sus intereses y hacerlos prevalecer sobre otros, por eso es fácil encontrarse con una sociedad, que como bien señala Bauman, recalca el protagonismo del consumo y una sociedad donde el soberano es el mercado:

El mercado de bienes de consumo, hay que admitirlo, es un soberano bastante peculiar, raro, por completo diferente del que estamos acostumbrados a leer en los tratados de ciencias políticas. Este extraño soberano no tiene oficinas legislativas ni ejecutivas, y menos aún tribunales judiciales, los tres elementos que los libros de ciencias sociales consideran esenciales en la parafernalia indispensable de todo

soberano de buena fe. En consecuencia, el mercado es mucho más soberano que los mucho más publicitados y autopublicitados soberanos políticos, ya que además de dictar los veredictos de exclusión, no admite instancias de apelación (Bauman 2007b 93).

Las conversaciones entre el protagonista y los diferentes guardas y vigilantes del *Centro* muestran esas condiciones que impone el sistema a todos aquellos que se relacionen con este. A saber, las siguientes conversaciones a guisa de ejemplo para tratar de comprender estos mecanismos de poder impuestos en la actualidad. En una de las charlas de Cipriano con su yerno-quien trabaja y reside en el *mall*-, la voz del Centro resuena diáfana: “Y si permite que le hable con franqueza total, pienso que no volverán a comprarle cacharrería, para ellos estas cosas son simples, o el producto interesa, o el producto no interesa, el resto es indiferente, para ellos no hay término medio” (Saramago 2001 84). Se observa la frialdad que trae consigo las reglas del mercado expuestas por la persona que trabaja en el *Centro*; no es el *Centro*, pero le representa; no conoce sus necesidades económicas pero las intuye; además trata con cierto tono displicente el trabajo del alfarero, la artesanía que ha salido de las manos del suegro, pues dice: *cacharros, cosas simples, productos sin interés*, frases que redundan en una realidad apabullante donde el Centro no muestra preferencia, ni misericordia alguna; a quienes no avancen al ritmo de la demanda suficiente, a quienes no produzcan riqueza, se les excluye del sistema.

En esa misma línea, Cipriano se dirige con humildad al Jefe del departamento, y este con una franqueza que denota autoridad y frialdad le responde:

[...]es duro, después de tantos años de proveedor, tener que oír de su boca semejantes palabras, La vida es así, se hace mucho de cosas que acaban, También se hace de cosas que comienzan, Nunca son las mismas [...] Tenemos en el almacén [...] artículos de todo tipo que

están ocupando espacio que me hace falta [...] Y a quién voy a vender ahora mis lozas, preguntó el alfarero hundido, El problema es suyo no mío [...] (Saramago 2001 124-125).

Véase en este caso la enajenación del ser, una existencia en la que se reduce lo existente y lo viviente, ya que no se encuentra en sincronía con la realidad que el mundo avala como pertinente a través de la política, la economía y los medios. La postmodernidad, permitiría pensar que muchas veces la comprensión, el significado y la posibilidad del ser se hace obsoleta e insignificante, ya que este no alcanza los topes exigidos en una sociedad rigurosa y avasalladora, donde sólo importa dotar de novedades al mercado, la producción y sistematización técnica e inundar de productos masivos aquellos espacios que hasta entonces eran ocupados por el barro y la manufactura. Y a pesar del panorama tembloroso que sigue presenciando la existencia, la idea de progreso sigue fortaleciendo cada vez más sus raíces. Así lo comprende Bauman cuando, a través del análisis riguroso de la sociedad, explica que esta idea es una *amenaza implacable* que acompaña al hombre a través del miedo y que se propaga indefinidamente por el tiempo y el espacio (cf. Bauman 2007a 21).

En esa misma línea, en otra de las discusiones de *La Caverna* se narra:

[...] aparte de la catastrófica situación en que se encuentra el comercio tradicional, nada propicia para artículos que el tiempo y los cambios de gusto han descreditado [...] Estamos en el terreno de los hechos comerciales, señor Algor, teorías que no estén al servicio de los hechos y los consoliden no cuentan para el Centro [...] (Saramago 2001 126).

Son los hechos los que cuentan, sólo estos sin parafernalia alguna; la vida se reduce sólo a estadísticas y censos que proyecten los números que durante cierto ciclo se mueven; este es el mundo de los hechos, cualquier otro sentimentalismo no interesa. No puede existir otra aniquilación, la postmodernidad lo posibilita todo,

abre la puerta o la cierra, sin embargo, en algunas ocasiones el futuro parece teñirse de incertidumbre.

Y para finalizar estas conversaciones con quienes sirven en el *Centro*, Cipriano dice: “Gracias, señor, Todavía no tiene razones para agradecerme nada, Gracias por la esperanza que me llevo de aquí, ya es algo, La esperanza nunca ha sido de fiar” (Saramago 2001 128). Se evidencia que algunos hombres no tienen cabida en el mundo de la postmodernidad, debido a que los tiempos exigen otros roles y trabajos. Debe entenderse, según el *Centro*, como una realidad que suprime o supera las anteriores, mientras quienes quedan afuera escasamente retienen alguna esperanza. Es la época, entonces, del desarraigo; la postmodernidad invita a revalorizar la vida y su sentido; obligando al ser a mirarse a sí mismo, mientras ve con sorpresa las nuevas dimensiones en las cuales se construye su realidad.

Aquí cabe la siguiente pregunta: ¿dónde se encuentran las nuevas posibilidades de la contemporaneidad? Las nuevas comprensiones que son otorgadas a través de una hermenéutica existencial son motivadas a través de los medios, los nuevos rituales y las nuevas prácticas de una sociedad de consumo, capitalista y mercantil. Todo ello como pregunta, y como alternativa para una sociedad que no reversa, que continúa, que reconstruye sin tener que destruir –no hay necesidad de abolir un sistema imponiendo uno nuevo, el tiempo, la sociedad y las instituciones lo van apropiando, en tanto el otro va desdibujándose del medio-, pues todo lo anterior se vuelve obsoleto con el tiempo. Ya se ha dicho, no es hora para condenar ni ensalzar, es apenas un momento oportuno para contemplar las dimensiones en las que ondula el hombre, y generar preguntas al respecto.

## 2.5 Del ser y su entorno postmoderno

La dinámica del capital económico transforma la sociedad y a la ciudad bajo el espectro que dimensiona el *Centro* como gran proyecto de congregación social, en el que aparecen las estructuras sólidas de las moles de concreto, parajes más grises y hombres más ocultos; podría hablarse casi de la tecnificación de la vida, haciendo que el ser humano desaparezca de la faz pública, de aquellos lugares que hasta entonces eran frecuentados: la plaza, el parque, las calles; poco a poco estos espacios se reconfiguran por otros que heredan nuevas identidades con un carácter especial de masificación. Los que visitan el *Centro*, los que deciden vivir allí, son personas que legitiman el consumo como norma de vida, en el que sobresale el disfrute de bienes y servicios, sin detenerse a pensar en las condiciones a las cuales se les somete por asumir dicha elección.

Estas vivencias se ilustran bien en *La Caverna*, especialmente por las percepciones de los hombres y por la fuerza con la que aparecen dichas transformaciones; por ejemplo, Marcial Gacho trata de explicarle a su suegro Cipriano Algor, que el Centro debe ser considerado: “como una ciudad dentro de otra ciudad” (Saramago 2001 333). Y posteriormente, Cipriano lanza una impresión que recalca esa fuerza absoluta de la ciudad y especialmente con lo que le significa:

Y ya que estamos hablando de tamaños, es curioso que cada vez que miro al Centro desde fuera tengo la impresión de que es mayor que la propia ciudad, es decir, el Centro está dentro la ciudad, pero es mayor que la ciudad, siendo una parte es mayor que el todo, probablemente será porque es más alto que los edificios que lo cercan, más alto que cualquier edificio de la ciudad, probablemente porque desde el principio ha estado engullendo calles, plazas, barrios enteros (Saramago 2001 334).

Se podría decir que lo contemporáneo a su vez trae consigo una crisis metafísica, y por tanto, del humanismo, ya que evidencia el contundente papel de la corporación, de la técnica, del progreso, del control y del dominio. En *La Caverna* se evidencia que la sociedad debe configurarse en torno a la ciudad y a los centros de producción. De allí que lo contemporáneo ilumine la crisis del humanismo a partir del fenómeno de la deshumanización, denunciado en la novela a la hora de recrear el poder que el *Centro* ostenta y las conversaciones que los guardias mantienen con quienes se relacionan. El hecho de que Cipriano Algor confunda uno de los principios apriorísticos más comprensibles, como el de reconocer que la parte es menor que el todo, da cuenta del poder que el *Centro* retiene, en tanto este *engulle* todo lo que está alrededor: casas, calles, tradiciones, hombres, dinero, vidas, etc.

Al retomar la idea de progreso debe revisarse la paradoja que trae consigo este término, pues se creería que todo progreso conllevaría a un avance en los aspectos que repercuten de manera favorable a la sociedad; sin embargo, en *La Caverna* el progreso es sinónimo, para muchos, de desasosiego profundo. Como se ha tratado de ilustrar desde el principio, es importante no generalizar esos sentimientos de frustración y tristeza que son los que Cipriano mayormente expresa, todo ellos producto de esa relación impotente que mantiene con el *Centro*. Lyotard al respecto aclara las dimensiones de lo que trae consigo dicha idea:

Este progreso se encara actualmente bajo el más vergonzoso de los nombres: desarrollo. Pero ha llegado a ser imposible legitimar el desarrollo por la promesa de una emancipación de toda la humanidad. Esta promesa no se ha cumplido. El perjurio no se ha debido al olvido de la promesa, el propio desarrollo impide cumplimentarla. El neoalfabetismo, el empobrecimiento de los pueblos del Sur y del Tercer Mundo, el desempleo, el despotismo de la opinión y, por consiguiente, el despotismo de los prejuicios amplificadas por los media, la ley de que

es bueno lo que es “performance”, todo eso no es la consecuencia de la falta de desarrollo sino todo lo contrario. Por eso, ninguno se atreve a llamarlo progreso (Lyotard 2003 110).

Así, con lo anterior, se describe con precisión muchas de las características de los protagonistas de *La Caverna*; todos ellos expuestos a un proyecto social al que deben ampararse para no morir en la soledad o la exclusión. Es preferible vivir en esa sociedad de las apariencias y del espectáculo social que todos brindan apoyados en el mundo de las imágenes, la simulación y la producción en escala, que enterrar las manos en el barro para vivir de un oficio en extinción. Las vivencias de la postmodernidad cambian la escala de las prácticas y las rutinas por otras que reemplazan a las anteriores, sin otorgarle un tiempo y una adecuación especial a aquellos que no están preparados para vivir en tales dimensiones. Como se ha citado anteriormente, el pensador de la liquidez - Zigmunt Bauman- reflexiona con profundidad al respecto de los cambios abrumadores que entrañan estas épocas para con el hombre, y en una de sus críticas aparece reseñada esta:

“En primer lugar, el paso de la fase “sólida” de la modernidad a la “líquida”: es decir, a una condición en la que las formas sociales (las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamiento aceptables) ya no pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas y, una vez asumidas, ocupar el lugar que se les ha asignado” (Bauman 2007a 7).

Se ilustra con la cita la velocidad con la que el hombre debe afrontar los nuevos modelos sociales, sin que ellos sean inseridos con naturalidad en la cotidianidad del hombre. Estas irrupciones institucionales, que destronan a su vez las que



imperaban hasta entonces, desubican al individuo y a la sociedad, sumiéndoles además en experiencias vitales singulares. Para Heidegger esta sería sencillamente la expresión del aniquilamiento del *ser-ahí*, ya que tal arrojamiento es producto de la experiencia del ser con otros, en el mundo y en el tiempo, y si se le arrebatara tal vivencia al sujeto, se le despoja de todo sentido: “En cierto modo yo mismo soy aquello con lo que trato, aquello de lo que me ocupo, aquello a lo que me ata mi profesión; y en eso está en juego mi existencia” (Heidegger 2006 39).

*La Caverna* muestra el rostro paradójico de la sociedad descrita. Por un lado mecanismos que han permitido la conexión entre todos de manera ágil y rápida; nuevas vías, medios de comunicación, culturas cosmopolitas, y por otro lado, el opacamiento de la sociedad, la misma que Gianni Vattimo llamaría: *Transparente*, pero que no deja de ser caótica, compleja, interesada. Estos medios, en *La Caverna* específicamente-como las vallas o avisos-, juegan el papel de conciencia social, pues dictaminan qué vivir, cómo lograrlo, dónde y cuándo. Por eso, la *sociedad transparente*, en palabras del filósofo Vattimo, representa una fábula que debe ser desenmascarada, pero que persiste en el engaño debido a que sigue alimentando a la sociedad con más velos, por medio de más fábulas<sup>18</sup>.

La anterior es la misma impresión que se esboza por parte de otros teóricos de la postmodernidad. La sociedad vive la ruptura de antiguos paradigmas y levanta nuevos proyectos de comprensión para el significado del hombre, de sus instituciones y roles: “Vivimos en un mundo cada vez más construido, artificial, cada vez más rico en conocimientos pero también, desde cierto punto de vista, cada vez más opaco e incomprensible” (Brunner 1999 39).

Al final de cuentas no logramos identificar quién es el hombre, por qué su importancia y cuál es su papel en este tiempo. Cada época construye y destruye el

---

<sup>18</sup> En el *Crepúsculo de los Ídolos*, Nietzsche muestra cómo cuando se quiere develar una fábula, esta sólo logra ser superada por otra fábula: “Hemos suprimido el mundo verdadero; ¿qué mundo ha quedado?, ¿acaso el apariencial?!... ¡En absoluto! ¡Al suprimir el mundo verdadero, hemos suprimido también el apariencial! (Nietzsche 1969 137).

paradigma existencial del hombre y parece que no lograra encontrarse un puesto fijo para él. Su destino es la movilidad, ser hoy y mañana, acaecer.

Cipriano Algor comprende que algo está ocurriendo; hay cambios sustanciales en su vida que obligan representarse el mundo desde nuevos panoramas, incluso Marta le proporciona estrategias para avanzar en ese mundo. Cipriano se convierte en aprendiz de un mercado que diversifica, que cambia. Ante la rigurosidad de unas leyes del mercado que constantemente están excluyendo y eliminando, Marta, su hija, proporciona alternativas para prevalecer ante las dificultades del sistema:

Tengo una opinión diferente, Y qué opinión diferente es ésa, qué mirífica idea se te ha ocurrido, Que fabriquemos otras cosas, Si el Centro deja de comprarnos unas, es más que dudoso que quiera comprar otras, Tal vez no, tal vez tal vez, De qué estás hablando mujer, De que deberíamos ponernos a fabricar muñecos, Muñecos, exclamó Cipriano Algor con tono de escandalizada sorpresa, [...] no comience a decir que es un disparate sin esperar el resultado [...] (Saramago 2001 88).

El *Centro* impone nuevas formas de producción a las que deben ceñirse todos aquellos que allí comercializan sus productos; pues se enarbolan en estos tiempos valores que comprenden mayor efectividad; por eso la técnica de la producción masiva será el gran coqueteo para Cipriano, pues obedece a lo que Lyotard también expone y que se percibe en *La Caverna*:

Aquí intervienen las técnicas. Éstas, inicialmente, son prótesis de órganos o de sistemas fisiológicos humanos que tienen por función recibir los datos o actuar sobre el contexto. Obedecen a un principio, el de la optimización de actuaciones: aumento del output (informaciones o modificaciones obtenidas), disminución del input (energía gastada) para obtenerlos. Son, pues, juegos en los que la pertinencia no es ni la

verdadera, ni la justa, ni la bella, etc., sino la eficiente: una jugada técnica es buena cuando funciona mejor y/o cuando gasta menos que otra (Lyotard 2006 83).

La vía de la técnica, la misma que en sus albores debió llevar al hombre a simplificar y a mejorar su vida, ha logrado alterar, por otro lado, los ritmos y formas de vida en cada época. La que hoy le toca al hombre, es una técnica que prioriza la eficiencia, que busca la economía y la ganancia en todos sus aspectos, por esa razón el hombre se somete a condiciones que constantemente le llevan a una valoración de su hacer, perdiendo toda vocación –como la artesanía en el caso de Cipriano- y encontrándose con profesiones y trabajos que garanticen el ritmo social suscitado en la postmodernidad como las que subyacen en el *Centro*.

## 2.6 El Centro: referente de la sociedad postmoderna

El *Centro*, como se ha explicado en otras oportunidades, se eleva como el gran metarrelato habitable de la postmodernidad en la novela, ya que allí se evidencian los paradigmas de una vida cambiante y dinámica; en tanto el lenguaje de todos los que viven allí, también redimensiona una nueva forma relacional en la que prima el interés, el espectáculo, el gasto y el disfrute. Se enmarcan en este lugar las nuevas fronteras de quienes viven felices y dichosos, y aquellos que por otro lado heredan el ostracismo, pues ni los medios, ni la riqueza, ni la productividad, ni el trabajo les favorecen.

El anterior metarrelato se transforma en una fuerza capaz de incluir o excluir, pues de allí parten las nuevas concepciones para la vida; por ende el sentir de algunos es sinónimo de fin, aunque otros encuentren una posibilidad de vida. Podría irse más allá si se interpretan otras palabras más de Lyotard al explicar la dinámica de terror que el *Centro* alberga, cuando éste se encarga de dictaminar si una profesión u oficio no es viable en estos tiempos: “Dice: adapte sus aspiraciones a nuestros fines, si no...” (Lyotard 2006 114). Esta es la sentencia del *Centro*: adecuarse, comportarse en consonancia con ciertas políticas o... desaparecer.

Pero los cambios, las paradojas, la imposición de los nuevos paradigmas no radican sólo allí; lo que generación tras generación era hábito en las familias, en el pueblo, cambia. Incluso el oficio de alfarero, arte y práctica ancestral de la familia Algor, viene a dar un vuelco, pues aquella vocación que se repetía generacionalmente a través de los nombres –en la novela mencionada el padre y el abuelo de Cipriano también se llamaron así y fueron alfareros- cambia, pues las condiciones de vida exigen que hayan más guardias de seguridad que alfareros, más vigilancia que arte, más obediencia que creación. Brunner, al igual que otros pensadores de este tiempo, invita a comprender que estos cambios se evidencian

en niveles específicos y macro; he aquí cómo algunos de ellos han sacudido estructuras básicas de la sociedad contemporánea:

Otra fuente de miedo y malestar finiseculares se alimenta de los cambios que experimentan las estructuras soportantes de la vida personal, en particular, la familia y la comunidad. La desintegración de esas estructuras para dar paso a relaciones mucho más abstractas, voluntarias, de tipo contractual, crea unas sociedades frágiles, angustiadas por la soledad, asustadas frente a la vejez y la muerte, inhóspitas y frías (Brunner 1999 41).

Todo lo anterior para evidenciar que la postmodernidad trae consigo miedos, nuevos paradigmas que obligan al sujeto a reinterpretarse, a comprenderse en medio de estas dimensiones que le inculcan, tales como la soledad, el miedo y la frialdad. Sería presumido decir que esto es sinónimo de lo contemporáneo, sin embargo, podría enunciarse que son parte de una era enrarecida en la que el hombre parece no encontrar su lugar. La postmodernidad trae consigo nuevas jugadas que sólo a la luz del tiempo y las experiencias podrán ser juzgadas. Todos los hombres juegan y tienden esas nuevas relaciones con las instituciones poderosas, en las que se encuentra –como ya se ha dicho- la oportunidad de la vida o su ocaso.

La institución postmoderna procura asentar sus bases sobre aquello que es fijo, favorable y rentable al individuo; establece prácticas que conducen a la rentabilidad con bajos riesgos, y aparece, entonces-en la vida específica de Cipriano- el sondeo estadístico de sus productos. El sujeto queda expuesto a ser aceptado o rechazado por lo que otros deciden consumir. A saber, su supervivencia queda pendiendo del gusto de los clientes, quienes portan la verdad a partir de su capacidad adquisitiva; seres elegidos e importantes a los que el *Centro* les otorga toda credibilidad y decisión. Sobre ellos reposa la marcha estable del mundo, y la infalibilidad les acompaña.

En ese cruce de palabras y de negocios, establecidos entre el jefe de compras del *Centro* y Cipriano, se desmitologiza el oficio artístico de la alfarería, transformándose en un trabajo mediático que –si da buen resultado- llamaría la atención de los consumidores y posibilitaría la continuidad de Cipriano como proveedor de figurillas artesanales. Las figuras de barro que Cipriano produce deben generar curiosidad e innovación para continuar en las repisas; esta es la única vía para continuar relaciones con el *Centro*, sólo si se le da gusto al cliente y los productos son consumidos las relaciones perduran, de lo contrario mueren:

Significa que vamos a hacerle un encargo experimental de doscientas figuras de cada modelo y que la posibilidad de nuevos encargos dependerá obviamente de la manera en que los clientes reciban el producto, No sé cómo se lo podré agradecer, Para el Centro, señor Algor, el mejor agradecimiento está en la satisfacción de nuestros clientes, si ellos están satisfechos, es decir, si compran y siguen comprando, nosotros también lo estaremos, vea lo que sucedió con su loza, se dejaron de interesar por ella, y, como el producto, al contrario de lo que ha sucedido en otras ocasiones, no merecía el trabajo ni la inversión de convencerlos de que estaban errados, dimos por terminada nuestra relación comercial, es muy simple, como ve (Saramago 2001 169).

Este párrafo evidencia bien la condición en la que se encuentra el hombre; la postmodernidad aparece como brecha para la resignificación del Ser; lo que hasta ahora era entendido de una forma, debe ser resemantizado. Son otros los que eligen el trabajo, la profesión, la continuidad -o no- de un oficio, y por ende la existencia -o no- del individuo. El *Centro* es el gran inquisidor en ese sentido; las estructuras de poder se ajustan a la sociedad, a sus parámetros y ritmos; se evidencian a través de mecanismos tan sutiles como los de un sondeo, tal cual se ha señalado: *Consumo, luego existo* deja de ser en su literalidad un juego de paráfrasis, y se convierte en un asunto que define lo existencial, lo material y lo

ideal. Este cambio radical para asumir la realidad también es mencionado por el filósofo francés:

Pero el capitalismo tiene por sí solo tal poder de desrealizar los objetos habituales, los papeles de la vida social y las instituciones, que las representaciones llamadas “realistas” sólo pueden evocar la realidad en el modo de la nostalgia o de la burla, como una ocasión para el sufrimiento más que para la satisfacción. El clasicismo parece interdicto en un mundo en que la realidad está tan desestabilizada que no brinda materia para la experiencia, sino para el sondeo y la experimentación (Lyotard 2003 15).

El poder que ostenta el Centro es una figura cotejada fácilmente con el sistema capitalista, quien a su vez reconfigura la realidad para la sociedad, haciendo de las prácticas y oficios generacionales una fábula más, y proponiendo otras alternativas *fabulescas*,<sup>19</sup> para seguir viviendo.

El *Centro* declara arcaico, hasta entonces, el amasijo de barro, pues éste en adelante es reemplazado dentro del mundo industrial por un objeto parecido, económico y duradero como el plástico. Los papeles de la vida social convierten al artesano en un productor en serie, despojándole del sentido creador a un oficio milenario. El *Centro* todo lo puede y todo lo ordena, todo lo inventa y todo lo contiene. La realidad que configura el *Centro* es representación, en tanto promueve la vivencia de imitaciones bajo techo, de experiencias que simulan a las que se encuentran en el mundo, las cuales resultan difíciles de diferenciar. La contemporaneidad por tanto se convierte en propulsora de una realidad simulada, en la que el hombre alcanza a experimentar una vida plena, sin vivir la vida realmente. Se desprende de lo anterior fenómenos tan próximos como la realidad virtual, la inteligencia artificial, entre otros. Estas nuevas dimensiones –para no

---

<sup>19</sup>Ya se ha aclarado, a través de una cita referida a Nietzsche, como una forma de ver el mundo, es apenas una respuesta fabulesca de la vida, que viene a reemplazar las anteriores, y que será reemplaza en su futuro por otra.

denominarles: realidades- son construidas al amañó y deseo del ser humano. En el siguiente fragmento, apenas se alcanza a vislumbrar la realidad que brinda una de las alas del *Centro*:

Si, cuando vinieron para conocer el apartamento, hubieran utilizado un ascensor del lado opuesto, habría podido apreciar, durante la vagarosa subida, aparte de nuevas galerías, ...un centro para niños, un centro para tercera edad, un túnel del amor, un puente colgante, un tren fantasma, un consultorio de astrólogo, un despacho de apuestas, un local de tiro, un campo de golf, un hospital de lujo, otro menos lujoso, una bolera, una sala de billares, una batería de futbolines, un mapa gigante, una puerta secreta, otra con un letrero que dice experimente sensaciones naturales, lluvia, viento y nieve a discreción, una muralla china, un taj-mahal, una pirámide de Egipto, una templo de karnak, un acueducto de aguas libres que funciona las veinticuatro horas del día, un convento de mafra, una torre de clérigos, un fiordo, un cielo de verano con nubes blancas flotando, un lago, una palmera auténtica, un tiranosaurio en esqueleto, otro que parece vivo, un Himalaya con su Everest, un río amazonas con indios, una balsa de piedra, un cristo del concorvado, un caballo de troya, una silla eléctrica, un pelotón de ejecución, un ángel tocando la trompeta, un satélite de comunicaciones, una cometa, una galaxia, un enano grande, un gigante pequeño, en fin, una lista hasta tal punto extensa de prodigios que ni ochenta años de vida ociosa serían suficientes para disfrutarlos con provecho, incluso habiendo nacido la persona en el Centro y no habiendo salido nunca al mundo exterior (Saramago 2001 400-401).

En el *Centro* aparecen las fantasías del realismo, tenerlo todo en el mismo sitio sin tenerse que desplazar a ningún lado, y creer que todo ya ha sido revelado, deja entrever cierto neomisticismo de quienes acuden a este lugar. Se le rinde culto al *Centro* porque trae consigo la verdad y la domina, permitiendo que sólo



algunos accedan sólo si estos pagan el precio. La imitación es económica y a la población es fácil engañarla, se les vende mitos, se les vende felicidad, se les vende comodidad, se les vende seguridad, se les vende sentido -cuando la población, según Lyotard, vive con un “*sentido desublimado*” y de “*forma desestructurada*”- (Lyotard 2003 12).

La postmodernidad al significar posibilidades y *chances* trae de la mano consigo las herramientas que más le fortalece, en este caso: el consumismo, la producción, la competencia, la industria, la técnica; todos ellos aparejos para una época en la que todo es posible, todo cambia y nada permanece.

Ha de comprenderse que las generaciones pasadas a este Cipriano Algor, el protagonista en *La Caverna*, no fueron los proveedores de los platos, tazas y jarrones del *Centro*, pues este lugar no existía, y por tanto esta familia de alfareros proveía a la ciudad y al campo con su trabajo; quizás los visitaban a ellos y la gente compraba los productos en su casa. Sin embargo, la postmodernidad trae consigo una exigencia de expansión y llevar los productos a los grandes centros de recepcionamiento de mercancías; las dinámicas del mercado exigen la entrega, la devolución, el cambio, el problema de demanda y oferta, el alza o la baja en los precios; dinámicas todas ellas que no acompañaron por siempre a la familia, sólo hasta dicha generación en la que la profesión se mercantiliza y se convierte en una necesidad desde la producción masiva. Pero el que esta profesión se mantenga y llegue hasta tal punto es resultado de otro de los grandes factores que mueven la postmodernidad: el dinero. Esto lo concluye Lyotard cuando dice: “Pero este realismo del qué-más-da es el realismo del dinero: a falta de criterios estéticos, sigue siendo posible y útil medir el valor de las obras por la ganancia que se puede sacar de ellas” (Lyotard 2003 18). Desde este factor se reconstruye la sociedad y el individuo de la postmodernidad, pues ordena, clasifica y direcciona el derrotero de lo importante, lo selecto y lo bello. Parece que no estuviera y está presente en todas partes, en el lenguaje, en las relaciones sociales, en la educación, en la industria, está en la religión y en los nuevos

sistemas ideológicos, político y culturales que a su vez ofrecen a guiar al ser humano; las exigencias que emanan del dinero y los movimientos que se circunscriben alrededor del mismo, definen otro de los ámbitos del Ser contemporáneo.

Sin embargo, no debe perderse de vista las posibilidades que se abren al sujeto en todo tiempo, inclusive en este que podría insinuarse tan distinto. *La chance*-a la que nos hemos referido con anterioridad- según Vattimo, es expresada también por Lyotard cuando dice que lo postmoderno en uno de sus acentos, sería “*acrecentamiento del ser*” (Lyotard 2003 24), es decir, creaciones, nuevas experiencias, libertad, posibilidades que se le abren al ser en todas sus dimensiones. Esta característica de *acrecentamiento* recobra toda su fuerza cuando Cipriano Algor encuentra de nuevo el sentido cuando ha sucumbido hasta el final. El descenso mayúsculo, como lo imaginaba Nietzsche<sup>20</sup>, para comprender la realidad donde surge una nueva representación y que esta no es una, que son todas las que el sujeto advierta, siendo estas reemplazadas y re-semantizadas constantemente<sup>21</sup>.

En el concierto de autores y pensadores que han procurado plasmar el significado de la postmodernidad se encuentran aspectos transversales que cruzan la frontera de la hermenéutica, el nihilismo y la ontología. Tal panorama cierra una mirada abierta para con el ser, quien desde la técnica, la industria y los modos de vida que se proponen en el capitalismo, se convierten en estadios desde los cuales el hombre comprende su universo. El viaje ondulante del hombre, tal como el viaje de Cipriano: ir y venir, comprender y renegar, amar y

---

<sup>20</sup> Comprensión cercana al significado del eterno retorno, cuando en la Voluntad de poderío – en el fragmento 1059- enuncia: “Y como entre todas las combinaciones y su próximo retorno deberían desarrollarse todas las combinaciones posibles, en general [...], quedaría demostrado con ello un círculo de series absolutamente idénticas: se demostraría que el mundo es un círculo que ya se ha repetido una infinidad de veces y que seguiría repitiendo “in infinitum” su juego. (Nietzsche 1970 554)

<sup>21</sup> Esta experiencia se presenta con profundidad en el último capítulo del presente trabajo, en el que se hace alusión al nihilismo activo, en el que toda es reconfigurado de nuevo en función del ser.

odiar, entrar y escapar, al final, no permite que una opción le determine, sino que transita por la vida reencontrándose consigo mismo, con sus sufrimientos y aciertos, con sus nostalgias y deseos.

En ese recorrido es vital fijar la mirada en Cipriano Algor, pues en él existe la preocupación de un anquilosamiento existencial; la pérdida de su trabajo, el desarraigo de su tierra y su hogar repercuten en el detrimento del sentido, es decir: la banalidad del ser en tanto es idiotizado por las fantasías del *Centro*. Sin embargo, la certeza final de que sus pasos deben buscar libertad, nuevos modos de vida, entre otros, significa para él la gran posibilidad.

## **2.7 Contrariedades postmodernas**

Dar paso a lo que llamarían algunos “contemporáneo” o “postmoderno” significa una reapropiación del sentido en todo momento, es decir: posibilidad, *chance*. Para Vattimo allí está la alternativa del individuo; una opción para el redescubrimiento de aquello que fue olvidado: el ser. Entre los apartados en los cuales explica dicho chance desde la hermenéutica, la ética y el nihilismo, podría enunciarse el siguiente:

[...] el ser no coincide necesariamente con lo que es estable, fijo y permanente, sino que tiene que ver más bien con el evento, el consenso, el diálogo y la interpretación, se esfuerzan –los filósofos nihilistas- por hacernos capaces de recibir esta experiencia de oscilación del mundo posmoderno como chance de un nuevo modo de ser (quizás, al fin) humano (Vattimo 1996 87).

Puede entenderse cómo el *Centro* también está cargado de detalles que irían en contravía de la propuesta postmoderna que también persiste allí. Un poder, una directriz, las normas, las reglas, la vigilancia, todo ello y más son ramificaciones

negativas pues estandarizan y homogenizan a los individuos; propuesta un tanto lejana de la lectura que hace Vattimo y Lyotard de la postmodernidad. A pesar de los caminos asimétricos que pueden percibirse en *La Caverna*, es importante resaltar que tanto el narrador como los filósofos mencionados contemplan un ser que se expone a nuevas dimensiones, siendo la postmodernidad una puerta por la que el ser contempla otras realidades y en donde se abre o no un lugar para continuar: “Ya nada lo retenía allí, Cipriano Algor había comprendido. Como el camino circular de un calvario, que siempre encuentra un calvario delante, la subida fue lenta y dolorosa [...] comenzó a llorar” (Saramago 2001 433). He aquí el reconocimiento de un espacio sin opción alguna, donde todo parece sumirse en la oscuridad. Cipriano vive dos dimensiones, la anterior que es producto de la imposibilidad de recuperar ciertas vivencias, pero reconociendo por otro lado y después de una gran reflexión vital, la entrada a otra forma de ver el mundo: “Vosotros decidiréis vuestras vidas, yo me voy” (Id. 436). Este partir es la proyección de la postmodernidad como panorama de decisiones en los que el ser reencausa su sentido reapropiándose del mismo.

Como ya se argumentaba, aunque por un lado algunos filósofos vean la postmodernidad<sup>22</sup> como el espacio para la diferencia tal como se ha enunciado anteriormente, la voz del narrador de *La Caverna* recrea un arquetipo moderno en el que la vida es revaluada y todos asumen prácticas homogenizadas. Huir, por tanto, se convierte en otra elección que legitima la vida de Cipriano Algor aunque esta traiga consigo otros miedos y tormentos que subyacen al tomar cualquier decisión.

Lo postmoderno en la novela *La Caverna* no es negación ni aceptación, se convierte en lucha; es una propuesta a la que son sometidos desde todas sus acciones, quehaceres y decisiones a los protagonistas. Incluso, la postmodernidad constantemente instigará a través de instituciones, poderes y otros mecanismos

---

<sup>22</sup> “Por esa razón, bajo la palabra *postmodernidad* pueden encontrarse agrupadas las perspectivas más opuestas” (Lyotard 2003 41)

sociales a vivir en una rigurosa modernidad donde se establecen parámetros y condiciones, sin posibilidad de excepción ni elección. Por ejemplo, los medios masivos de comunicación, como hijos directos de la diversidad y la diferencia, anuncian entonces que todos a través del consumismo deben ser diferentes, pero al final a través de ellos todos están siendo homogenizados. Preferir tal arrinconamiento es otra alternativa, y ésta en ocasiones se convierte en una decisión liberadora del ser. De allí que muchos autores consideren que la postmodernidad no es un tránsito a otra época o etapa, es la amortización de las estructuras que hasta entonces imperaban en la modernidad, pero diseminadas en otros entornos y vivencias. Es una modernidad camuflada, que trae consigo aspectos paradójales y nuevas preguntas por revelar delante del individuo.

Otra forma para decir lo anterior en palabras de los teóricos que han asumido ese debate, sería la des-entronización de los grandes relatos, por la aparición innumerable de los pequeños relatos (Lyotard 2003 40). Incluso se desmontan los grandes ideales enarbolados en la modernidad: razón, libertad, igualdad, dignidad, siendo postergados por el avivamiento de nuevos valores tales como: imitación, consumo, experiencia, técnica, industria, etc. En *La Caverna* se palpa ese desarraigo de valores que llamaríamos absolutos, para convertirlos en obsoletos; las tensiones propuestas por la ciudad, y el *Centro* son excluyentes, pues las del último son propias de una población que se ajusta a las condiciones de vida en la que se ostenta, en la que se consume y se gasta. Por eso, al darle de nuevo la voz a Lyotard, este dice: “No es ausencia de progreso sino, por el contrario, el desarrollo tecnocientífico, artístico, económico y político, lo que ha hecho posible el estallido de las guerras totales, los totalitarismos, la brecha creciente entre la riqueza del Norte y la pobreza del Sur, el desempleo y la “nueva pobreza”...” (Id. 2003 98). Este es apenas el principio de una cadena que no se rompe, mientras el campo desaparece, se pone en cuestión la ciudad, pues el sitio para vivir es el nuevo centro comercial.

Lo anterior es lo que ocurre en *La Caverna*, el progreso no ha abarcado los aspectos sociales de dignidad, inclusión, oportunidades y calidad de vida, al contrario, ha sacrificado todos los anteriores priorizando la riqueza, la expansión, el consumo, la división, entre otras.

El caso del *Centro* en *La Caverna* es representación de la figura totalizante que se comporta, como se enunciaba anteriormente, con directrices modernas; es el espacio en el que predomina la estructura ordenadora y vigilante; todo ser que tenga relación con tal proyecto ha de someterse a sus imposiciones y políticas, obligando a todos a converger hacia determinada vivencia social, y quienes diverjan sencillamente deben buscar otros espacios donde reine el caos, el desorden y la anarquía. En esa dinámica entre lo moderno y lo postmoderno, existe por contradicción en esta última instancia, una percepción algo irracional en la que prevalece la exaltación de las pasiones, la vanidad, el estatus, la clase y otras convenciones nutridas por los sistemas de dominación, especialmente los medios de comunicación, deslegitimando las antiguas prácticas, tradiciones y rituales.

El *Centro* hace creer por su parte que, quienes llegan allí, viven una mejor vida; espacios estrechos, vigilados, artificiales y encerrados son más apetecidos por la sociedad. Todos se pelean un lugar en el *Centro*; además este es el epicentro de la satisfacción para todas las personas, pues allí sólo se vende lo que la gente considera pertinente que se ofrezca. Retómese por ejemplo, el caso del sondeo y las estadísticas, cuyo resultado conlleva a la aparición o extinción de una profesión u oficio, pues si los clientes creen que ese trabajo es obsoleto, la persona también lo será. Dice Lyotard al respecto de la profesión: “Sin embargo sabemos que toda profesión está amenazada de ruina si en lugar de su fin propio o por encima de éste, se le impone otro fin, en principio anexo, pero hegemónico” (Lyotard 2003 75).

El Centro convence a la sociedad a través de la ilusión de una vida feliz, segura, llena de confort y tranquilidad; principios estos que se leen en los mensajes y las vallas que encuentra Cipriano cada vez que se dirige a la ciudad. A su vez, este lugar es celoso de la seguridad y del conocimiento; los planes y los propósitos que el *Centro* se proponga no deben ser conocidos por nadie, solo quienes administran y dirigen ese proyecto los conocen, los demás son un riesgo y pueden convertirse en obstáculo del desarrollo proyectado.

El *Centro* representa la simulación, siendo pues enemigo de la creación y la libertad; allí el sujeto renuncia a la personalidad para convertirse en un individuo más de tal habitáculo; es un número que vaga entre vitrinas, como Cipriano Algor:

[...] un guarda [...] le vino a preguntar quién era y qué hacía en aquel lugar. Cipriano Algor explicó [...] Simple curiosidad, señor, simple curiosidad de quien no tiene nada más que hacer. El guarda le pidió el carné de identidad, comparó la cara con el retrato incorporado en cada uno, examinó con lupa las impresiones digitales en los documentos, y, para terminar, recogió una impresión del mismo dedo [...] acépteme un consejo, no vuelva a aparecer por aquí, podría complicarse la vida, ser curioso una vez basta [...] (Saramago 2001 403-404).

Cipriano se pasea por allí, despersonalizado, solo, incomunicado. Allí en el *Centro* donde todo es posible, donde todos viven felices y contentos por el disfrute, el goce y el confort, aparece un hombre homogenizado por los trazos de una época deshumanizada, en las que se destierran preguntas tales como: quién soy, qué me identifica, qué me hace diferente, qué significo, ninguna de ellas respondidas en el *Centro*, porque allí no hay espacio para la diferencia ni para la reflexión.

Debe entenderse que la legitimidad de los relatos que caben en la contemporaneidad llega hasta ese punto debido a la autoridad con la que la sociedad misma les ha revestido. Los medios de comunicación, las modas, el consumismo, ciertas ideologías y otras prácticas han sido apropiadas por

los individuos como normales y quienes no son hábiles para asumirlas, son tachados y excluidos.

*La Caverna* también podría interpretarse como un ejercicio de cuestionamiento para con esas preguntas que aún no han sido contestadas, priorizando otros espectáculos y esnobismos, sin permitir que el individuo retome los problemas que la realidad le urge. Otros son los afanes, desarrollo y progreso; consumo y diversión, en pocas palabras, una época que exalta la humanidad narcisista y del espectáculo.



### **3 El ser y sus contradicciones**

#### **3.1 Contradicciones del ser social**

Comprender desde Saramago las dinámicas sociales es atender con dramatismo los sentimientos y la frialdad con los que la sociedad se comporta. En Saramago no se encuentra esperanza, sólo se haya la realidad cruda que no arropa a los hombres con la anhelada igualdad. Se observa una sociedad escindida gracias a los excesos de poder que algunas instituciones evidencian y en la que no se logra hacer partícipe a todos. A través de múltiples obras, Saramago se ubica en la herida social para tocar sin pudor los bordes dolorosos que acompañan al individuo de su tiempo. Dentro de sus denuncias sólo queda, ineluctablemente, la exclusión, la diferencia, el rechazo y las fronteras deshumanizantes marcadas con rigor en el ser individual y el ser social.

La preocupación ontológica atraviesa toda la obra de José Saramago, sin embargo, en este capítulo es posible evidenciar cómo la sociedad ha estratificado al ser según su nivel de productividad, su lugar en la escala social o económica, y cómo cada uno debe asumir un puesto dentro de la misma. Esa fuerza que determina el rol o dominio en los ámbitos sociales tiene diferentes nombres, pero todos ellos son a su vez sinónimos: el mercado, las dinámicas económicas, los centros de poder, los sondeos y las encuestas; todos ellos convirtiéndose en una unidad que domina e imprime violencia en la sociedad y en quienes la conforman. Se configura así un desarraigo del ser con la realidad, en la que se perciben intentos apurados de adaptación, olvidando cualquier libertad ontológica en el individuo, pues este queda acorralado por las barreras concretas de la civilización.

La puerta que dio paso a la postmodernidad trajo consigo el ideal de permanecer abierta y el de permitir la entrada a todos los hombres, sin importar cultura, religión, nacionalidad o creencia. Desde los albores de la ilustración las

propuestas de igualdad, libertad y justicia fueron rutas emblemáticas para el nuevo mundo. Tras el intento de hacer de este lugar, un espacio para todos, lentamente el hombre fue comprendiendo que tras éste ideal también se esconden condiciones inapelables, innegociables. Todos aquellos que no siguieran esa directriz debían someterse al juicio de exclusión que la sociedad tiene preparado para aquellos que no aportan a la consecución de ese proyecto.

El liberalismo económico y social, que nutrió con todo su poder a las nuevas formas de mercado que se impuso en algunas naciones, dio origen a una serie de jueces universales que a su vez forzaron la mayor producción y rentabilidad a los países y a sus comunidades para que pudiesen seguir inscritos en las economías de poder y de sostenibilidad mundial. Aquellos que no siguieron esos parámetros fueron tratados bajo otras medidas y vieron la necesidad de inscribirse en el lenguaje universal de una economía capitalista y consumista.

De esta forma cada comunidad empieza a configurar una serie de estratos o condiciones sociales en las que se habita con ciertas peculiaridades. Este problema que se remonta a algunos siglos antes cuando se empezaba a discutir la conveniencia de la propiedad privada, se acuñará con solidez evidenciando una contrariedad que nunca más será reconciliada en el mundo: el sueño de igualdad, justicia y libertad se convertirá en una lucha, en una utopía. Esta restricción configura una serie de seres dentro del sistema social que perseveran todos los días con el fin de alcanzar los niveles de subsistencia para sobrevivir en una realidad que se hace agónica, difícil y asfixiante.

Lo anterior configura el panorama de la novela *La Caverna* en la que el hombre postmoderno se ciñe a una vida que se le impone desde las megaestructuras comerciales en las que sobresale el consumo, la moda, la producción y demás términos afines a tal dimensión. Así, cada individuo queda suspendido en su ser, pues las obligaciones y afanes que la realidad impone le conllevan a operar de acuerdo a este sistema; aquel que no siga tal trayecto es no

grato a tal sociedad. Esta es la historia de los protagonistas de la obra mencionada, caracterizándose especialmente el personaje de Cipriano Algor quien debe soportar la angustia a la que lo reduce los avatares de las nuevas exigencias comerciales, y de las que procura salir a toda costa.

Esta es una sociedad consolidada en diferentes tipos de individuos. Las clases sociales subsisten en medio de las diferencias; sólo las calles y algunos espacios que los diferencian se convierten en las fronteras para estos nuevos mundos, aunque en ocasiones tales límites parecen no encontrarse, pues las cercas ya no se configuran sólo a través de locaciones, sino que se entretajan a través de prácticas, ritmos de vida y acciones que le permiten al individuo volverse parte de la sociedad o desaparecer en medio de ella. El ser, por lo tanto, redimensiona o reconfigura su sentido, pues no yace la esencia del ser en la acción misma de la existencia, sino que ésta cobra su mayor importancia sólo si es capaz de insertarse en las exigencias que la sociedad proyecta<sup>23</sup>. La escasa compatibilidad de ese ser con las configuraciones que la sociedad suministra al individuo le permite escalar y proyectarse de múltiples formas, o por el contrario, le podrían suministrar una muerte lenta en la que sólo le espera el aniquilamiento.

La nueva configuración del ser social se bate sobre un clima de deshumanización que permea al individuo, donde las nuevas – y antiguas-estructuras de poder le sitúan como un instrumento para obtener fines sociales tales como: desarrollo, progreso, sumisión, control, entre otras. Todas ellas mostrándose insolidarias con el individuo y arrinconándolo al máximo. Hasta tal punto llega este condicionamiento que el ser mismo es incapaz de identificarse como un ser existente, pues lo importante en adelante es la eficiencia, la productividad, el consumo, la industria y la vida dispuesta a través del margen más rentable. Por lo tanto, quienes viven en ese ámbito desconocen las demás realidades ajenas, convirtiéndose en focos obstaculizadores para que la sociedad

---

<sup>23</sup> Se reconoce socialmente la importancia de ciertos nichos institucionales, mediáticos y económicos que designan el rumbo del individuo y de la sociedad; esta ruta no es trazada caprichosamente, sino que es producto de los intereses que de allí sobrevienen.

con todas sus garantías florezca. Ante esta mirada de incertidumbre, filósofos contemporáneos, entre ellos Lyotard, considerarán que en este clima de deshumanización también se encuentra el germen para que se edifique una nueva humanidad: “En ese sentido, el sistema se presenta como la máquina vanguardista que arrastra a la humanidad detrás de ella, deshumanizándola para rehumanizarla a un distinto nivel de capacidad normativa” (Lyotard 2006 113). Dicho sea de paso, que esa rehumanización debe obedecer ciegamente a las nuevas condiciones que el sistema le propone, por esa razón en la novela se lee: “[...]Para el Centro, señor Algor, el mejor agradecimiento está en la satisfacción de nuestros clientes, si ellos están satisfechos, es decir, si compran y siguen comprando, nosotros también lo estaremos [...]” (Saramago 2001 169). Prevalece sobre todo una relación de interés en la que todos parecen beneficiarse, pues lo contrario significa exclusión o rechazo.

En el fondo de esta preocupación por el engranaje social se esconde un individualismo atroz que propugna por el bienestar particular, y donde el otro es reconocido en tanto siga el camino preestablecido, en tanto no trunque esta cadena de bienestar que ciertas minorías dictaminan. Aquel que se interponga en la vía mencionada, padece inmediatamente una actitud de rechazo o desamparo por parte de esa microsociedad dominante<sup>24</sup>. De forma muy sutil lo presenta el narrador de *La Caverna* a través de un gesto de indiferencia de otros hombres para con Cipriano Algor –personaje central de la novela-, quienes como él esperan que el *Centro* recepcione sus productos. Cuando Cipriano escucha que el *Centro* – a través de sus empleados- sólo le compraría la mitad de la cerámica, los demás comerciantes obran de forma excluyente y desinteresada:

---

<sup>24</sup> Zigmunt Bauman clasifica a estas personas que son excluidas, como *activos liquidados*, comprendiéndolos en su texto *Tiempos Líquidos* de la siguiente manera: “[...] son el resultado del trabajo de otros productores, pero, como esos productores han sido privados de sus bienes y, por consiguiente, eliminados de manera gradual pero implacable, se alcanzará un punto en el que inevitablemente ya no habrá más activos que “liquidar” (2007 44).

Los conductores se miraron unos a otros, se encogieron de hombros, estaban seguros de que fuera conveniente responder, ni de a quién convendría más la respuesta, uno de ellos sacó un cigarro para dejar claro que se desentendía del asunto, luego recordó que no se podía fumar allí, entonces dio la espalda y se refugió en la cabina del camión, lejos de los acontecimientos (Saramago 2001 27).

Corroborándose una sociedad fragmentada, en la que poco interesan los casos reales del otro; estimándole sólo en cuanto éste se convierte en eslabón para lograr los cometidos particulares. Esta es una sociedad que no constata su estado comunal, vive en la subjetividad y estima el bienestar individual; se observa la vida tan próxima, pero también tan ajena, tan cercana y tan distante<sup>25</sup>. Se habita un mundo de sufrimientos tan parecidos, pero en los que escasamente aparece la cercanía. Esta es una sociedad separada, en la que impera el miedo y la despreocupación por el otro. Habitar el mundo bajo tal comprensión, es saber a su vez deshabitarlo, porque sólo cuentan aquellos aspectos que benefician al individuo, y de allí en adelante no hay nada en qué entrometerse.

Pero este es apenas el reflejo de lo que pasa con el sujeto en particular, sin embargo el narrador sitúa su mirada en el ámbito social, un lente macroscópico en el cual es rastreable la frialdad y la incomodidad con la que es vista la franja social excluida; aquella que no participa del enriquecimiento y de las prácticas industrializantes a las que otros se suman. No podría decirse que es la mayoría, cuando apenas es la minoría la que asume modelos de vida que se estandarizan y tienden a popularizarse como normales y corrientes: consumir, vivir en la ciudad, producir, enriquecerse; ésta no es regla de la mayoría, es el desequilibrio preponderante en el que se regocija la minoría.

---

<sup>25</sup> Gilles Lipovetsky reseña bien esta dualidad en la que se circunscribe la sociedad del *postdeber*, explicando que sólo ahora es comprensible la imposición al extremo de nuevas leyes, pero por otro lado la resistencia de algunos grupos a las mismas; o generando mayores lazos comunitarios pero también cultivado la exclusión social; etc. (Lipovetsky 2011 15).

El narrador de la obra analizada aprecia a través de su mirada social lo que otros perciben de aquellos barrios próximos a la ciudad y sobre los cuales se deposita una observación crítica: “[...] lo que aquí se ve son aglomeraciones caóticas de chabolas hechas de cuantos materiales, en su mayoría precarios, pudiesen ayudar a defenderse [...]” (Saramago 2001 16). Después de esa puntual descripción, el narrador escruta las acciones que los habitantes de aquellos lugares propinan; las cuales son juzgadas de diversa forma según el espectador: “De vez en cuando, por estos parajes, en nombre del axioma clásico que reza que la necesidad también legisla, un camión cargado de alimentos es asaltado y vaciado en menos tiempo de lo que se tarda en contarlo [...]” (*Ibid.*).

El narrador dibuja los cinturones por los que pasea la sociedad; zonas verdes, industriales, aquellas que son de nadie –*chabolas*- y la ciudad; el espacio por excelencia, hacia el cual se dirigen todos los caminos; a su vez, lugar que poco a poco se adueña de los anteriores, especialmente de aquellos que son improductivos y pueden ser peligrosos para el progreso y el avance de quienes allí conviven. Por esa razón, en una escena posterior se evidencia a las fuerzas armadas trabajar en función del propósito mencionado, sin importar quiénes son aquellos que viven en este lugar: “Fue entonces cuando Cipriano Algor miró al lado y reparó en que había soldados moviéndose entre las chabolas [...] parecían estar haciendo salir de las casas a sus inquilinos.[...]” (Id. 117).

El ser en su dimensión individual y social queda empobrecido, arrinconado en los extremos de la ciudad, debido a su escasa participación en las dinámicas sociales; o por el contrario, ocupando la ciudad misma, o el *Centro*, si asume el rol participativo que allí se exige –moda, consumo, imagen, etc-. En cualquier caso se valora al sujeto sólo en tanto sea capaz de interactuar y beneficiar la existencia de otros a partir de sus productos o servicios. Esta es una condición revestida de utilidad en la que el ser se convierte en objeto para los demás; una humanidad mercantil que entabla relaciones interpersonales bajo la imagen del comercio típico, en la que cada quien busca atender sus necesidades.

Las mencionadas hasta entonces, son las dimensiones humanas que han de analizarse y comprenderse, ya que son nuevos lenguajes y acciones los que permiten al individuo aprehender la realidad. Lyotard lo recuerda cuando recalca la sencilla propuesta de la técnica en la vida del hombre:

Obedecen a un principio, el de la optimización de actuaciones: aumento del output (informaciones o modificaciones obtenidas), disminución del input (energía gastada) para obtenerlos. Son, pues, juegos en los que la pertinencia no es ni la verdadera, ni la justa, ni la bella, etc., sino la eficiente: una <<jugada>> técnica es <<buenas>> cuando funciona mejor y/o cuando gasta menos que otra (Lyotard 2006 83).

En la novela, efectuando el paralogismo, Cipriano incrementa el trabajo y en cambio disminuye sus resultados; por esa simple razón no le es pertinente mantenerse en el sistema, y el mercado se lo indica. Es apenas un juego más, y por esa razón el mercado enfatiza que la eficiencia la tienen otros: “Creo que ha sido la aparición de unas piezas de plástico que imitan al barro, y lo imitan tan bien que parecen auténticas, con la ventaja de que pesan menos y son mucho más baratas” (Saramago 2001 28).

Este es el idioma al que el ser debe acostumbrarse, el que lentamente se transmite para que la sociedad no se equivoque en el futuro; por lo menos eso también lo recuerda Lyotard cuando explica cómo es alimentado este imaginario en la sociedad: “Ellos hablan el idioma que se les ha enseñado y les enseña “el mundo”, y el mundo habla de velocidad, goce, narcisismo, competitividad, éxito, realización. El mundo habla bajo la regla del intercambio económico, generalizado a todos los aspectos de la vida, incluyendo los placeres y los afectos” (2003 121).

Prima en esta categorización objetual del individuo una relación que estima el tener y donde se sepultan otras opciones del ser; tener que viene avalado por los propósitos conmensurables de una sociedad fría y calculadora. Vattimo refiere

este problema del ser cuando rescata las dimensiones positivistas al cual le han sometido:

Heidegger, continuando esta línea de Nietzsche, ha mostrado que pensar el ser como fundamento, y la realidad como sistema racional de causas y efectos, es sólo una manera de extender a todo el ser el modelo de la objetividad <<científica>>, de la mentalidad que para poder dominar y organizar rigurosamente todas las cosas tiene que reducirlas al nivel de meras presencias mensurables, manipulables y sustituibles, viniendo finalmente a reducir también al propio hombre, su interioridad y su historicidad, a este mismo nivel (Vattimo 1996 83).

Concatena este fragmento con la idea esbozada por el narrador cuando muestra en la línea de la contemporaneidad a un ser reducido, al cual le han limitado multiplicidad de dimensiones, convirtiéndose en un ser cuyas cualidades sólo interesan en el nivel cuantitativo. El ser se convierte en un número al que se le debe seguir y controlar. La interioridad, en este caso, queda reservada a un espacio mental en el que el ser humano si acaso puede encontrar salida; difícilmente eso podría ocurrir, incluso porque el pensamiento del ser humano sigue los parámetros de la rentabilidad, la producción y la eficiencia.

Ya se ha dicho que para el narrador el sujeto advierte más la cualidad de objeto, mientras que para Vattimo esta interpretación es apenas un trazo, porque su propuesta muestra que el ser no se proyecta sólo como objeto estable, sino como un fluir, porque el ser *se da, acontece* (Vattimo 2004 22). Por lo pronto, la mirada que se posa sobre el futuro de este ser no es de carácter definitivo ni pesimista. Las posibilidades de este ser configurarían nuevas realidades sociales, tal como lo propone Lipovetsky, al interpretar el *caos organizador* que indefectiblemente conlleva a un humanismo negociador, innovador y diverso (Cf. Lipovetsky 2011 15).



En esos nuevos ámbitos que le deparan al ser, éste se ve obligado a convivir con el ambiente tecnificado que sirve a la sociedad postindustrial, hasta el punto de arrebatarle la importancia que tiene como persona, sometiéndole a un entorno en el que el trabajo y sus operaciones deben alinearse al ritmo de los paradigmas tecnocráticos actuales. Es tal la preocupación por llevar la vida a dimensiones de tal magnitud, que en la interioridad del sujeto deja de habitar la pregunta clásica por el yo, el sentido crucial de la vida se extravía; se cree vivir con el objetivo de producir más y en menos tiempo, arrojando resultados con cada movimiento. Esta es la salvación del sujeto; la nueva metafísica contemporánea que lo ocupa todo y lo sabe todo: producir. Podría preguntarse si estas son las nuevas fronteras que les depara al ser en su totalidad, por lo menos eso se vislumbra en la propuesta de Vattimo: “Filósofos nihilistas como Nietzsche y Heidegger (pero también pragmáticos como Dewey o Wittgenstein), al mostrarnos que el ser no coincide necesariamente con lo que es estable, fijo y permanente, sino que tiene que ver más bien con el evento, el consenso, el diálogo y la interpretación, se esfuerzan por hacernos capaces de recibir esta experiencia de oscilación del mundo posmoderno como chance de un nuevo modo de ser (quizás, al fin) humano” (Vattimo 1996 87). Saramago dialogaría con esa mirada, sin embargo, su radicalidad y pesimismo le dejan entrever que la voz no es dialógica, sino que es monológica, pues sólo hablan algunos mientras los otros deben callar y someterse. De esta manera en medio de ese soliloquio<sup>26</sup> que algunos emiten, se encuentra los gritos de muchos hombres que quieren mostrar que el mundo podría ampliar sus fronteras e incluir a muchas más voces.

Las riendas del mundo cambian de dueño, se mueven constantemente y derivan a nuevas formas, sistemas y poderíos, sin embargo, la dominación a la

---

<sup>26</sup>Ese soliloquio, tiene como referencia las clases dominantes de la sociedad, en el caso de *La Caverna*, perfectamente ilustrada por el *Centro*, pero que en un ámbito formal Lyotard llamaría: clases dirigentes y a las que se refiere: “La clase dirigente es y será cada vez más la de los <<decididores>>. Deja de estar constituida por la clase política tradicional, para pasar a ser una base formada por jefes de empresa, altos funcionarios, dirigentes de los grandes organismos profesionales, sindicales, políticos, confesionales (2006 35-36)

que se somete el individuo no encarna algo distinto a lo que ya el hombre ha vivido. Si hasta entonces, por dar un ejemplo, la tradición familiar era la voz que debía seguirse sin contradicción alguna, el *Centro* – en *La Caverna*– se convierte en la voz de los nuevos focos de poder que se configuran en la sociedad; este se convierte en otro *metarrelato* que determina el rumbo de la sociedad: “Una cultura secularizada no es simplemente una cultura que haya dado la espalda a los contenidos religiosos de la tradición, sino la que continúa viviéndolos como huellas, o como modelos encubiertos y distorsionados, pero profundamente presentes” (Vattimo 1996 129). Esta es la forma para evidenciar, además, que la cultura se mueve tras otros paradigmas y circunstancias, allí donde quizás el ser también encuentre otras formas de proyectarse.

Estas formas de expresión del ser encajan con la propuesta postmoderna de Lyotard y Vattimo, cuando ambos reconocen un cambio esencial en la dimensión social, pero también un cambio donde el ser transmuta su significado, no lo pierde, sino que lo reencuentra. El ser se presenta en una modalidad débil<sup>27</sup>, pues se acopla a las relaciones de dominación en las que desarrolla su vida; el acrecentamiento del ser para Lyotard queda sujeto al resultado de las *nuevas reglas de juego* con las que la postmodernidad se remite al sujeto (Lyotard 2003 24).

Es indudable que uno de los centros de poder que más fuerza toma, en la postmodernidad y que coincide con *La Caverna*, es el mercado. Éste se muestra inclemente ante una serie de transformaciones en la que es imposible detenerse; el mundo de la competencia, de la producción y de la demanda es raudo, no se detiene; las personas deben estar listas para abordar este tren o sencillamente olvidarlo. Por esa misma razón las relaciones entre las personas y las organizaciones es de carácter utilitarista; una buena relación entre ambos es aquella en la que fluye el crecimiento económico y la eficiencia, de lo contrario las

---

<sup>27</sup>También es referido por Vattimo como un sujeto depotenciado. *Las aventuras de la diferencia*. 1990 p. 9

relaciones deben reestructurarse. En la novela, el protagonista realiza una reflexión en la que metaforiza su lugar en esta sociedad y el producto de su oficio: “[...] he pensado que no hay gran diferencia entre las cosas y las personas, tienen su vida, duran un tiempo, y al poco acaban, como todo en el mundo [...]” (Saramago 2001 78). El personaje ha visto cómo sus cántaros, su loza y demás productos artesanales han sido desplazados por otros más novedosos y económicos, y de alguna forma advierte el destino de su vida similar al de sus platos; se siente arrojado, desplazado, in-útil. Y este sentimiento es reforzado por la voz de su yerno -guarda del *Centro*-, quien le sigue enrostrando estos cambios que se ciernen sobre la sociedad: “[...] Que todavía no han decidido, pero que su caso no es el único, mercancías que interesaban y dejan de interesar es una rutina casi diaria en el *Centro*, ésas son sus palabras, rutina casi diaria [...]” (Id. 83).

Las relaciones humanas, percibidas por la voz del narrador, se someten cada vez más al modelo mercantilista evidenciado en las relaciones comerciales; la vida humana, legislada mayormente por la dinámica de oferta y demanda, conlleva a la pérdida de la identidad y del sentido de la vida misma. Por lo tanto, uno de los momentos cruciales para resaltar el peso que el mercado tiene sobre los rumbos que toma la vida de un individuo es aquel en el que se mide cuán favorable y rentable sería la introducción de nuevos productos, después de que el protagonista y su hija han decidido diversificar sus producciones y crear una serie de piezas artesanales decorativas. El *Centro* les sugiere esperar mientras realizan un sondeo<sup>28</sup>, última esperanza para un hombre que ve acabada su profesión y su vida; sin embargo, es ese mismo estudio quien le revela la sentencia final: “[...]”

---

28Sobre este aspecto, Baudrillard muestra el poder que han adquirido los métodos cuantitativos para determinar qué es útil o no en la sociedad, sin otorgar importancia al sujeto. “El único referente que funciona todavía, es el de la mayoría silenciosa. Todos los sistemas actuales funcionan sobre esa entidad nebulosa, sobre esa sustancia flotante cuya existencia ya no es social, sino estadística, y cuyo único modo de aparición es el del sondeo. Simulación en el horizonte de lo social, o más bien en el horizonte donde lo social desapareció” (Baudrillard 1978 23).

Lamento informarle de que no fueron tan buenos cuanto desearíamos, Si es así nadie lo lamentará más que yo, Temo que su participación en la vida de nuestro Centro ha llegado al final, Todos los días se comienzan cosas, pero, tarde o temprano, todas acaban [...]” (Saramago 2001 375).

La sociedad del mercado y del consumo son algunos de los grandes jueces de la postmodernidad, pues ellos abren las brechas del futuro con el que se equipara lentamente a la humanidad. Z. Bauman muestra de forma radical cómo estas imposiciones se observan actualmente:

Las leyes del mercado se aplican equitativamente sobre las cosas elegidas y sobre quienes las eligen. Sólo bienes de cambio pueden entrar por derecho propio en los templos del consumo, ya sea por la puerta de los “productos” o por la de “clientes”. En el interior de esos templos, tanto los objetos de adoración como los devotos son bienes de cambio. La vida política ha sido desregulada, privatizada y confinada así también al ámbito de los mercados, característica que distingue a la sociedad de consumidores de toda otra forma de comunidad humana (Bauman 2007b 89).

Los individuos tanto como los objetos son entes regidos por fuerzas superiores<sup>29</sup> y son centralizados bajo la perspectiva de bienes de cambio; convirtiéndose en ellos en tanto el capital, la rentabilidad y la producción lo permitan; de lo contrario, se estará destinado a vivir una experiencia tan parecida a la de Cipriano:

[...]En todo caso, es Cipriano Algor quien se encuentra confrontado con la peor de las situaciones, la de mirarse las manos y saber que ya no sirven para nada, la de mirar el reloj y saber que la hora que viene será iguala esta que está, la de pensar en el día de mañana y saber que será tan vacío como el de hoy[...] (Saramago 2001 397).

---

<sup>29</sup>Es una denominación que trae cierta relación con la expresión de fuerzas globales que usa Zygmunt Bauman en el texto *Archipiélago de Excepciones* (2008 49); las cuales: “...actúan sin consultar antes a aquellos a quienes va a afectar el resultado de su acción” (Ibid.).

El narrador de *La Caverna* muestra evidentemente una cosificación del individuo – pues éste debe convertirse en un producto social apetecible- que es palpable en la realidad contemporánea; mientras que desde el fatalismo Saramaguiano podría interpretarse que esa es una realidad ineludible en el camino de la vida, el Nobel soñará que algún día las relaciones humanas sean menos frías y crueles. Con carácter, en uno de los textos biográficos del escritor, Juan Arias escribe el estado en el que José Saramago observa las relaciones humanas:

Está claro que todo lo que se pueda hacer para comprender mejor quiénes somos está muy bien, pero si comprensión en este caso significa casi aceptación de que el hombre es así, entonces no, porque hay algo que hemos llamado ética que tenemos que tener siempre delante y actuar en consecuencia (Arias 1998 32).

Detrás de cualquier derrota, Saramago, como un escritor que antepone la defensa del hombre y de su dignidad, cree que el llamado a una ética comprometida con el individuo es también una salida a los problemas que encarna la sociedad actual. Acompaña al ser humano una búsqueda milenaria por una vida que le permita vivir dignamente. Y aunque la ética resuene con múltiples tonos en estas épocas, no dejará de seguir inquietando al hombre por una salida en la que todos encuentren asiento.

### **3.2 Sentimientos del ser contemporáneo**

Sería conveniente preguntarse si en el marco de la narrativa saramaguiana aparecen aspectos cercanos y comunes con la propuesta existencialista. Y aunque esta sería una profundización que podría plantearse con el tiempo y con otras lecturas, podría responderse tentativamente que en la prosa analizada aparecen rasgos que analógicamente asemejan la preocupación ontológica existencialista, debido al grado de sentimientos y a las experiencias que vivencia el ser a través de los protagonistas de la novela.

En la obra es posible rastrear una serie de sucesos que conllevan al protagonista y a sus familiares a vivir una serie de experiencias que otros llamarían límites. A través de esos instantes podría interpretarse a un narrador que trata de proyectar los sentimientos del hombre contemporáneo, tales como el desespero, la angustia, el sinsentido y la invisibilidad en el marco social e individual. Estos rastros son concomitantes con una sociedad que se muestra en cambio permanente y donde el sujeto todavía no encuentra lugar.

La sociedad ha ofrecido todas sus fuerzas a la creación de novedosos hábitos de vida donde el desarrollo se convierte en el motor de la sociedad, sin embargo, ese fenómeno ha traído por otro lado el desconsuelo del individuo y su aprisionamiento. Antes de citar algunos fragmentos en los que se expone un sentimiento arrollador por parte del protagonista de la novela, es conveniente precisar cómo Lyotard observa la humanidad cuando va en pos de este ideal:

El desarrollo de las tecnociencias se ha convertido en un medio de acrecentar el malestar, no de calmarlo. Ya no podemos llamar a este desarrollo "progreso". Parece desenvolverse por sí mismo, por una fuerza, una motricidad autónoma, independiente de nosotros. No responde a las exigencias que tienen origen en la necesidad del hombre. Por el contrario, las entidades humanas, individuales o sociales, parecen siempre desestabilizadas por los resultados del desarrollo y sus consecuencias (Lyotard 2003 92).

Obviamente no son sentimientos que se sustraen del individuo y su comprensión por la nada y su absurdidad -tal como lo expondrían algunos existencialistas-; éstos provienen de una serie de condicionamientos sociales que rodean al sujeto sin posibilidad de eludirles; como si fuera un poder paralelo al que es imposible domeñar: casi absoluto, necesario. No obstante, el hombre sigue propugnando a partir de su conciencia un significado que le impulse y le sostenga, quizás sin saber a dónde podrá llegar, pero persistente en la lucha contra esas condiciones

que se le imponen. El hombre no halla en esto sentido, comprensión, sosiego, por el contrario, vivir a expensas de nuevas y colosales normatividades sume al sujeto en la más profunda de las desdichas humanas.

Véase entonces como, en *La Caverna*, el protagonista expresa ciertos sentimientos de desespero, angustia e injusticia debido a la imposibilidad de llevar una vida que hasta entonces era rutinaria y normal para él, excepto por un día en el que *El Centro* decide no volver a comprar su mercancía, ya que es catalogada como obsoleta y caduca. Ocurre con dicho anuncio una desestabilización de aquello que hasta entonces era normal para él; todo de allí en adelante se convierte en el sustrato del sinsentido vital:

Llega un momento en el que la persona trastornada o injuriada oye una voz gritándole dentro de su cabeza, Perdido por diez, perdido por cien, y entonces es según las particularidades de la situación en que se encuentre y el lugar donde ella lo encuentra, o gasta el último dinero que le quedaba en un billete de lotería, o pone sobre la mesa de juego el reloj heredado del padre y la pitillera de plata que le regaló la madre, o apuesta todo al rojo a pesar de haber visto salir ese color cinco veces seguidas, o salta solo de la trinchera y corre con la bayoneta calada contra la ametralladora del enemigo, o para esta furgoneta, baja los cristales, abre después la puertas, y se queda a la espera de que, con las porras de costumbre, las navajas de siempre y las necesidades de la ocasión, lo venga a saquear la gente de las chabolas, Si no lo quisieron ellos, que se lo lleven éstos [...] (Saramago 2001 30).

No hay una tentativa de esperanza para alguien al que se le ha acabado el sentido de la vida; aquí yace el desconsuelo y la desesperanza, después de esto la vida de Cipriano no será igual; podrá evidenciar ciertas alegrías, pero se sentirá vejado y ultrajado por haber sido rechazado en una sociedad que ya no le necesita. Pero lo peor no acontece aún, es tan profundo el desconsuelo del

protagonista que hasta los ladrones prefieren no robarle: “[...] Si tú hubieses visto la cara del hombre que iba dentro, apuesto a que habrías hecho lo que yo hice” (*Id.* 29). Estas circunstancias existenciales se producen debido al quiebre que experimenta interiormente Cipriano, ya que se le exige ir al ritmo que la civilización le pauta. La tecnificación y la producción le someten a un juicio en el que no encuentra alternativa. Este desconsuelo es recalcado ya que no puede ser productivo, y esta es la clave para habitar el mundo legislado por el sistema económico imperante. Cipriano escucha la voz del *Centro*, que trae a colación la voz de Herbert Marcuse cuando explica el significado del mundo de la productividad:

La discusión de esta hipótesis se encuentra en seguida con uno de los valores más estrictamente protegidos de la cultura moderna: el de la productividad. Esta idea expresa quizá con mayor claridad que ninguna otra la actitud existencial en la civilización industrial; cubre la definición filosófica del sujeto en términos de un ego siempre trascendente. El hombre es valorizado de acuerdo con su habilidad para hacer, aumentar y mejorar cosas socialmente útiles. La productividad designa así el grado en el dominio y la transformación de la naturaleza: el reemplazamiento progresivo de un ambiente natural incontrolado por un ambiente técnico controlado (Marcuse 1983 147).

Ya se ha dicho que se reestructuran los valores, y a la contemporaneidad le es necesaria los resultados, la rentabilidad. La importancia del sujeto es atravesada por la capacidad de adquisición, de producción o de servicio en la sociedad -pero de la forma más automatizada y técnica posible-. Esto hace del sujeto un ser austero, ausente, monótono; no puede albergarse en el corazón otro sentimiento distinto a los ya reseñados; en el caso de Cipriano sólo siente opacamiento: “Se observó en el espejo, no encontró ninguna arruga de más en la cara, La tengo dentro, seguro, pensó [...]” (Saramago 2001 38).



La vida de Cipriano Algor en la historia de *La Caverna*, es un trayecto en decadencia, donde no se ofrece esperanza alguna para el ser, para reencontrarse con el sentido, la vida y el futuro; el sujeto se aísla por completo de la comunidad, a la cual ya no le sirve; aparece de forma escabrosa un vacío ético comunitario; cuya única opción es la divinización del término progreso y desarrollo. Estos términos traen consigo modificaciones vitales importantes, mientras van en deterioro de otros.

En este tiempo la humanidad cobra un valor de inferioridad y de sumisión ante las fuerzas dominantes sociales. Los pensamientos y sentimientos del individuo quedan anulados ante la imposibilidad de atender al caudal de exigencias que se le asignan –ser rentable, eficiente, productivo, innovador, mensurable-; por lo tanto la vida deriva en dificultad y aciago. El grado de menosprecio por la existencia es llevada a tal punto, que el protagonista de la historia en múltiples fragmentos recalca la desesperanza y el sin sentido que le sobreviene: “[...] para el Centro no tienen importancia unos toscos platos de barro vidriado o unos ridículos muñecos imitando enfermeras, esquimales y asirios con barba, ninguna importancia, nada, cero, Esto es lo que somos para ellos, cero” (Saramago 2001 129). Y más adelante, como en el extremo de todo lo que podría vivir en una sociedad industrializada donde desaparece el significado esencial de su persona y su identidad, pues aquello que era, ya no lo es; aquello que fabricaba, ya no es necesario; aquello que vivía, ya es simulado; aquello que se creaba, ya era producido:

[...] que la obscena frase del subjefe había hecho desaparecer lo que quedaba de la realidad del mundo en que aprendió y se habituó a vivir, que a partir de hoy todo sería poco más que apariencia, ilusión, ausencia de sentido, interrogaciones sin respuesta. Dan ganas de estrellar la furgoneta contra un muro, pensó [...] (Id. 312).

Todo lo que no es útil en esta sociedad es calificado como vacío, y con ello al ser humano tildado como improductivo. No es necesario llegar al fondo para evidenciar que la apuesta es asegurar una sociedad consumista, el resto es adorno, habladuría o superstición.

Vattimo expone la evidente crisis por la que atraviesa el ser humano, pues la sociedad ha debido renunciar a los propósitos de la ilustración, donde se reivindicaba el papel del hombre, para vivir en cambio, en una sociedad tecnificada donde prima la producción, la objetividad, la ciencia. De esta forma explica el nuevo ambiente donde el hombre debe subsistir: “Las nuevas condiciones de vida impuestas sobre todo por la estructura de la nueva ciudad moderna se conciben más bien como un desarraigo del hombre de lo que le corresponde tradicionalmente, podríamos decir, desarraigo de sus bases en la “comunidad” orgánica de la aldea, de la familia, etcétera;[...] (Vattimo 2007 37).<sup>30</sup> El énfasis en la palabra desarraigo muestra el envilecimiento al cual se ha sometido al ser humano, despojándole de factores que fueron preponderantes en la construcción de su civilización y su historia. El problema no es el cambio en sí, pues la dinámica social se concibe siempre en esta línea, con factores más o menos llevadores, sino por el contrario con las condiciones impuestas, conduciendo al resquebrajamiento del ser y de sus primitivos estadios sociales, para estandarizar nuevas formas de vida hegemónicas.

Estos son sentimientos especulares de una sociedad que a su vez, presenta cambios drásticos que también transforman al ser social. La sociedad late al ritmo del progreso, de la técnica, del desarrollo, de la ciencia, de la economía, y todos los ejes dispuestos en la misma sirven a las fuerzas o poderes sociales que más le soportan. Por tanto, el ser en su integralidad queda apenas perdido en medio de otros intereses, sin que se le atienda el llamado que desde la desigualdad, los problemas sociales y la inequidad se escuchan. José Joaquín

---

<sup>30</sup>Sin embargo, debe recordarse que esto no es lo último que le espera al ser según Vattimo, en medio de tantas dificultades se abren nuevas manifestaciones y alternativas para que el ser se proyecte en el mundo.

Brüner explica los cambios que se evidencian y cómo estos repercuten en la mirada que el individuo tiene sobre la vida:

Las tecnologías disponibles, y las ciencias en que se fundan, han cambiado para siempre nuestra representación del mundo y nuestra manera de estar en él, al costo sin embargo de destruir nuestras certezas y dejarnos sumidos en la perplejidad. Paradójicamente, el conocimiento nos ha vuelto más inseguros; no menos (Brüner 1999 40).

Estos cambios son palpables para Cipriano Algor en la novela analizada. Además, cambia tanto la configuración que tiene de su vida, que dichas transformaciones le muestran que no está preparado para vivir en un mundo como estos. Por lo tanto, las emociones en él son de profunda angustia, desolación, fracaso, temor e inseguridad.

En la actualidad no es armónico el ritmo en el que se mueven el sujeto y la sociedad, a pesar de su interacción el individuo yace sometido a una mirada materialista donde la inquietud inicial recae sobre la productividad del individuo. Semejante inquietud ambienta el espacio con un sopor y agotamiento en Cipriano Algor, quien siente la liquidación misma de la vida en su conciencia, pues de aquí en adelante yace en el mundo como si fuera un ente y como si todo se le mostrara cual espectáculo pero sin protagonismo alguno. Todo para él es un *show*, parte del entretenimiento al que se le llama vida; y dentro de la pérdida inmediata y mediana de su trabajo, vivienda, familia, recuerdos y demás, se borra el significado de categorías fundantes en la existencia tales como: felicidad, plenitud, satisfacción, placer, alegría y demás adjetivos que estén cercanos a tal propósito, todo ello apenas sombras o logros inmediatos –ya que se pueden comprar- en su nuevo habitar.

Ante este propósito que se esconde en el texto, es preciso reivindicar las palabras del filósofo italiano, cuando dice:

Hacer valer el derecho de cada uno a una existencia significativa o, si se quiere, el derecho a la felicidad, es la tarea que la filosofía se esfuerza en realizar reencontrando en la historia un sentido que no coincide con el desarrollo cuantitativo, sino con una intensificación difusa del sentido de la existencia que implica solidaridad más que competencia, reducción de toda forma de violencia antes que afirmación de principios metafísicos o adhesión a modelos científicos de sociedad (Vattimo 2004 55).

Obsérvese cuan sublime y cuán grande es la aspiración del filósofo cuando este entroniza como fundamento principal de la filosofía: la felicidad. Es decir, un mundo en el que aparece la exclusión, el rechazo, la desdicha, la esclavitud en los sistemas, debe ser cuestionado por la filosofía y por las reflexiones que allí germinen, pues el individuo está proyectado hacia otros aspectos tales como la convivencia con otros, la comprensión de la vida no desde la lucha a muerte por la subsistencia, sino por la adhesión y el encuentro con el otro como un complemento existencial, y no como obstáculo.

Uno de los problemas que se evidencian en la sociedad contemporánea es creer que al ser se le puede otorgar felicidad en tanto este viva una carrera precipitada tras el consumo. El sentido de la vida cambia en *La Caverna*, cuando en ella se propone una vida llena de lujo y comodidad para aquellos que viven en el *Centro*, paradigma de una vida con *confort* para varios de los personajes de la novela. Sin embargo, esa felicidad es también el comienzo de una vida alienada que sólo procura la obtención de la satisfacción. Quienes viven en el *Centro* configuran su realidad a partir del hedonismo, la novedad, la simulación y la abundancia. Este aspecto reconfigura al ser humano construyendo alrededor del mismo un mundo mercantilizado, que le moldea y le limita. Zygmunt Bauman a través del análisis que realiza de la sociedad de consumo también denuncia que la felicidad propuesta por este estilo de vida no es tal:

Esos hallazgos sugieren que, contrariamente a la promesa superior y la creencia popular, el consumismo no es ni un síntoma de felicidad ni una actividad que pueda asegurarnos su consecución. El consumo, considerado en los términos de Lyotard como “yugo hedonista”, no es una máquina patentada que arroja un cierto volumen de felicidad al día. La verdad parece ser más bien todo lo contrario: como se desprende de los informes escrupulosamente reunidos por los investigadores, someterse al “yugo hedonista” no consigue aumentar la suma total de satisfacción en los sujetos. La capacidad del consumo de aumentar la felicidad es bastante limitada, pues no es fácil extenderla más allá del nivel de satisfacción de las “necesidades básicas” (Bauman 2007b 69).

En el momento en que Cipriano Algor reside en el *Centro* identifica que este es otro mundo, opuesto incluso a aquel al cual se ha acostumbrado habitar. En este sólo observa vitrinas, funciones, simulación, representación, afiches, publicidad, aunque todo se le parece al mundo real, nada es igual; el esfuerzo de ese mundo es no aparecer monótono, no obstante así lo vive Cipriano, quien encerrado vive la caverna contemporánea, con sus propios esclavos, con sus cadenas y con sus imágenes. El narrador muestra cómo Cipriano se zambulle en este nuevo mundo:

Excluida por manifiesta insuficiencia la contemplación de la ciudad y sus tejados tras las ventanas del apartamento eliminados los parques y los jardines por no haber llegado Cipriano Algor a un estado de ánimo que se pueda clasificar como de desesperación definitiva o de náusea absoluta, [...] lo que le quedaba al padre de Marta, si no quería pasar el resto de su vida bostezando y dando, figuradamente, con la cabeza en las paredes de su cárcel interior, era lanzarse a la descubierta y a la

investigación metódica de la isla maravillosa adonde lo habían traído tras el naufragio[...] (Saramago 2001 401)<sup>31</sup>.

No pasarán muchos días después de que Cipriano al recorrer el *Centro* y conocerle en su mayoría escuche ese grito desesperado que clama al interior de su ser, en el que se denuncia la desolación, la angustia y demás sentimientos de asombro ante una realidad que todavía no es comprensible para él. Se observará finalmente esclavo, petrificado, encadenado por un sistema que pretende verle sometido a su ley y en el que escapar significa no tener rumbo; dimensión última que no es vista apropiadamente para el mundo consumista y capitalista que se habita.

Cipriano Algor sabe que vivir en el *Centro* es vivir en una perspectiva muy diferente al ambiente que el campo le proporciona. Inicialmente se ve encerrado, confinado a la estrechez aunque todo a su alrededor esté adornado con los mayores lujos y excentricidades. Estos espacios le quitan el aliento al hombre que ha sabido vivir de las tradiciones, de los paseos por las calles y los bosques; perfumando sus mañanas con las vaharadas que se levantan en medio de la espesura silvestre. La escisión más directa dentro del *Centro* es dejar de ser individuo y convertirse en un protagonista más de dicho espectáculo. No ser quien es para convertirse en un extraño que se ilusiona con los anuncios publicitarios y los descuentos comerciales. No hay nada que se aparte del control propuesto por los guardias y las cámaras del *Centro*; en tanto todo habitante debe ceñirse a este nuevo código que le despersonaliza en toda su dimensión: “[...]El guarda le pidió el carné de identidad, el carné que le acreditaba como residente, comparó la cara con el retrato incorporado en cada uno, examinó con lupa las impresiones digitales

---

<sup>31</sup>Las ventanas de los apartamentos dentro del *Centro* privilegian la vista al interior del mismo, obligando al residente a contemplar siempre los almacenes y las personas que viven del rito del consumismo. “[...]Quieres decir que hay apartamentos cuyas ventanas dan al interior del propio Centro, que sepas que hay muchas personas que los prefieren, creen que esa vista es infinitamente más agradable, variada y divertida, mientras que de este lado son siempre los mismos tejados y el mismo cielo [...] lo que oigo decir es que las personas no se cansan del espectáculo, sobre todo las de más edad [...] (Saramago 2007 357).

en los documentos, y, para terminar, recogió una impresión del mismo dedo [...]”(Saramago 2001 403).

La incapacidad para reconocer al otro como una persona sería una de las grandes dificultades que puede interpretarse en la novela analizada, especialmente con los personajes del guarda o el jefe de compras, ya que cada uno asume su rol como si fuera la figura misma, el traje mismo, enajenándose de cualquier conciencia, cualquier valor o sentimiento de correlación con el otro, olvidando las preocupaciones, similitudes y afinidades que otros que cohabitan el mundo también poseen. Ese no es un mundo para débiles; a la sociedad que conforma el *Centro* no se le permite romanticismo alguno; se asume o no el rol que el *Centro* exija, y esto significa mudar de intereses y motivaciones por las de un ser inmerso en un sistema que todo lo controla.

### **3.3 La aniquilación del sentido**

Desde el momento en que el hombre se asentó para cultivar sus propias hortalizas encontró respuesta y sentido a la labor a la que más tiempo dedicaría en su vida: el trabajo. Por lo tanto, ha sido éste y el producto del mismo donde ha encontrado los recursos para progresar en función del mismo, y devenir posteriormente en un factor cultural al que la mayoría de seres humanos le apuntan. Por esa razón, el trabajo se convierte en una fuerza insustituible de la comprensión del ser, de la vida y del mundo.

La sociedad contemporánea, gracias a la tecnocracia, la industrialización y la sistematización de los procesos, ha permitido que el hombre diversifique y especialice sus trabajos, convirtiendo algunos de ellos en oficios arcaicos y de poco valor. En esa perspectiva se encuentra el trabajo de alfarero que presenta *La Caverna*, un oficio que para la contemporaneidad posee escasa utilidad, ya que

las industrias se han encargado de reemplazarle, otorgando características especiales a los productos que allí se fabrican. Esta no es la historia de una profesión, es la historia de cientos de personas que han visto desaparecer paulatinamente aquello que los identificaba.

Cipriano Algor, personaje protagonista de la historia, vive este proceso y muestra cómo flaquea su ser y el sentido de vida que hasta entonces ha nutrido. La sociedad y los centros de poder que le rodean son nuevos referentes para vivir esta experiencia que le lleva a la reflexión constante. A través de la historia de este personaje se muestra la conexión existente entre el oficio generacional de un artesano y el sentido de vida que este trabajo proporciona, evidenciando con ello algo que va más allá de lo meramente fabricado. En este oficio como en muchos otros, es indispensable la compenetración con el sentir y la creatividad misma, aspectos que generan pasión, vocación y entrega; por esa razón a Cipriano le duele tanto lo que pasa con su labor, pues ésta ha sido producto de la generosidad de la tierra misma, la cual sustentó a varias de sus generaciones.

El narrador de la historia muestra cómo la sociedad ha derivado a la automatización de los trabajos, por lo pronto la industria y la técnica se convierten en dioses de la sociedad, pues estos procuran ambientar la humanidad a través de sus procesos, controles y medidas. Así lo vive Cipriano Algor cuando detalla la zona de la región que se dedica a ello:

[...] En la salida del Cinturón Industrial había algunas modestas manufacturas que no se entiende cómo pueden haber sobrevivido a la gula de espacio y a la múltiple variedad de producción de los modernos gigantes fabriles, pero el hecho es que estaban allí, y mirarlas al pasar siempre era un consuelo para Cipriano Algor cuando, en algunas horas más inquietantes de la vida, le daba por cavilar sobre los destinos de su profesión [...] (Saramago 2001 34).



Es la manufactura, la producción individual de los productos la que no encaja con una sociedad que lo produce todo en cadena, incluso sus valores, la educación, las ideologías y políticas sociales procuran ir en función de la calidad, el control y la productividad. Todo debe ser llevado a indicadores y a la medición, ya que debe generarse ganancia a través de la eficiencia, el ahorro o la tecnología. Poco a poco han ido arrebatándole a la sociedad y al individuo esos espacios verdes y llanos en los cuales el hombre soñaba con alimentar al mundo; producir los alimentos para que muchos a través del trabajo lograran subsistir, sin embargo ahora se denuncia a unos gigantes que se apoderan lentamente del poder económico y social, dejando a muchos sin oportunidad alguna.

La ruptura se hace evidente con el *Centro*, ya que éste exige un producto diferente al ofrecido por Cipriano, y conlleva a enunciar al subjefe –empleado del *Centro*-, que el trabajo de Cipriano es un utensilio de coleccionistas, obligando a comprender que quien realiza tales productos por lo tanto, es un hombre también de colección, que no debe permanecer en el templo de la novedad, la producción y el consumo. “[...] Vaya a decirle eso a los clientes, no quiero angustiarse, pero creo que a partir de ahora sus lozas sólo interesarán a los coleccionistas, y éstos son cada vez menos [...]” (Saramago 2001 28).

Al ver que sus productos son rechazados y que su trabajo queda desechado, Cipriano maldice su trabajo y pierde todo rumbo. Las fuerzas que hasta entonces le acompañaban para arrebatarse a la tierra el barro, para amasarlo y moldearlo con dedicación, se convierten en reproche a la fortuna y desaliento. En uno de los diálogos más sentidos dentro de la obra entre Cipriano y Marta –su hija-, en el que se muestra cómo se renuncia a aquello que ha sido el motor de la familia y la vida por varias generaciones, como en ésta se evidencia la aflicción:

No querrás seguir trabajando de alfarera el resto de tu vida, No, aunque me gusta lo que hago, Debes acompañar a tu marido, mañana tendrás

hijos, tres generaciones comiendo barro es más que suficiente [...] Sabe perfectamente que ya nadie quiere ser alfarero, quien se harta del campo se va a las fábricas del Cinturón, no salen de la tierra para llegar al barro, [...] (Saramago 2001 38-39).

Este es el canon de la contemporaneidad bajo una de sus mejores representaciones, evidenciando que aquello que ha comprometido al ser hasta entonces, deja de serlo y cambia, porque así lo exige la sociedad, pasando por encima de cualquier tradición o costumbre. De una forma muy cercana lo explica el filósofo Gabriel Marcel cuando atiende a la dinámica de migración del campo a la ciudad, de la manufactura a la industria:

En la prolongación de las observaciones que anteceden, nos vemos ante la necesidad de pensar que el desarrollo exagerado de la técnica tiende a superponer a la vida, y en cierto sentido a sustituirla por una superestructura casi enteramente facticia, pero que se convierte en efecto para los hombres en el medio del cual ellos parecen no poder prescindir ya. Ahí residiría el sentido profundo del éxodo de los campos hacia las ciudades. Resulta a todas luces claro que lo que puede atraer a un agricultor hacia la existencia ciudadana es algo que no tiene casi ninguna relación con lo que en todos los tiempos ha sido considerada la vida. (Marcel 1955 75).

En el caso de *La Caverna* no es sólo la técnica la que se superpone a la vida, es además el poder de la estructura capitalista por medio de sus políticas consumistas y de producción, las que aplastan la vida misma. Nadie puede negarla, nadie podría rechazarla, pero se hace implacable mientras asfixia a muchos que no han sido preparados o no tienen la capacidad para insertarse en medio de ese contexto. Lo recalca el filósofo existencialista, pues en cada ámbito se da una comprensión personal de la vida, por lo tanto, aquellos que van del campo a la ciudad, deben cambiar de proyecto vital, si acaso podría ser

interpretado de esa forma; en este caso, varios de los personajes deben asumir una especie de conversión para poder vivir bajo la autoridad y el rigor de la ciudad. Aunque Marcial y Marta son jóvenes campesinos, estos tienen más posibilidades para reeducarse ante la dinámica que la ciudad les impone, mientras Cipriano -con sesenta y cuatro años de edad- sencillamente vivirá un éxodo del que no saldrá sino hasta el final de la historia.

El perder la tradición, el trabajo, la costumbre, el *habitus* que se repetía día tras día deja sin base alguna a la familia Algor, por esa razón las reflexiones giran con angustiada rapidez, mientras se evidencia que la realidad no puede ser transformada. Ésta se impone sin apelación y procura enfrentarse de la manera más cruda posible. Desde esta perspectiva lo explica Marta, la hija de Cipriano, quien también opina sobre la resolución del *Centro* de no comprarle los productos a su padre:

Qué será de nosotros si el Centro deja de comprar, para quién fabricaremos lozas y barros si son los gustos del Centro lo que determinan los gustos de la gente, se preguntaba Marta, no fue el jefe de departamento quien decidió reducir los pedidos a la mitad, la orden le llegó de arriba, de los superiores, de alguien para quien es indiferente que haya un alfarero más o menos en el mundo, lo que ha sucedido será que dejen definitivamente de comprar, tendremos que estar preparados para ese desastre, sí, preparados, pero ya me gustaría saber cómo se prepara una persona para encajar un martillazo en la cabeza [...] ( Saramago 2001 52).

No podrían esperar más los personajes de la narración, ya que ésta es la época en la que se subliman todos los placeres y los gustos. Mientras saciar cualquier necesidad queda convertida en un espectáculo debido a la diversidad de opciones y marcas, qué se podría decir de alguien que ofrece cuencos, vasijas y guijarros. El *Centro* responde fielmente a quienes acuden a él, por eso si algo deja de

venderse, aquello responde a la escasa importancia para los clientes –los nuevos oráculos de la contemporaneidad, con cuya compra o rechazo sentencian innumerables vidas-.

La cavilación de Marta es casi como una imprecación; el trabajo es fuente de vida y más para esta familia que ha vivido del trabajo milenario del barro. Ahora una especie de tentáculo comercial que ostenta todo el poder arrebató las más incipientes esperanzas, dejándoles al antojo de un futuro sobre el cual no saben nada. Y aparte de esto, Marta advierte la tragedia que se cierne sobre ellos, pues esto es un golpe definitivo para aquel oficio con el que hasta entonces sobrevivían.

Esta época se muestra fría y calculadora con el ser humano, quien se convierte en un eslabón más para que la mecánica social siga su rumbo y no se detenga, cualquier retraso debe ser eliminado y rechazado, por esa razón se hace tan difícil mirar de nuevo al ser y contemplarle en toda su integridad, pues la realidad se convierte en un plano en el que priman los hechos. Esta es una sociedad que se configura al amaño de la venta y la compra, y por esa razón continúa en los diálogos más insensibles de la narración, uno en el que se le explica a Cipriano cuál es el interés del Centro:

Estamos en el terreno de los hechos comerciales, señor Algor, teorías que no estén al servicio de los hechos y los consoliden no cuentan para el Centro, y sepa desde ahora que nosotros también somos competentes para elaborar teorías, y algunas las hemos lanzado por ahí, en el mercado, quiero decir, pero sólo las que sirven para homologar y, si fuera necesario, absolver los hechos cuando alguna vez éstos se hayan portado mal (Saramago 2001 126-127).

Va más allá el funcionario del *Centro* cuando éste le dice que se hablan de hechos comerciales; podría decirse que no hay espacio para la reflexión humana, antropológica, solidaria; las relaciones comerciales no se llevan a una exégesis especial, sino que son entendidas en su dimensión más directa y práctica. Las

teorías que allí conviven son todas ellas reduccionistas del ser humano, convirtiéndole apenas en un ente al servicio de un poder que entroniza el saber, el dominio y el equilibrio económico particular. Además el lenguaje que es mediado por el sentir en alguno de los momentos, es interpretado por el *Centro* de forma distinta, por eso en alguna conversación, cuando Cipriano se muestra agradecido, el funcionario del *Centro* dice que ese agradecimiento equivale a “la satisfacción de nuestros clientes” (Saramago 2001 169).

Vivir bajo la dinámica que se le impone a un ser expropiado de su naturaleza, de su destino, de su voluntad, de su tradición, equivale a encontrarse con alguien que pierde toda su noción de ser; ayudado además por otros entes que le invisibilizan -en el caso de Cipriano- como el *Centro*, quien a través de sus jefes, guardas y demás personas que le habitan, se hace dueño del destino de una persona. Por eso uno de los jefes le dirá que el *Centro* es un tribunal “[...]y no conozco otro más implacable[...].” (Saramago 2001 170); ya que éste se convierte en señor de una sociedad gobernada por el capital, decidiendo quién participa y quién no de tales flujos. Lentamente, las personas que están cercanas al *Centro* deben incorporarse a su estilo de vida, quienes no lo hacen comprenden a su tiempo que ese no es su lugar, pues allí se les exigirá la participación activa en los ámbitos que el *Centro* regula. Al no encontrar sentido en ese tipo de nicho existencial simulado, sólo resta la periferia, todo aquello que está alrededor del *Centro* donde la unidad del ser queda escindida, tal como lo formula Vattimo:

La amenaza que este proceso de racionalización social comporta no es sólo el peligro apocalíptico de la destrucción completa de la libertad individual, del mundo de los sentimientos, etc, en la funcionalización universal de la producción industrial masificada. El riesgo que planea es también, y ante todo, el de la pérdida progresiva de todo significado unitario de la existencia, que se dispersa en los múltiples roles sociales que cada uno se encuentra ejerciendo (Vattimo 2004 25).

Ya ha reconocido Cipriano Algor que su profesión es una actividad de múltiples generaciones que se han construido desde el barro. Esta es una profesión que bajo la mirada industrializante obligatoriamente está desapareciendo “[...] Los alfareros se están acabando, señor Algor[...].” (Saramago 2001 171). Quizás sobre esa realidad no se pueda generar mayor reflexión; asumir la sociedad contemporánea como un espacio donde el desarrollo deja rezagadas una serie de prácticas, es algo cotidiano. Es el precio que se paga en la sociedad: algo ingresa, y algo sale; algo se tira y algo se adquiere. No obstante, aquí también se aniquila al ser, no basta con deteriorar su trabajo, sino que la identidad misma es lesionada cuando a esta se le acusa de no estar preparada o de no buscar otros fines. J. Francois Lyotard expone el problema que se haya aquí de la siguiente forma:

El sabio era la figura de una vocación, el científico es la figura de un profesional en curso de desprofesionalización. Sin embargo sabemos que toda profesión está amenazada de ruina si en lugar de su fin “propio” o por encima de éste, se le impone otro fin, en principio anexo, pero hegemónico (Lyotard 2003 75).

Es posible que las necesidades exijan la implementación de otros productos, pero a Cipriano se le ha expropiado de su trabajo y de su hacer, sepultando el barro como el símbolo caduco de antiguas generaciones. Las exigencias hegemónicas del capitalismo son otras y éstas demandan una producción diferente, eficiente, económica y versátil.

Vattimo habla por su parte de una sociedad de dominio que quiere sacar al ser humano de una cierta edad juvenil, donde crece la creatividad, la invención y otras formas cercanas a las que un alfarero estaría expuesto, pero esa sociedad lo absorbe para llevarlo a un estado de adultez productiva y eficaz. Esta sociedad muestra su poder de la siguiente forma: “[...] las actividades adecuadas no son ya las de creación de obras de arte o de pensamiento, propias de la edad juvenil, sino aquellas de organización técnica, científica, económica del mundo que empero

culminan en el establecimiento de un dominio que en el fondo es de tipo militar” (Vattimo 2007 38). En este punto, no sería fácil contradecir al filósofo cuando asemeja ese dominio bajo el apelativo de militar, pues eso mismo es lo que ocurre en *La Caverna*, ya que el *Centro* asume un papel singular: residen en él guardas que le vigilan y le custodian, las normas y las reglas deben cumplirse a cabalidad, las personas son identificadas, registradas, grabadas y monitoreadas, el lenguaje de los guardas es parco, sin muchas explicaciones y agresivo.

### **3.4 El ser y el trabajo**

La pérdida del sentido, dirán algunos filósofos contemporáneos, entre ellos Hannah Arendt, significa la distorsión del ser, producto del embotamiento al que lo ha llevado la industria; convirtiéndolo en un sujeto social dependiente del trabajo<sup>32</sup>, del consumo, de la producción y del lenguaje de la eficiencia y la calidad. Una ruptura extrema que se halla en los pensamientos y vivencias de Cipriano Algor, cuando éste se sabe acorralado por un sistema al que venía jugándole por generaciones, sin pensar que un día cualquiera sería excluido sin compasión alguna del mismo, ya que no posee capacidad para competir con las nuevas industrias y aquellos emporios que se adueñan de un mercado que hasta entonces significaba la dignidad y el sentido de su ser y su familia.

Ya que se enuncia la voz de H. Arendt, es importante recalcar que para ella el trabajo ha sido producto de una evolución constante del hombre donde se han encontrado dos acciones sublimes: el hacer y el saber. Los siglos que han acompañado al ser humano han sido atravesados por estos verbos y los hombres

---

<sup>32</sup>La filósofa explica los términos labor y trabajo en el texto, remontándose a la antigüedad, sin que en ocasiones los límites diferenciadores se marquen demasiado. La labor por ejemplo, es producto del esfuerzo del cuerpo humano, el cual procura subsistencia y suplir necesidades. Mientras el trabajo denota el cuidado que la mano y el pensamiento le otorgan a un objeto. Asume Arendt, que cada vez va siendo más difícil diferenciar la una de la otra: “En una «humanidad socializada» por completo, cuyo único propósito fuera mantener el proceso de la vida – y tal es desgraciadamente el nada utópico ideal que guía a las teorías de Marx-, la distinción entre labor y trabajo desaparecería por entero; todo trabajo se convertiría en labor debido a que las cosas se entenderían no en su mundana y objetiva cualidad, sino como resultado del poder de la labor y de las funciones del proceso de la vida” (Arendt 2005 104)

los han cultivado hasta el punto de desear fabricar la naturaleza. Este ímpetu o fuerza que impulsa a los hombres lo destaca Arendt de la siguiente manera: “Productividad y creatividad, que iban a convertirse en los ideales más elevados e incluso en los ídolos de la Época Moderna en sus fases iniciales, son modelos inherentes al *homo faber*, al hombre como constructor y fabricante” (Arendt 2005 321). Esto ha conllevado a que el hombre depositara en estos procesos todo su ser, que esencialmente pueden significar ahora su productividad y creatividad.

Todo lo anterior acontece con cierta normalidad hasta que la labor del hombre es reemplazada; y lo que anteriormente era ocupación de este, se convierte en sinónimo de la producción en cadena, de la innovación en los productos para subsistir en el mercado; de la eficiencia en la fabricación de la materia. Estos serán los factores que lleven al ser a una profunda angustia; cuando su papel de hacedor, de creador, deriva a la automatización y rutinización de su imaginación. José Saramago realizará esa crítica entrañable a la tecnificación del trabajo y al desplazamiento al que se ha sometido al hombre, especialmente en aquellos oficios que en su momento fueron mágicos tales como: el alfarero, artesano, orfebre, alquimista, entre otros.

Es posible entrever cómo se le ha arrebatado al individuo el ser mismo en aras de un proceso que cada vez es más automatizado; el ser humano es despojado en su esencia con el fin de rentabilizar, de operar y producir desesperadamente; quien no quiera entrar al sistema sencillamente es alejado y llevado a un ostracismo social. Una vez más, es factible recalcar el acierto con el que lo describe Bauman, cuando dice:

Lo que se necesita es correr con todas las fuerzas para mantenernos en el mismo lugar, pero alejados del cubo de la basura al que los del furgón de cola están condenados [...] La vida en la vida moderna líquida es una versión siniestra de un juego de las sillas que se juega en



serio. Y el premio real que hay en juego en esta carrera es el ser rescatados (temporalmente) de la exclusión que nos relegaría a las filas de los destruidos y el rehuir que se nos catalogue como desechos. Ahora que, además, la competición se vuelve global, esta carrera tiene que celebrarse en una pista de dimensiones planetarias (Bauman 2006 11-12).

Aquí está la agonía del ser en una voz, el estertor del espíritu que es arrojado en vida al vacío absoluto; es el sistema, la industria y los entes de poder quienes deciden por el ser humano; quienes para sobrevivir cambian sus prácticas, sus oficios, su forma de trabajo, de pensar y hasta su ser mismo. Hannah Arendt se acerca a la misma comprensión del ser cuando descubre lo que han querido hacer con el hombre en la modernidad: “El establecimiento de la Commonwealth, la creación humana de «un hombre artificial» significa construir un «autómata [una máquina] que se mueva por medio de muelles y ruedas como lo hace un reloj»” (Arendt 2005 325). La filósofa ve que estos cambios subyacen en la esencia misma del ser humano, quien incluso desde el pensar, por ejemplo, denotaría a un ejercicio reflexivo -en palabras de la pensadora- en forma de fabricación, en el que sólo se procure resultados rentables, productivos y eficaces, o en el que todo debe preverse con antelación excluyendo cualquier tipo de falla o error. Se olvida por lo tanto, algo que recuerda constantemente la filósofa, y es que el hombre por el contrario está sometido a lo inesperado, a las emociones y a los cambios.

Para Arendt es clara la siguiente evolución en la identificación del hombre, por tanto, éste ha sido *faber* a través de los siglos; allí mismo era hombre fabricante y de contemplación, en otras palabras, cabía en el ser la posibilidad de la creatividad y el ingenio a través de sus obras y la capacidad de reflexión en tanto asumía el mundo de acuerdo a sus posibilidades, no obstante, rompe con lo anterior el concepto de proceso, con el cual se empieza a ordenar otra forma de habitar el mundo. En *La Caverna* de José Saramago la categoría de

*proceso* conlleva a una serie de diferencias con el *homo faber* que encarna al protagonista Cipriano Algor, en tanto este denuncia vociferante cómo su creación queda olvidada:

La ominosa visión de las chimeneas vomitando chorros de humo le indujo a preguntarse en qué estúpida fábrica de éstas se estarían produciendo las estúpidas mentiras de plástico, las alevosas imitación del barro, Es imposible, murmuró, ni en sonido ni en peso se pueden igualar, [...] Y, como si esto no fuese tormento suficiente, también se interrogó Cipriano Algor, pensando en el viejo horno de la alfarería, cuántos platos, fuentes, tazas y jarras por minuto escupirían las malditas máquinas, cuántas cosas para sustituir botijos y damajuanas (Saramago 2001 33).

José Saramago y Hannah Arendt muestran ese deterioro del ser en aras del tener, es decir, un ser que no es libre en su creatividad sino que debe someterse a la imposición de estructuras dominantes en la sociedad. Se enmarcan dentro de tales estructuras sinnúmero de instituciones que moldean al hombre desde sus exigencias. En este caso, hace del hombre un ser para el trabajo, que a su vez, no es producto del ingenio o la creatividad, sino de las necesidades, de las tendencias caprichosas y la innovación del mercado; un Sísifo mensurado, eficiente, eficaz, ahorrativo. Esto es todo lo contrario a la vida activa que propone la inquietud como motor de transformación, de creación; intenciones estas últimas a las que el ser humano por su experiencia y pensamiento es convocado.

Lo anterior es, a su vez, el camino directo al sometimiento, a la escasa comprensión de la realidad, pues esta alienación conlleva a un mundo donde el ser humano pierde su validez y la sociedad es apenas el reflejo de un vertiginoso y

fastuoso montaje, en el que se privilegia el dinero, el consumo, la superficialidad; todo lo anterior siendo caldo de cultivo para los horrores más funestos<sup>33</sup>.

Es la fuerza creadora la que queda mancillada en el individuo, un ser cuyo origen no encuentra recreación alguna y se halla a expensas de un sinuoso horizonte en el que prevalece la relación económica y dependiente con el trabajo; comprendiendo que sólo se consume si se produce, es más, que sólo se vive si se produce. Este sentido de la labor se hace cíclica, esclavizante y desesperanzadora, así como lo muestra el protagonista cuando arrinconado por las exigencias del mercado se adueña de él el miedo y el fracaso: “[...] he pensado que no hay gran diferencia entre las cosas y la personas, tienen su vida, duran un tiempo, y al poco acaban, como todo en el mundo...”(Saramago 2001 78). Se expresa el mayor desprendimiento del ser, rozando con el significado insensible del ente, en el que no se abre puerta alguna para la trascendencia. Las nuevas fuerzas y dinámicas sociales exigen que el sujeto se sume al tren del mercado, compita en la carrera vertiginosa de la oferta y la demanda, en tanto este es el lenguaje de la sociedad que habita.

Una vez más lo destaca Hannah Arendt cuando muestra un cadavérico ser a expensas de una sociedad que funge como señor, retirándole el sentido y sometiéndole a la conducta masiva del control y la labor:

La última etapa de la sociedad laboral exige de sus miembros una función puramente automática, como si la vida individual se hubiera sumergido en el total proceso vital de la especie y la única decisión activa que se exigiera del individuo fuera soltar, por decirlo así, abandonar su individualidad, el aún individualmente sentido dolor y

---

<sup>33</sup>Hanna Arendt, cree que allí germina el totalitarismo, cuando el individuo no tiene noción de sí mismo y de su realidad, es posible engañarle con facilidad y recrearle mundo perfectos, ordenados y sin problemas, tal como lo dibuja la panorámica presentada por el *Centro*.

molestia de vivir, y conformarse con un deslumbrante y «tranquilizado» tipo funcional de conducta (Arendt 2005 346).

Vivir en este estado de tranquilo al que alude Arendt no es propiamente el resultado virtuoso de algún tipo de ataraxia o imperturbabilidad, es por el contrario el anquilosamiento del ser, un embotamiento del pensamiento, cuyas expresiones en las acciones y las palabras parecen no producir eco alguno. Es el vacío en el corazón, sumergiendo al ser humano en la desesperanza, en la soledad y el olvido de sí mismo. El sujeto ha quedado oculto por el afán del supuesto progreso económico y social, considerando que la riqueza y el confort son ejes del desarrollo vital, sin embargo se le ha ocultado al hombre que esto es un círculo vicioso, que su riqueza le exigirá cada vez más gasto, y por ende, más esfuerzo y producción.

Los valores que la nueva sociedad de consumo impone, obligan al ser a comprender que el tiempo pervive en consonancia con los valores económicos, con el capitalismo y que las decisiones no deben olvidar la variable de rentabilidad. En muchas de las expresiones que José Saramago aportó para comprender la realidad que tejía a la humanidad actual, consideró los aspectos anteriores como el mal de un hombre que está condenado a no reconocerse en los otros hombres; su egoísmo y su desdén por el mundo le permiten declarar al Premio Nobel las siguientes palabras: “¿Cómo podemos ser optimistas en un planeta donde las personas viven tal mal, donde se está destruyendo la naturaleza y donde el imperio dominante es el dinero?” (Gómez 2010 160). El *homo economicus*, el *homo eligens* han desplazado al *homo sapiens*, haciendo de este último un ser no grato a la sociedad, ya que los anteriores obedecen con prontitud a las directrices sociales, a sus dinámicas e imperativos.

La pérdida de la identidad y la individualidad es presenciada en Hannah Arendt bajo el espectro del trabajo industrializado, pues en estas dimensiones no se exige que cada cual produzca de acuerdo a la capacidad imaginativa, sino que

se ciña al sustrato de las órdenes y al proceso en cadena que la organización provee. Por lo tanto, prevalece una institución que previamente piensa por el individuo, siente por él y vive por él. A pesar de esto, y de que en ocasiones el individuo estima tal vivencia, este no repara en cambiar, pues observa que es confortable establecerse allí, porque esto le permite vivir con ciertas apariencias y supliendo otros caprichos. Ante tal panorama organizacional en el que las políticas institucionales marcan los hitos para comprender al hombre, recalca José Saramago que: “Ninguna empresa del mundo puede estar por encima de las personas que trabajan en ella. Es utópico, es idealista, pero es la única manera humana de ver las cosas. La gente no puede ser tratada como los residuos de fabricación y tirada fuera como ellos” (Gómez 2010 164).

Ese acomodamiento que logra el hombre ha nutrido con una fuerza voraz la sociedad de masas, en la cual se inscriben la economía, los sistemas ideológicos y demás organismos sociales; en esa dimensión la política, la libertad y la praxis pierden fuerza, sometiendo al individuo a vivir en la realidad que las instituciones producen para estos; haciendo del lenguaje un recurso que abarca lo útil y lo productivo.

El hombre ha de reaccionar ante su estado; pensar, comprender y crear son las herramientas que han sido subastadas y de la que otros se han apropiado; recuperarlas es retomar el sentido y esperar que la comprensión de lo que significa la condición humana llegue algún día: “Nosotros que nos llenamos la boca con la palabra humanidad, creo que todavía no hemos llegado a eso, no somos seres humanos. Quizá llegaremos un día a serlo, pero no lo somos, nos queda muchísimo. El espectáculo del mundo lo tenemos ahí y es algo escalofriante” (Ibid.).

#### 4 Lo local y lo global

Los paradigmas que acompañan al hombre contemporáneo están asociados a la competencia y al cambio constante; el día a día así lo proyecta y en *La Caverna* así se evidencia a partir de la vida de sus protagonistas. Estas dos características son condiciones necesarias que deben ser adoptadas por todos aquellos que añoran sostenerse en medio de una sociedad en transformación. Cada individuo debe vivir su propia conversión, pues la identidad personal también se actualiza, y por eso mirar atrás sería nefasto; la existencia alrededor del *Centro* representa nuevos valores, creencias y rutinas que identifican al hombre contemporáneo.

El mundo, la ciudad y el *Centro* son espacios en los que se reivindica al ser productivo, opacando así cualquier tipo de relación humana afectiva, por una de carácter comercial, en el que sólo se busca obtener ventajas. Así, la vida transcurre en medio de afanes; la preocupación por la calidad y la eficiencia en el trabajo o los servicios evitan que el individuo se desgaste en otros temas vitales tales como el amor, la familia, las tradiciones, entre otros. Además, en ese tipo de sociedad, la gran pregunta del ser es cómo generar más invirtiendo menos.

Cipriano Algor, el alfarero de la novela, dimensiona al *Centro* como la gran red de estos tiempos, en el que todo conduce hacia la seguridad y satisfacción de la persona ahora llamado cliente. Los individuos se despojan de tal singularidad, para mudar su ser al de consumidores, ya que en este lugar se encuentra todo lo que se necesita: vivienda, comercio, protección, seguridad, diversión, religión, alegría. El hombre contemporáneo se convierte en cliente por excelencia, en objeto de consumo, en tanto otra multitud vive una lucha sin piedad tratando de abrirse paso a esta forma de vida, o por el contrario, asumiendo su fracaso como uno al que sólo le toque observar desde la periferia.

El gobierno o supremacía del *Centro* denota los nuevos valores que subyacen en la sociedad, permeados por el interés del control, la vigilancia, el

trabajo especializado, entre otros aspectos; este poder se fundamenta en las esferas comerciales, industriales, de la moda y la producción, quienes al unísono marcan los caminos que la comunidad debe transitar, para no convertirse en desadaptada o desecho social inútil.

Se establecen a continuación una serie de relaciones duales que se perciben en la obra de José Saramago y que son producto de la reflexión gracias a las implicaciones que estas tienen sobre la existencia y la modificación que subyace al propio sentido de la vida para todo aquel que vive en las circunstancias citadas al inicio de este capítulo. Por ello, se establecen las relaciones nucleares entre: campo y ciudad, artesanía e industria, local y global, periferia y centro; entre otras que podrían derivar de allí a manera de profundización pero que no se rastrean todavía, tales como: pobreza – riqueza, sagrado – profano, juventud – vejez; estas y muchas más podrían ser relaciones perceptibles de una realidad que acontece como por opuestos; mostrando las grandes contradicciones en las que se hunde la existencia humana. La vida en estas circunstancias polares, por denominarlo de otra forma, dispone de prácticas y comportamientos ritualistas y consuetudinarios a los que el individuo debe responder con perseverancia y fidelidad, todo ello gracias a la comprensión idealizada de una vida dichosa, confortable y en paz, modelo a su vez de una ciudad en la que se reflejan construcciones seguras y novedosas tal cual se observa en el *Centro*.

El hombre contemporáneo es legislado por nuevas rutas, especialmente por aquellas que enmarcan su vida laboral, espacial y temporal; todas ellas a su vez prestas a las modificaciones que el lenguaje, la economía, los entornos habitados y las relaciones sociales constantemente están redefiniendo. Estas circunstancias que le están determinando regularmente se presentan ante él de forma cambiante. Las imágenes que se consolidan en la novela, derivan a este tipo de percepciones ya que los protagonistas participan de fuerzas dinámicas sociales que les someten a participar de una comunidad en movimiento. Esa cualidad social exige que cada

sujeto a su vez se convierta en engranaje de la misma, de lo contrario no estaría contribuyendo a su progreso.

Se enfoca en este caso una paradoja social que en este capítulo es revisada, especialmente cuando la idea de progreso confiere un sentido de mejoría para la sociedad entera. Aquí, tal como lo explica Bauman, la idea podría denotar, por el contrario, un profundo terror del individuo al quedar por fuera de las relaciones comerciales, sociales y humanas que se dan en la sociedad, ya que no podrían asegurarse tal nivel de cambio: “Si uno no quiere hundirse debe seguir haciendo *surf*, y eso implica cambiar de vestuario, de muebles, de papel pintado, de aspecto y de hábitos –cambiar uno mismo, en definitiva- tan a menudo como le sea posible” (Bauman 146 2007). Vivir con los contrastes enmarcados anteriormente, especialmente con aquellos que asume en *La Caverna* Cipriano Algor -entre el campo y la ciudad, lo local y lo global, lo artesanal y lo industrial-, significa sumarse a nuevos ritmos de vida, y la exigencia clara por subsistir en un mundo que se reestructura constantemente.

*La Caverna* ilustra el cruel contraste que se da entre los seres que viven de acuerdo a las exigencias de esa sociedad de cambio que se reseñaba anteriormente, y de aquellos que no logran tales niveles. A partir de esa idea, podría decirse que el hombre en su generalidad vive asechado; así por una parte se ve obligado a la transformación incesante y, por el otro, amenazado por el miedo y la exclusión. Las huellas que *La Caverna* invita a rastrear son las marcas de una sociedad que pierde de vista al individuo mismo, y que sólo valora el papel social de aquellos que hacen viable una comunidad en la que se produzca, se genere innovación y sea partícipe de actividades propias tales como el consumo, la industria, la globalización, entre otras. Quienes no logren vivir dentro de tal marco deben ocupar otro lugar en ese conglomerado que no tolera a desempleados, jubilados, campesinos u otros que no logren vivir al ritmo propuesto por la ciudad o los focos de interés económico. Para quienes no pueden ser subsidiados en esa vida económica consumista y apetecible a los



espectáculos y demás exigencias mediáticas –moda, estatus, confort, comodidad, placer, etc-, sólo resta una defunción social que imparten quienes ostentan el poder enviándolos a los suburbios. Lo explica con abundantes ejemplos en sus obras el pensador referido anteriormente, en este caso mostrando la inimaginable frontera social:

Son la escoria, los residuos y los marginados del progreso económico y del libre comercio global, comercio globalizado que, mientras que en uno de sus extremos (el nuestro) sedimenta los placeres de una riqueza inaudita, vierte en el otro una pobreza y una humillación inenarrables, al tiempo que esparce miedos y espantosas premoniciones a lo largo y ancho del espectro comprendido entre uno y otro (Bauman 2006 35-36).

Esta reseña puede sorprender, sin embargo la realidad que proyecta es parte de la cotidianidad que se evidencia en las grandes ciudades y en aquellas que siguen la línea de desarrollo mundial capitalista, convirtiendo a la población humillada en una *infraclass global* (Id. 36); la misma que lucha ferozmente para insertarse en los círculos productivos y de consumo, con el fin de no ausentarse del resto de la sociedad y de las pautas sociales que allí les atribuyen.

#### **4.1 Arcilla – Plástico**

La referencia directa a estos términos no recaba precisamente en la discusión científica de los mismos, sino que procuran exponerse desde las dimensiones del ser y sus fronteras, mostrando cómo el individuo se suma a una serie de vivencias que le marcan en la contemporaneidad y a las que debe responder de acuerdo a los tiempos que experimenta.

Cuando el sujeto hace alusión al oficio de la alfarería está comprendiendo especialmente un trabajo que contiene creación, vocación, sentido. Tal entrega se hace con absoluto desprendimiento y cualquier tipo de proceso o tecnificación del mismo podría ser observado como ajeno. Esta práctica demuestra una relación

directa con el entorno, donde el sujeto se hace uno con la tierra, con el barro y con su obra. A pesar de que el objeto se realice innumerables veces, cada uno de ellos –de las creaciones- es único, debido a la exposición temporal y sensual que su creador le ha otorgado. Este es un oficio que apela a la dignidad del ser, de su existencia y del encuentro consigo mismo en medio de una serie de creencias, tradiciones y culturas que incentivan su consecución. Además de ser una actividad creadora, la labor con el barro procura la comprensión de saberse, igualmente, creatura, pues se es apenas viajero por la vida. La conciencia del ser, y del barro, si se le pudiera otorgar la capacidad de conciencia, coincidiría en varios aspectos: su aparición, su debilidad, su moldeamiento y su destrucción. Es como si el hombre apenas fuera una pieza de barro más, que crea figuras de barro con sus manos:

Tocó la fina e inconfundible aspereza de los barro cocidos. Entonces, como si estuviese ayudando a un nacimiento, sostuvo entre el pulgar, el índice y el corazón la cabeza todavía oculta de un muñeco y tiró hacia arriba. Era la enfermera. Le sacudió las cenizas del cuerpo, le sopló en la cara, parecía que estaba dándole una especie de vida, pasándole a ella el aliento de sus propios pulmones, el pulso de su propio corazón (Saramago 2001 259).

En *La Caverna* se presenta la alusión al oficio de alfarero como trabajo ancestral y generacional, pues ésta es la expresión inmediata del ser que trabaja con sus manos para subsistir y sobrellevar el peso de una familia. Radica aquí la vital comprensión de la tradición y la labor ancestral de sus manos, abundante en los símbolos que tocan la esencia misma del hombre: el barro, el agua y el fuego, como si se demostrara con ello a un ser humano que maneja los principios de la vida y que a su vez es dador de sentido. Es el misterio y el privilegio genuino del ser: es dador de sentido, de significado, de vida. Quizás, la antítesis de lo que se muestra en *La Caverna*, ya que allí la sociedad industrializada es quien se arroga

el derecho de participar o no al ser humano de algún sentido<sup>34</sup> existencial, a través de las exigencias que a los hombres se les impone. En general, el texto presenta un mundo en dicotomía; por un lado, todos aquellos seres que desde han vivido de acuerdo al ritmo de sus trabajos, familia y pueblos, y aquellos otros, que a velocidades raudas, viven la vida al paso que sugiere el progreso centralizado, fluctuante y de gasto que la ciudad y el *Centro* proponen.

Primigeniamente ser alfarero es arte, es vocación; es un acto creativo que exige toda la significación por parte del ser. Además, es un oficio que milenariamente se desprende del alquimista, quien a partir de la combinación de elementos buscaba revelar los secretos de la vida; trabajo que se desprendió a su vez del ejercicio filosófico inicial de algunos, pues fueron ellos los que desearon conocer los principios de los que el todo se constituía. Ser alfarero no es un oficio que procura la riqueza, sino la recreación a partir de las manos, la observación y la contemplación; adjetivos todos ellos que se distancian de las condiciones en las que se produce algún objeto en la actualidad. Esta suavidad del barro, es la misma suavidad a la que está expuesto cualquier ser, pero que lentamente es arrojado a vivencias que le sacuden y le maltratan: “Las manos que manejan el volante son grandes y fuertes, de campesino, y, no obstante, quizá por efecto del cotidiano contacto con las suavidades de la arcilla a que le obliga el oficio, prometen sensibilidad” (Saramago 2001 11). Es por tanto tomar la materia y otorgarle vida a aquello que hasta entonces ha sido amorfo; casi una función semidivina o creadora, pues requiere una experiencia particular con la sustancia; esa relación estrecha podría denominarse mágica y religiosa. El hombre posee esa sensibilidad que se le arrebatara todos los días cuando se le impide sentir, contemplar. La imposibilidad que se le achaca al sujeto contemporáneo al tacharle de insensible e incapaz de contemplar, es respuesta a los afanes que le

---

<sup>34</sup>A la hora de aclarar el problema del sentido, Paul Ricoeur llama a este ejercicio: *reflexión hermenéutica*. En su texto *Del texto a la acción*, considera que “la constitución del sí mismo y la del sentido son contemporáneas” (Ricoeur 2006 141).

constrañen y le impiden vivir con plenitud su condición. Lo anterior, es respuesta adicional a la pregunta por las profesiones y oficios que el mundo califica de improductivos; las disciplinas que desde el arte, la estética, la reflexión y el pensamiento impulsan al hombre a detenerse en tal contemplación; son caminos ya recorridos que la contemporaneidad mira de soslayo, pues son otros ritmos los de la vida: la técnica, la producción, la transformación, el comercio, el consumo, la explotación.

El fragmento anteriormente citado, ubicado en la primera página de *La Caverna*, es la puerta de entrada a una vivencia de desarraigo que vive el hombre, en la que debe sacrificarse el espíritu y el ser, entiéndase este par de sustantivos como disposiciones vitales a los que el individuo -en este caso el campesino Cipriano Algor- renuncia, pues aparecen nuevas prácticas productivas que le obligan a vivir bajo el imperativo de la sociedad de consumo, revistiéndose de una identidad que no es la propia, para resistir un poco más en el medio. Zigmunt Bauman explica esta lucha que el hombre enfrenta para resistir, recordando la consabida historia de Alicia, en la que Lewis Carroll narra: “lo que es aquí, como ves, hace falta correr todo cuanto una pueda para permanecer en el mismo sitio. Si se quiere llegar a otra parte hay que correr por lo menos dos veces más rápido” (Bauman 2006 36). Y habría que agregar... y desapareces si no vas al ritmo de los demás o dejas de correr. Esta es una competencia cuyo contrincante es el medio mismo y vencer es permanecer.

Aparece pues, en este juego de opuestos, una serie de imitaciones en plástico de las vasijas de barro, las cuales sugieren el reemplazo novedoso y duradero de los utensilios que hasta entonces eran comprados por el *Centro*: [...]“Puede decirme qué ha hecho que las ventas hayan bajado tanto, Creo que ha sido la aparición de unas piezas de plástico que imitan al barro, y lo imitan tan bien que parecen auténticas, con la ventaja de que pesan menos y son mucho más baratas”[...] (Saramago 2001 28). La obra sensitiva y creadora del ser humano es desplazada debido a la fabricación en cadena e industrial de los productos, los

cuales comprenden la valoración primordial por lo nuevo y por las opciones, pues los productos son elaborados con el ánimo de crear en el consumidor una supuesta diferenciación y originalidad que no es tal; base además del individualismo y la competencia que trae consigo la moda y el ejercicio frecuente de gasto.

Cualquier producto novedoso y original se convierte en el pase directo para acreditar ante la sociedad el éxito personal, pues ello indica la posibilidad de compra y consumo, actividades estas que demuestran la sintonía del individuo con la sociedad<sup>35</sup>. Sin embargo, el sujeto olvida el carácter de producto del que se reviste a sí mismo, pues él empieza a lucir como uno que es apetecible y que es apreciado como ser social valioso –comprendiendo incluso este adjetivo como factor económico-. No hay que olvidar que en esta escalada de valoración social, una vez el producto ha llegado a su clímax debido a su comercialización, compra o uso la caída es inevitable. Una vez el objeto cumple su ciclo, deviene el ser desechado, metáfora real para evidenciar lo que ocurre con el sujeto consumista.

Aparte de ser llamada postmodernidad, a esta época también podría denominarsele *era del consumo*, en la que el andamiaje consumista y el espíritu productivo atraviesan todas las esferas. Así lo refiere Lipovetsky cuando explica las características de este tiempo: “La era del consumo [...] arrancó al individuo de su tierra natal y más aún de la estabilidad de la vida cotidiana, del estatismo inmemorial de las relaciones con los objetos, los otros, el cuerpo y uno mismo” (Lipovetsky 2002 107). Esta es la experiencia desgarradora de Cipriano Algor, la misma que se viene describiendo en capítulos anteriores y que en este apartado sigue aclarándose, ya que este personaje se ha visto privado de su vida, pues la industria y la economía le obligan a reacondicionar su trabajo, y con él lo que

---

<sup>35</sup> Una de los rasgos de identificación con lo que ocurre en la sociedad contemporánea, es la dosis de hedonismo que se redistribuye debido a los canales de consumo, gasto y desecho constantes. Tal dinámica la explica Lipovetsky: “Si se mira la cultura bajo la óptica del modo de vida, será el propio capitalismo y no el modernismo artístico el artesano principal de la cultura hedonista [...] desde los años cincuenta, la sociedad americana incluso la europea se mueven alrededor del culto al consumo, al tiempo libre y al placer” (Lipovetsky 2002 84).

hasta entonces le proveía todas sus necesidades. Seguidamente, sin necesidad de redundar en otros aspectos, Lipovetsky señala cuál es el futuro de estos seres que se ven vaciados de sus prácticas debido a los nuevos modelos imperantes:

Con el universo de los objetos, de la publicidad, de los mass media, la vida cotidiana y el individuo ya no tienen un peso propio, han sido incorporados al proceso de la moda y de la obsolescencia acelerada: la realización definitiva del individuo coincide con su desubstancialización, con la emergencia de individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables ante la continua variación de los modelos (Ibid.).

La reconfiguración de la vida que se exige en este tipo de sociedad es resultado del desinterés por la propia identidad, pues ella se compra y se subasta al ritmo que las tendencias imponen, por ello se hace fragmentaria, narcisista e individualista. Al estilo de los grandes mercados y almacenes de cadena, los rasgos identitarios se exhiben en las vitrinas y sólo algunos alcanzan a pagar el precio para poseerlas.

Cuando el producto adquiere ese matiz artificial y de seducción, propio de la contemporaneidad, se trasluce una nueva forma de entender el trabajo, pues la dimensión artística, artesanal y profesional desaparece en el individuo. Cierta lasitud<sup>36</sup> se apropia del ser social, olvidando de esta manera la experiencia de vida y los ritmos que la naturaleza sugiere. Ese ritmo es el propuesto por el barro, el que requiere ciertos tiempos: amasamiento, horneado, entre otros; pasos todos ellos que después se verán trocados por los avances industriales que permiten la producción constante de la cerámica al ritmo técnico de las fábricas. Ya no es el sujeto quien dictamina los tiempos, es la máquina quien los ampara. Encaminar el trabajo y la producción a nuevas rutas económicas y mercantiles es la puerta que se le abre a Cipriano Algor, dejando a un lado la compenetración de la vida con el

---

<sup>36</sup> Cuando en apartados pasados se hablaba de una cercanía con el existencialismo, podría destacarse a continuación el término usado por Camus en el *El mito de Sísifo*, cuando explica que: "La lasitud está al final de los actos de una vida maquina [...]" (Camus 2008 25)

trabajo, pues esta era la forma directa de encarar la existencia y verse útil en la sociedad, sin embargo ahora debe ceñirse al ritmo social que las exigencias comerciales le imponen. Se proyecta ante el individuo, especialmente a Cipriano, un panorama árido, la soledad le rodea:

El alfarero había dejado atrás el pueblo, las tres casas aisladas que nadie vendrá a levantar de la ruina, ahora bordea la ribera sofocada de podredumbre, atravesará los campos descuidados, el bosque abandonado, han sido tantas las veces que ha hecho este camino que apenas repara en la desolación que lo cerca [...] (Saramago 2001 113).

Cipriano no sólo deja su pueblo atrás, deja sus generaciones, deja su familia, deja su memoria y su ser. Todo queda reducido a los novísimos dictados de una sociedad en la que él se convierte en espectador; su tiempo, su sentir, su espacio se transforman en ruinas. De allí en adelante se valorará la propuesta principal de las ciudades, en las que hay tanto de nada –desolación-.

El sujeto comienza con este cambio a vivir otra temporalidad, otra realidad; nuevas sensaciones tales como el control, la precisión, la tecnología, entre otros, son apenas estaciones del exilio al que ontológicamente se le ha proyectado al hombre, pero desde donde lucha además por encontrar un lugar. El trabajo diario de sacar el barro, de amasarlo, de moldearlo y demás, deja de ser rito –y por tanto el hombre deja de ser creador- y se convierte en cambio, en figura crucial del proceso de explotación e instrumentalización regulado y obligatorio para competir con precios y cantidad en el mercado. Se le arrebató al sujeto la dimensión existencial de un oficio heredado por generaciones, donde el tiempo mismo se transforma en verdugo, y con ello, se disuelve cualquier tipo de identificación social, personal e individual.

Aunque ya se ha enunciado en apartados pasados cómo el ser queda reducido a contemplar una vida en la que se destaca la productividad, el hedonismo y la aceptación social, es problemático cómo el individuo

contemporáneo reemplaza el modelo vital construido a partir de las condiciones naturales en las cuales crece y se educa, para ensamblarlo en uno artificial en el que se pretende su subsistencia, y cuyo propósito será convertirle en el prototipo de sujeto exitoso. Por lo tanto, se da muerte a la vida, para llevar una imitación de la misma, que a su vez es reforzada por una industria que pierde de vista la existencia y en la que sólo es importante el poder y la extensión de la materia: “La ominosa visión de las chimeneas vomitando chorros de humo le indujo a preguntarse en qué estúpida fábrica de ésas se estarían produciendo las estúpidas mentiras de plástico, las alevosas imitaciones del barro [...]” (Saramago 2001 33). El sentido real de la existencia que hasta entonces descansaba en una práctica generacional, es vaciado en su totalidad, con el fin de adecuarse a las nuevas esferas de consumo y comercio. Es como una especie de prolongación del ser, que queda vacío, apenas reconocible en medio de una comunidad que le somete y le regula.

No son fuerzas oscuras las que se mencionan, son los mecanismos culturales de control y dominación que se proyectan constantemente todos los días y que se cuelan hasta lo más íntimo como en el caso de las leyes morales religiosas, hasta las capas externas sociales tales como leyes, el Estado, la economía, los medios de comunicación, el mercado, entre otros. Ellos van administrando lo que al hombre le toca vivir, y de la aceptación o no de tales patrones depende la permanencia o la exclusión social<sup>37</sup>.

Se juega por lo tanto una existencia que se tensa gracias a las condiciones materiales de dos bandos; a saber, la propuesta por el trabajo ancestral de la artesanía, en la que sobreabunda el significado digno de un hombre que con sus manos elabora piezas de barro; y de otro lado, la expresión humillante de este

---

<sup>37</sup> Zigmunt Bauman ofrece en las reflexiones de *Ética Posmoderna* un párrafo crucial para explicar este tipo de instituciones, incluso él las califica como coercitivas. Éstas se apoyan en sanciones y regulan el diario vivir humano: “Y, sin embargo, es precisamente debido a que la cotidianidad está tan saturada de instituciones coercitivas, dotadas de la autoridad de imponer las normas de buena conducta, que el individuo, en tanto individuo, es poco confiable” (Bauman 2004 37).



trabajo que ya no sacia las expectativas de nadie. Una vez más, la escasa posibilidad de hallar entre aquellos trastos el significado de la condición humana, y contrariamente, la imposición de una cultura polimerizada en la que dicha condición se transforma. En *La Caverna* parece que esa condición humana va desapareciendo por una condición artificial que se estructura a través del ritmo vital que el capitalismo, el consumo y la moda van suministrando a la comunidad. Indirectamente se observa cómo el ser va moldeando su relación con los otros y su naturaleza con el fin de acoplarse a ese sistema que le determina y le gobierna. En una de esas imágenes que le sobrevienen a Cipriano Algor, este reconoce que su trabajo es reemplazado por el mundo técnico, y por lo pronto reconoce que su futuro no es ese, que su ser, su esfuerzo y su destino distan mucho de esta forma de vivir que ya entrevé:

Cipriano Algor se queja, se queja pero no parece comprender que los barro amasados ya no se almacenan así, que a las industrias cerámicas básicas de hoy poco les falta para convertirse en laboratorios con empleados de bata blanca tomando notas y robots inmaculados acometiendo el trabajo. Aquí hacen clamorosa falta, por ejemplo, higrómetros que midan la humedad ambiente y dispositivos electrónicos competentes que la mantengan constante, corrigiéndola cada vez que se exceda o mengüe, no se puede trabajar más a ojo ni a palmo, al tacto o al olfato, según los atrasados procedimientos tecnológicos [...] (Saramago 2001 190).

Es como si estas dimensiones habitadas por el ser fueran destruidas por las nuevas esferas del mundo contemporáneo donde lo snob, lo artificial, lo técnico y lo económico se convierten en los ejes fundamentales para la construcción de la realidad humana. Por lo pronto, la existencia también se somete a un cambio de relaciones en las que persiste lo útil, lo práctico, lo preciso, lo medible y lo rentable. **3.2 Una existencia Local y una globalizada**

En estas nuevas perspectivas de vida, cuando el sujeto comienza a ver que su realidad es desplazada por factores sociales que le despojan de su tradición, de su quehacer y de su trabajo, tal panorama se vuelve nefasto y hostil, pues las estructuras que se imponen como alternativa para vivir contravienen ciertos intereses individuales. En la narración se proyecta una mirada sobre el mundo industrial que podría ser de carácter antagonico -cita que páginas atrás fue usada y que de nuevo reviste gran importancia-:

La ominosa visión de las chimeneas vomitando chorros de humo le indujo a preguntarse en qué estúpida fábrica de ésas se estarían produciendo las estúpidas mentiras de plástico, las alevosas imitaciones del barro. Es imposible, murmuró, ni en sonido ni en peso se pueden igualar, [...] cuántos platos, fuentes, tazas y jarras por minuto escupirían las malditas máquinas, cuántas cosas por sustituir botijos y damajuanas [...] (Saramago 2001 33).

Estas producciones plásticas, como lo enuncia Cipriano Algor, son *estúpidas*, en tanto representan una realidad que altera y cambia la tradición. Pero serían muchas más las que deberían rastrearse de igual carácter; el significado de hogar, de casa y de ciudad –por enunciar algunos ejemplos- se alteran bajo la perspectiva contemporánea. La tradicional percepción de hogar en la que participaba una familia numerosa o extensa, se reduce a un estereotipo de familia pequeña; la casa –actualmente apartamento- a su vez pone límite a esos tipos de familia numerosas, con poca capacidad, espacios estrechos y muros limitantes; y la ciudad, finalmente, se hace abstracta, pues los centros comerciales son pequeñas ciudades en las que todo se encuentra y en las que se convive. Bajo esa mirada serían muchos aspectos más lo que habría que rotular de estúpidos, siendo entendidos como nuevas formas de vivir y habitar el mundo, a las cuales debe enfrentarse Cipriano Algor.

*La Caverna* de Saramago, a través de sus protagonistas, mira a una época en la que cualquier ciudad es apenas reflejo de lo que el mundo proyecta; la globalización parece desterrar al hombre de las prácticas consuetudinarias modernas, para encaminarlo a un crecimiento sistemático y productivo donde su lenguaje y sus relaciones se transforman, especialmente bajo el rostro tecnológico, cuantificable y exigente de una época homogenizante que la globalización sugiere para las sociedades de avanzada. Cualquier intento de retorno es en vano así: “Vehículo de la globalización y fuente inagotable de posmodernismo en la cultura, estas industrias constituyen sin lugar a dudas la gran fábrica de signos de nuestra civilización, los que luego echan a circular hasta los confines del planeta” (Brunner 1999 14).

El hombre se despoja de cualquier esencia y yace como intérprete de signos, a los cuales debe ceñirse como individuo-universal<sup>38</sup>. El *Centro* en este caso es el gran fabricante de signos que desde lo global otorga identidad en el sujeto, exponiéndole al consumismo, a la producción y a los nuevos destinos del ser en el que se augura seguridad, tranquilidad, riqueza y felicidad.

Esa promesa parece tardía por lo pronto, ya que se describen algunos entornos humanos con dosis grises de optimismo. En *La Caverna* el narrador recorre los parajes de los cinturones industriales: “[...] había algunas modestas manufacturas que no se entiende cómo pueden haber sobrevivido a la gula de espacio y a la múltiple variedad de producción de los modernos gigantes fabriles” (Saramago 2001 34). De esta manera proyecta a su gremio artesanal como un grupo raquítrico, pues la manufactura se extingue como especie, y por otra parte identifica el desasosiego que envuelve los campos, especialmente cuando éstos se convierten en “[...] restos escuálidos de bosque [...]” y donde las plantas se

---

<sup>38</sup> Este concepto procura hacer alusión a la tendencia que actualmente se observa en ámbitos como el político, el económico o ideológico, en el cual se le enuncia al sujeto que él es singular, que él es libre y que sus decisiones cuentan, sin embargo, debe sumarse a un concierto de posibilidades que de alguna forma ya le limitan y en cuyo universo debe hallar respuesta.

contagian de melancolía (Saramago 2001 35). El sujeto ve fracturado su entorno, y por esa razón intenta reconfigurar su vida de acuerdo a las propuestas que el ideal de ser social insta a partir del capitalismo, la producción, el cambio constante y la ruptura megalítica de la tradición y la costumbre. La nueva concepción del mundo desde la contemporaneidad es tentadora en todas sus instancias, contiene iconos de poder, de estatus y de novedad, tal como lo describe Zigmunt Bauman cuando habla de las ciudades y las cualidades que las acompaña:

La desconcertante variedad del entorno urbano es una fuente de temores (sobre todo para aquellos que ya han “perdido sus costumbres familiares”, al verse sumidos en un estado de incertidumbre aguda a causa de los procesos desestabilizadores que ha traído la globalización). El mismo brillo y centelleo caleidoscópico de la escena urbana, en la que nunca faltan novedad y sorpresas, constituye el embrujo irresistible de las ciudades y su poder de seducción (Bauman 2007a 127).

Este es en cambio el panorama de un ser global, revistiéndose quizás con la primera característica de la confusión, ya que toda comprensión del mundo se hace temporal, momentánea; la pérdida de la certeza se hace constante, mientras el dinamismo y el estupor que traen consigo los cambios van modelando las rutas de un hombre más frío, calculador e insensible. Los miedos que presenta un ser global recorre su historia y sus generaciones, como lo ocurrido con Cipriano Algor, a quien se le podría detectar su padecimiento si se comprende la reflexión de uno de los teóricos de la postmodernidad:

Tenemos miedo a perder todo lo que tenemos, en particular el mundo de convenciones y jerarquías en que se fundan nuestras seguridades. Todo lo que conocemos, especialmente los saberes heredados y las verdades que iluminaron el camino de los dos últimos siglos. Todo lo

que somos, que es lo más fundamental, pues toca el núcleo vital de nuestras identidades personales, de género, generación, etnia y nación (Brunner 1999 47).

Para Cipriano todo es reflejo de una gran desventaja: el fallecimiento de su esposa, la pérdida de su trabajo, el amor escurridizo, el depender de su yerno, etc. La seguridad es sólo la aniquilación; es como desaparecer estando presente; desvanecerse en la carne; saber que se es pero que no se existe con otros, ya que la identidad se construye en los nuevos contextos sociales, y por eso a su vez se hace efímera, inestable y ambivalente. El individuo obtiene multiplicidad de referentes para identificarse y sentirse parte del entorno que le envuelve, incluso con la oportunidad de renunciar en su momento a tal identificación, para posteriormente tomar otras condiciones.

Una vez más este sentido de globalidad parece soportar al individuo contemporáneo, quien a su vez también recibe lineamientos locales concretos para afrontar las circunstancias vitales que le conciernen. El hombre registra estas dinámicas pendulares desde los ámbitos globales y locales, y con fuerzas de distinta índole confrontan al ser mismo y le exigen actuar conforme a los ritmos propuestos<sup>39</sup>. En el caso de *La Caverna*, Cipriano Algor podría considerarse parte de un oficio ancestral como el de alfarero, quien desde lo local representa la tradición y el trabajo original con las manos, mientras que ante la mirada global su trabajo apenas logra la atención de coleccionistas. Esta problemática de un ser local y un ser global que pone en cuestión la existencia del sujeto, lo aclara Bauman cuando explica la característica de lo global:

Lo único que importa es lo que uno puede hacer, no lo que se debe hacer ni lo que se ha hecho. Lo que se adora en la persona del rico es su capacidad de elegir el contenido de su vida, los lugares de

---

<sup>39</sup> Es conveniente reforzar que la postmodernidad evidencia el cruce de tales fuerzas ambivalentes, así lo aclara Lipovetsky en la era del vacío cuando explica que a las personas se les pide votar, pero otro parte existe una desidia generalizada por la política; no se cultiva el intelecto pero se pide libertad de expresión (Cf. Lipovetsky 2002 130).

residencia transitoria, las parejas con las cuales las comparte [...] y la posibilidad de cambiar todo a voluntad y sin esfuerzo (Bauman 1999 125).

Lo local es contrastado con lo global debido al espíritu que el primero carga, pues allí se vive en una temporalidad distinta, de caminos, de paisajes, en la que todo parece transcurrir más despacio; la vida en el campo trae una armonía característica que puede chocar con el atropellado ritmo de quien vive en la ciudad. Lo local, en ese orden, tiende a desaparecer, pues no logra permanecer ni imponerse, debido al hálito de novedad e innovación que se deposita en lo global. Lo local, una vez más, muestra cierta vacuidad próxima a una vida sin emociones y carente de perspectivas vitales, por eso quienes viven allí son convocados a un desplazamiento multitudinario para vivir en lugares donde exista movilidad, sensaciones y riqueza. Expresiones cercanas serán las que se usen en *La Caverna* cuando el narrador identifique a los que viven en el *Centro*:

[...] los conozco mejor que él, no es necesario estar dentro para comprender de qué masa está hecha esa gente, se creen los reyes del universo, [...] un jefe de departamento no es más que un mandado, cumple órdenes que le vienen de arriba, incluso puede suceder que nos engañe con explicaciones sin fundamento sólo para darse aires de importancia (Saramago 2001 43-44).

Condiciones todas ellas que describen el ser que se fragua en lo global, mientras el desdibujamiento de lo local se hace más perceptible. Estas líneas de lo local y lo global, las reconstruye Bauman cuando explica aquellos hombres vagabundos, quienes han sido desarraigados de su localidad y procuran vivir –falsamente- una existencia allegada a lo global, en la que el ser encuentra sosiego sólo si consume<sup>40</sup> y produce. Ese ideal que evoca una vida mejor en el *Centro*, es

---

<sup>40</sup>Dice Bauman al respecto del consumo: “La formación que brinda la sociedad contemporánea a sus miembros está dictada, ante todo, por el deber de cumplir la función de consumidor. La norma

asumida por los padres de Marcial Gacho, quienes añoran dejar el campo para mejorar su vida en el *Centro*: [...] Están pensando nada más y nada menos que vender la casa y venirse a vivir con nosotros [...]” (Saramago 2001 53).

La categoría de local reseña opuestamente una tendencia de heterogeneidad, podría hablarse aquí de aquellos espacios en los cuales el mercado, la industria y el comercio no tienen cabida aún, en ese sentido se estaría hablando del campo, de las periferias y otros lugares en los cuales no se asienta aún esa necesidad perentoria de producir, de consumir y vivir raudamente. Sin embargo, ha de reconocerse el campo como un lugar especial, pues en ocasiones tal asunción de localidad dentro del campo, se convierte en el imaginario social o en estrategia de homogenización, pues los mensajes y las tendencias muestran cada vez más como el campo, por ejemplo, está siendo apetecido por la clase social elevada para hacer de este espacio un lugar privilegiado para ellos, mientras los campesinos y demás moradores se ven abocados a salir de sus parcelas y trabajar para otros.

En la comprensión local de la realidad es cada vez más difícil encontrar emplazamientos que propicien, al estilo de otras épocas, el encuentro entre los seres humanos, pues era la única forma de constatar una existencia con otros en medio de plazas, calles y mercados –espacios vitales dentro de lo local-. Por otro lado, lo global muestra tendencias un poco adversas para ese estilo de relaciones y encuentros, pues allí abunda la vigilancia, el control social y la presión psicológica, ya que el término global -aunque parezca abarcar al mundo entero- sólo se refiere a zonas privadas en las cuales lo público se extingue y en el que toda posibilidad de encuentro es antesala de angustia, temor y anonimato; pues lo público se hace sospechoso y sólo lo privado es seguro. En esa descripción de los espacios públicos aparece de nuevo el pensador citado con anterioridad, Zigmunt

---

que les presenta es la de ser capaces de cumplirla y hacerlo de buen grado” (Bauman 1999 106-107).

Bauman, quien refiere a estos espacios nuevas dimensiones del ser, en el que yace una serie de experiencias particulares:

Son, pues, lugares vulnerables, expuestos a arranques maniacodepresivos o esquizofrénicos, pero también son los únicos en los que la atracción tiene alguna posibilidad de compensar o de neutralizar la repulsión. Son, por decirlo de otro modo, lugares en los que se descubren, se aprenden y se practican por primera vez las maneras y los medios de una vida urbana satisfactoria (Bauman 2006 105).

Los espacios públicos se adecúan a interacciones que generan encanto, sorpresa y embelesamiento, todos ellos atrapando por medio del espectáculo y la representación a las personas que visitan tales lugares, las cuales se homogenizan cada vez más y en las que se reduce la diferencia, debido a las exigencias que implícitamente requiere asistir a tales espacios, tales como el consumo, la moda, la novedad, etc.

Lo global conduce a la creación de espacios que son rentables, populares y numerosos, por eso el afán en muchas ciudades en entronizar dichas estructuras, pues allí se alienta el distanciamiento social y una escisión absoluta del ser, pues la realidad, la cultura y la identidad se van transformando en los individuos que acceden a dichas esferas<sup>41</sup>, otorgándoles el lugar correspondiente a quienes deben permanecer fuera.

De acuerdo a este panorama podría observarse un fuerte contraste dialéctico entre lo global y lo local, mientras que lo local asume la comprensión del ser desde un estructuramiento que fortalece la identidad y el reconocimiento del sujeto partícipe de ciertos valores, prácticas y costumbres, lo global por su parte

---

<sup>41</sup>Esta diferenciación hace clara alusión a aquellas clases que contemplan la posibilidad de acceder a los medios de comunicación en múltiples formas, en participar de una movilidad constante: empleo, dinero, conocimiento, etc; y donde el turismo es apenas una vitrina más del mundo en el que se contemplan estructuras snobistas y de estatus social.



no muestra puntos vertebrales que forjen dicho reconocimiento, sino que busca homogenizar a la sociedad entorno a unas demandas y acciones concretas, hijastras de las condiciones del mercado, de una sociedad capitalista y con un álgido afán por el consumo y la producción.

#### **4.2 El Centro o la denominación global.**

El hombre se ve cercado por un mundo en el que todo está conectado, en el que la información no se detiene, en el que todo está cerca y el gasto del tiempo es, a saber, cada vez más calculado. Estas son unas cuantas esquinas a las que vuelve el rostro el hombre contemporáneo, sin contar tantas otras que le tocan en su tiempo. Ante la andanada de fenómenos que le sobrevienen en esta época, muchos seres quedan inermes e indefensos ante el poder que emerge del entorno, quizás para ellos todo gire desorbitadamente y no exista clara escapatoria. El narrador proyecta a Cipriano Algor en una serie de cuestionamientos vitales de desasosiego, por esa razón encara los cambios acaecidos disponiendo su trabajo y sus herramientas al ritmo que la temporalidad le impone.

Aparece de esa forma la figura del *Centro* que, en este caso, asume la imagede redentor existencial y social, pues sólo allí es posible encontrar las posibilidades necesarias para que cualquier individuo permanezca activo y no sucumba al suicidio laboral, que en la sociedad contemporánea representa a su vez, la aniquilación existencial de cualquier ser. Pero por otro lado, se convierte en el gran cohesionador social, ya que la comunidad entera lo referencia como nicho social por excelencia, allí donde todo es posible y cuyos espacios reorientan el encuentro comunitario, la vida confortable y la simulación de cualquier realidad:

Quieres decir que hay apartamentos cuyas ventanas dan al interior del propio Centro, Que sepas que hay muchas personas que los prefieren, creen que esa vista es infinitamente más agradable , variada y divertida, mientras que de este lado son siempre los mismos tejados y el mismo

cielo,[...] La medida de las plantas comerciales es alta, los espacios son desahogados y amplios, lo que oigo decir es que las personas no se cansan del espectáculo, sobre todo las de más edad [...] (Saramago 2001 357).

Es curioso, pero el encanto del campo, de los paisajes, de la naturaleza, de las vistas riquísimas sobre la ciudad, sobre las montañas o los desiertos, son reemplazados con el fin de ver el espectáculo –las sombras platónicas<sup>42</sup> que pueden reflejarse por los pasillos del *Centro*. Ninguno cree que exista algo más importante que lo exhibido allí. Incluso el narrador cuenta que hay personas que dentro del *Centro* no llegan a ver la luz del día, retomando la metáfora platónica, pues hay quienes lo prefieren de ese modo (Saramago 2001 361). Por eso, en las palabras de Zygmunt Bauman, los individuos que viven dicha experiencia se transforman, ya que la significación de la vida asume otros colores, tal y como lo expresa el teórico: “Quiero sugerir que el “daño colateral” más importante (aunque de ninguna manera el único) perpetrado por esa promoción de intereses económicos y por esa lucha es la transformación total y absoluta de la vida humana en un bien de cambio” (Bauman 2007b 162).

En *La Caverna* se describe el *Centro* mostrando su grandeza, su tamaño y su fuerza; el poder de esta construcción es tal que imita al mundo, sus maravillas y su naturaleza; embelesa a los hombres que sin poder alguno encuentran en él todo lo que cualquier ser humano necesita y puede desear; allí se dispone el fin de toda existencia, pues es posible encontrar seguridad, comodidad, felicidad,

---

<sup>42</sup>En el libro séptimo de la República aparece la metáfora de la caverna: “Se parecen, sin embargo, a nosotros punto por punto. Por lo pronto ¿crees que puedan ver otra cosa e sí mismos y de los que están a su lado, que las sombras que van a producirse enfrente de ellos en el fondo de la caverna? (Platón 2009 267-268) Podría entenderse esta interpretación de las sombras platónicas, como una representación de las sombras que sobrevienen en la sociedad capitalista, pues ellas son el único marco de referencia para la sociedad, y sólo a través de ella se configura la realidad y desde allí la misma se interpreta, o por lo menos, es el caso de novela analizada.

emociones fuertes y experiencias únicas<sup>43</sup>. El efecto Aladino, al asemejar al *Centro* como la lámpara encantada, cuyo genio, por magia, concede todo lo deseado por haber sido despertado. En el *Centro*, todo aquel que entra, descubre que sus sueños ya se han realizado:

La parte del ascensor que miraba al interior era acristalada, el ascensor iba atravesando vagorosamente los pisos, mostrando sucesivamente las plantas, las galerías, las tiendas, las escalinatas monumentales, las escaleras mecánicas, los puntos de encuentro, los cafés, los restaurantes, las terrazas con mesas y sillas, los cines y los teatros, las discotecas, unas pantallas enormes de televisión, infinitas decoraciones, los juegos electrónicos, los globos, los surtidores y otros efectos de agua, las plataformas, los jardines colgantes, los carteles, las banderolas, los paneles electrónicos, los maniqués, los probadores, una fachada de iglesia, la entrada a la playa, un bingo, un casino, un campo de tenis, un gimnasio, una montaña rusa, un zoológico, una pista de coches eléctricos, un ciclorama, una cascada, todo a la espera, todo en silencio, y más tiendas, y más galerías, y más maniqués, y más jardines colgantes, y cosas de las que probablemente nadie conoce los nombres, como una ascensión al paraíso [...] (Saramago 2001 358-359).

Acaso el marco de lo global conlleve a una dialéctica de permanente cambio para el individuo en el que este encuentre su fin y su alternativa. En ese sentido la historia ha mostrado abruptas transformaciones a las cuales el ser se ha sometido, sacrificando así gran parte de lo que ha sido y ha representado, pero encontrando

---

<sup>43</sup> Escúchese la voz de este teórico contemporáneo, al tratar de explicar qué es lo que pasa en los centros comerciales: “Añadiré a esto que los centros comerciales están contruidos de manera tal que mantengan a la gente en movimiento, mirando a su alrededor, atraída y entretenida constantemente –pero en ningún caso durante mucho tiempo- por las interminables atracciones. No la alientan a detenerse, mirarse, conversar, pensar, ponderar y debatir algo distinto de los objetos en exhibición, a pasar el tiempo en actividades desprovistas de valor comercial” (Bauman 1999 37).

de otra mano, la rendija para mirar a un futuro distinto. Quizás no esperanzador, pero distinto, donde el ser se configura bajo nuevos parámetros y halla así nuevos espacios para ser y convivir con los demás, sin importar cuán original o simulada sea esta vida. Con este propósito de comprensión existencial del individuo, recuerda Vattimo que el ser se acoge a una humanidad desplegada y que no para de acontecer:

[...] una vez que descubrimos que todos los sistemas de valores no son sino producciones humanas, demasiado humanas, ¿qué nos queda por hacer? ¿Liquidarnos como a mentiras y errores? No, es entonces cuando nos resulta todavía más queridos, porque son todo lo que tenemos en el mundo, la única densidad, espesor y riqueza de nuestra experiencia , el único <<ser>> (Vattimo 1991 32).

La asunción de una existencia en el concierto de la significación global, no parece mostrar escepticismo o resistencia alguna a la propuesta que esta dimensión genera en el individuo, pues la sociedad misma se encarga de habilitar las comprensiones para que sea este el molde de la vida. Esas dimensiones son reconocidas en el entorno pero chocan fuertemente con ciertas clases o individuos que no encuentran lugar y que deben impregnarse de los nuevos imperativos próximos a las dinámicas de la globalización, acompañados de los procesos industriales, tecnológicos y productivos que la contemporaneidad sugiere para estos tiempos.

A pesar de todo el atractivo que puede presentar el *show* del *Centro* para cualquier individuo, pues allí puede encontrar todas las maravillas del mundo y los mejores espectáculos, el *Centro* es un lugar aislado, donde el sentido de la vida se caracteriza por lo que cada local le ofrece al individuo: entretenimiento, viajes, experiencias, productos, necesidades, etc; todo ello en un mismo lugar, perdiendo de vista el encierro al que se somete el hombre y depositando en el consumismo, el gasto y el comercio el elixir de plenitud que la vida puede otorgar. El narrador

explica cómo los que están en el *Centro* y quienes viven allí han hecho de estas experiencias una característica fundamental de su vida. En la narración aparece un personaje que critica las palabras de Cipriano, cuando el protagonista dice experimentar dentro del *Centro*, lo mismo que él experimentaría afuera, tal como el sol, la lluvia, el aire, etc; el reproche de este personaje no se hace esperar “[...] Uno de los veteranos me miró con desdén y dijo Qué pena me da, nunca podrá comprender[...]” (Saramago 2001 408).

Hay que insistir de nuevo en ese confinamiento al que se somete el ser humano, pues la tal globalidad a la que se expone el sujeto que visita el *Centro*, es un viaje por la banalización de la vida, en la que el sentido de la existencia se extravía en búsquedas vitales artificiales, en las que la esencia misma del ser humano se ve entre paréntesis, debido a que los adornos, la imagen y otros aspectos pasajeros cobran mayor valor que el ser. Podría enunciarse al lado de la referencia realizada por Bauman, que la globalización presenta una dialéctica, tal como lo ha explicado también Lipovetsky, la que conlleva al hombre a experimentar nuevas alternativas, pero también a restarle en otras, a liberarle pero también a someterle. Explica el pensador citado<sup>44</sup>:

Lo más frecuente es expresar las ambiciones de la vida en términos de movilidad, libre elección de residencia, viajes, conocimiento del mundo; por el contrario, cuando se habla de miedos aparecen conceptos como confinamiento, falta de cambio, verse excluido de lugares en los que otros ingresan fácilmente para explotarlos y disfrutarlos (Bauman 1999 157).

Al *Centro* sólo ingresa quienes puedan auscultar su ser desde el dinero, la productividad y el progreso; los demás se ven excluidos pues no pueden acceder a ambiciones materiales, no logran el grado de movilidad que otros, no residen en

---

<sup>44</sup>Bauman alude al problema de lo local y lo global en el texto *La Globalización Consecuencias Humanas*. Allí muestra que lo global permite la movilidad y el éxito, mientras lo local demuestra por el contrario la inmovilidad y la derrota.

viviendas, no viajan, no conocen el mundo; por eso para ellos está reservado los suburbios de la ciudad. Aquel individuo que entre al *Centro* y no se comporte de acuerdo a las condiciones que este exige, es tachado de sospechoso por los guardias, debe ser cuestionado y retirado de un espacio al que no es bienvenido: “[...] y entrar sólo para mirar no está, con perdón de la redundancia, bien visto, alguien que ande paseando ahí dentro con las manos colgando puede estar seguro de que no tardará en ser objeto de atención especial por parte de los guardas [...]” (Saramago 2001 129).

En estas condiciones cada individuo debe reconocer su puesto, de lo contrario la sociedad misma se encarga de ubicarlo. Es de esta forma, que con la semblanza del barro, Cipriano encuentra también que hay hombres que en el medio ya no representan nada, sin embargo no encuentra forma de nombrarlo, por eso echa mano del símil: “[...] que es ése el nombre que desde siempre se ha dado a los detritus y materiales inútiles que se tiran en las hondonadas hasta llenarlas, excluida de esa designación las sobras humanas, que tienen otro nombre [...]” (Saramago 2001 211). Por lo tanto aquí se da el estancamiento de cualquier condición vital que sea proyectada a una existencia digna, completa, plena, ya que a estos sectores se les ha tratado con más frialdad: “El confinamiento espacial, el encarcelamiento con diversos grados de severidad y rigidez, siempre ha sido el principal método para tratar con los sectores no asimilables de la población, difíciles de controlar y propensos a provocar problemas”(Bauman 1999 138). A fin de cuentas, esta última palabra es la que cuenta a la hora de definir el significado de los seres que no hacen parte del mundo de la productividad social; por lo pronto el individuo que yace en tales circunstancias debe permanecer alejado, sometido y anclado al sin sentido, a la exclusión de la vida: “Pensó en muchas cosas, pensó que su trabajo se tornaba definitivamente inútil, que la existencia de su persona dejaba de tener justificación suficiente y medianamente aceptable, Soy un engorro para ellos, murmuró [...]” (Saramago 2001 253). Insiste por otro lado el destacado pensador Zigmunt

Bauman en reconocer cuál es el lugar de aquellos que no se introducen al ritmo de vida que el progreso, las ciudades y el comercio señalan. Es lo que ocurre con Cipriano Algor y con una gran población que conforma los cinturones de miseria existentes en las grandes ciudades del mundo: “La población excedente y desocupada de las zonas rurales se ha trasladado a los poblados de chabolas que han brotado en torno a la relativamente acomodada ciudad, atraída por “la esperanza, no la realidad”, dado que “los empleos son hoy más escasos que los solicitantes de los mismos” (Bauman 2006 98).

El *Centro* es quien dictamina los lineamientos para una existencia de carácter global, que en otras palabras también podría significar: regular. Comprendiendo que la regularización tiene como objetivo la estandarización y la homogeneización del ser humano en su experiencia de vida. Por lo tanto, los gustos, los lugares que visita, sus creencias, y demás, son ofrecidas con plenitud desde estos espacios que ya ha entronizado como comunidad. El *Centro* se configura en un subsidiador de sentido para cada ser, en el aspecto en el que sólo desde allí puede el individuo encontrar propuestas para la vida, sea porque encuentre un lugar para vender sus productos y mostrarse a su vez como producto apetecible a una sociedad, es decir, una vida figurativa y plena dentro del espectáculo del consumismo, ya sea como cliente cotidiano de este gran expendedor de sentido vital artificial, o finalmente, como en el caso de Cipriano, porque el *Centrole* asiste con una especie de limosna vital, es decir, una oportunidad para que las personas no desfallezcan y se pierdan en la miseria después de ver una existencia frustrada en medio de la sociedad de consumo. Una vida aliviada momentáneamente si la persona trata de posicionar la existencia bajo los requerimientos con los que se trata al ser en la actualidad, en el que sólo interesa la efímera gratificación del instante y la felicidad personal.

### 4.3 Campo - Ciudad

Se ha referido con anterioridad la existencia de una dialéctica contemporánea presente en *La Caverna*, especialmente por la aparición de nuevos prototipos de vida, entre ellos: lo caduco y lo nuevo, lo artesanal y lo industrial, lo local y lo global, lo permanente y lo efímero. Podría realizarse una lista prolongada que describa tal relación. Por eso, un apartado que haga dicha referencia debe precisar la relación existente entre campo y ciudad. Allí, también radica la idea de progreso; pues mientras la ciudad es casi siempre sinónimo de oportunidad y constante alternativa; el campo, equivale a pesadilla, impotencia y pobreza, tal como lo siente el protagonista de la novela analizada. Desemboca tal dinámica, en la aparición de una nueva dialéctica, a saber, la de riqueza para unos, y la de miseria para otros.

En esa ruptura dialéctica es posible encontrar que tanto en uno como en otro lugar la directriz del ser humano está puesta en la sobrevivencia a ultranza, continuar a como dé lugar en medio de una realidad turbulenta y acuciante. En tanto, el campo se convierte en una despensa para el gasto inmenso que se avecina dentro de las ciudades, y donde las ciudades sin achicar sus fronteras, amplían sus muros hasta engullirlos. Cierta comensalidad vital les acompaña en esa relación, en tanto las fronteras para separar uno y otro lado se vuelven más sutiles y sinuosas.

Tras esa idea de imperceptibilidad que se va prolongando y lo va subsumiendo todo, en el que todo parece posible y próximo, se configura la idea de globalización, caracterizada por un fenómeno de expansión en la que las fronteras y los límites se desdibujan de sus habituales trazos, ya que empiezan a identificarse micro sociedades dentro de otras sociedades, y micro ciudades al interior de algunas ciudades. Esta cascada en seguidilla de fenómenos, conlleva entonces a la entronización de nuevos ejes de poder económico y social en dichos ambientes, tocando por último al individuo, que atento o inerme, sigue los pasos



de estos poderosos ambientes. Podría ocurrir, tal como lo explica Zigmunt Bauman, que unos padezcan tal oferta, y que otros la gocen:

No se les ha arrojado exactamente por la borda: se han caído, más bien, del navío o no han podido seguir su marcha. Forman la “infraclase” de una sociedad que se vanagloria de haber eliminado las divisiones de clase, pero que preserva el recuerdo de éstas en la separación que efectúa entre los perdedores en el juego del consumo (obligados a irse del casino por su propio pie o echados a la fuerza) y los ganadores y los jugadores consumados que disponen de un suministro respetable de dinero que los convierte en solventes (Bauman 2006 135).

Este es el escenario que emerge de la relación social que se da en la confluencia entre campo y ciudad, una lucha insaciable por mantenerse en el círculo del consumo, de gasto, de productividad e innovación. En esta coyuntura, el individuo debe revestirse de tales insumos para mantenerse activo en el circuito social y no ser excluido. Se vislumbra una comunidad de consumo que valora lo novedoso, lo comercial y lo caduco, en tanto transmuta el significado de los aspectos más entrañables de la sociedad, socavando en primer lugar la comprensión de comunidad –en la que sobresale la diferencia como característica fundamental-, siguiendo con la de identidad y finalmente con la de persona. Se abre paso así a una sociedad hedonista caracterizada por el individualismo y que sobrevalora el bienestar y el consumo.

#### **4.3.1 Una idea de Campo**

Inicialmente debe entenderse el campo como el espacio que ha permitido y permite que todo lo demás sea o exista; es el campo el dispensador de las necesidades primarias de la mayoría de ciudades, esto obligaría a una deferencia de necesidad que, en algunas sociedades técnicas, se trata de evadir. Además el campo propone una especie de economía natural en la que los hombres no

manifiestan más interés que el intercambio de los productos y su subsistencia, asociando la vida a un ritmo en el que no se crean mayores necesidades, sino que se busca suplir las inmediatas.

El campo sigue pesando en el imaginario de los hombres y de muchas culturas como un ambiente en el que la naturaleza, la paz, la inocencia y la virtud tienen cabida; una consideración que invita a muchos a retornar de nuevo a las montañas y a lo rural. La temporalidad que allí se habita es contundente al comparársele con el ritmo de vida que la ciudad propone; el campo trae cierto espíritu melancólico que va calando al ser con la reflexión, el sentir y la emoción.

Aunque es imposible considerar que *La Caverna* sea el medio directo para reseñar la importancia del campo en la vida de José Saramago, es factible evidenciar en otros de sus escritos el valor que deposita a este espacio, especialmente porque le reconoce como cuna de sus sueños, de sus primeras vivencias y como fuente de múltiples reflexiones. Aunque el interés interpretativo en ningún momento es el de forzar la lectura para que explique alguna pretensión, existe cierta similitud entre la experiencia de Cipriano Algor en el campo, y la presentada por el mismo José Saramago cuando describe, entre otros espacios, el campo: “Me gustaba estar con la naturaleza sin abstraer nada de ella salvo lo que es en sí misma [...]” (Gómez 2010 31). Y esta es la misma realidad que reseña el narrador de *La Caverna*, cuando expresa que un tema interesante para hablar en casa de Cipriano sería: “[...] el placer de una amena conversación entre puertas habría hecho acudir a su espíritu algún tema más apacible, como el regreso de las golondrinas o la abundancia de flores que ya se observan en los campos” (Saramago 2001 176).

Esa temporalidad no arrolladora que puede presentarse en el campo, obliga a pensar que quienes lo habitan son seres ingenuos, ignorantes e inofensivos; por eso aquel que se desplaza a la ciudad transforma su mentalidad y encuentra que la vida allí conlleva ritmos distintos. *La Caverna* evidencia un problema social, que

redunda en el cuestionamiento existencial de los protagonistas, ya que se observa el interés por encontrar cabida dentro del *Centro*. Este es el referente de la nueva comunidad, donde yace el imperativo de vida del hombre contemporáneo, y quienes dejan el campo o las periferias, sueñan –en su mayoría- poder habitarlo.

#### **4.3.2 Dinámicas sociales**

La ciudad, para contrastar en términos generales los párrafos anteriores, ha de reconocer lo que es gracias al campo, pues le provee de sus productos, insumos y mano de obra económica. Por otro lado, el imaginario de la ciudad se repliega a creer que allí yace la cuna del conocimiento científico, las innovaciones en comunicación y la homogeneidad de sus comunidades, en tanto las luces van llenándolo y transformándolo todo. Allí se configuran micro sociedades que han sido reducidas y donde el sujeto participa de la desidentificación del ser, es decir: el individuo sustrae su identidad de la sociedad, de la moda, del consumo y lo pasajero, cambiándola constantemente y haciéndola volátil y pasajera.

Otros, quienes no se adecuan a tal ligereza, deben llevar el peso de la miseria y la indigencia, asimilando tales rasgos a la incapacidad de respuesta por parte del individuo a las exigencias que el mercado y las tendencias reclaman del sujeto social. Estas dificultades que traen consigo las sociedades contemporáneas, son descritas por Marshall Berman: “[...] ellos mismos, con sus inagotables desarrollos y tratos, lanzan masas de seres humanos, materiales y dinero, de un lado a otro del mundo, erosionando o explotando a su paso el fundamento mismo de las vidas de todos” (Berman 1988 96).

Lo que se halla en *La Caverna*, a partir de las configuraciones de los cinturones y las autopistas que atraviesan el campo y la ciudad, son indicios directos de separación social que se trazan a través de las vías, los centros de producción y la capacidad de consumo. Cada uno de estos espacios amerita un despliegue singular de sus condiciones, pero lo que importa en este caso es que al ser se le ha estratificado, y éste merece en ese sentido un trato concerniente al

lugar que habita. No es por tanto el ser, sino el lugar que se le asigna en medio de una sociedad donde la existencia parece no hallar un centro, ya que aparece móvil, cambiante, insegura, sin procedencia ni pertenencia, desarraigada de todo sentido si no se es competitivo; agónica y vacilante si no se determina desde términos productivos, y por tanto insignificante socialmente. No en vano es prudente leer al pensador citado anteriormente: “Pero dada la capacidad burguesa para hacer rentables la destrucción y el caos, no existe una razón aparente por la cual la espiral de estas crisis no pueda mantenerse indefinidamente, aplastando a personas, familias, empresas, ciudades, pero dejando intactas las estructuras del poder y de la vida social burguesa” (Berman 1988 100).

El campo es apenas el lugar deshabitado de una fuerza que ha debido trasladarse a la ciudad, convirtiendo al individuo en un itinerante vital, haciendo de este un mercenario de la subsistencia en tanto debe seguir los pasos que la industria y los poderes comerciales le indican. La riqueza se desplaza, y aquellos que tratan de seguirla pueden unirse como sus obreros o desfallecer en el intento. La ciudad se convierte en el referente de vida; un lugar de trabajo, apartamento, lujo, consumo, días de laboriosidad, divertimento, encierro. Estos son los postulados de todos aquellos que, abandonando el campo, buscan un espacio en la ciudad.

El habitar el campo está relacionado con la compenetración del ser con un todo que no limita ni reduce. Estar en el campo es la experiencia relacionada con la noción de libertad, de naturaleza y de horizonte. La vida que presenta Cipriano Algor es la expresión de uno que se hace con su entorno y que vive de él. Por el contrario, la ciudad aparece como expresión de la regularidad en la que la vida se presenta diametralmente demarcada, pues los lugares se reducen a ciertos corredores y espacios, por calles similares en las que los hombres no observan paisaje alguno. En la ciudad surge el fenómeno de homogenización en el que el ser cuenta y se hace en tanto produzca y sea útil para la sociedad.

Para subrayar la dialéctica que está siendo explicada no hay necesidad de realizar mayores esfuerzos de oposición, basta transcribir un poema de Alberto Caeiro-poema VII del guardador de rebaños-:

Desde mi aldea veo cuanto desde la tierra se puede ver del universo...

Por eso mi aldea es tan grande como cualquier otra tierra,

porque yo soy del tamaño de lo que veo

y no del tamaño de mi altura...

En las ciudades, la vida es más pequeña

que aquí en mi casa en lo alto de este otero.

En la ciudad, las casas grandes encierran la vista con llave,

esconden el horizonte, empujan nuestra mirada lejos de todo el cielo,

nos vuelven pequeños porque nos quitan todo y tampoco podemos mirar

y nos vuelven pobres porque nuestra única riqueza es ver.

(Caeiro 1997 67).

A pesar de mostrar la unión con el cosmos y la apertura con el mundo, el campo queda restringido al reducido interés productivo, a la hora de obligarle a producir alimentos y lo necesario para que otras localidades subsistan. Esta idea flaquea en ocasiones, especialmente cuando la misma ciudad provee para sí misma a través de la técnica y los avances en el cultivo artificial del alimento para su población. Queda el campo por lo tanto excluido directamente de cualquier

importancia. Por eso, el campo se hace imagen de lo local, pues la existencia en la misma aparece reducida, sin experiencias ni movimiento alguno, mientras las migraciones más importantes de su población se dirige a las ciudades más próximas, donde se vivencia de manera palpable la comprensión de lo global. Las nuevas disposiciones del ser así lo ameritan; el movimiento, un ser insaciable e inagotable son fundamentos aprovechables en este espacio. Aunque en ocasiones la ciudad traiga consigo ciertas contradicciones: estrechez, límites, suciedad, etc, la comprensión de lo global habita al sujeto hacia tal perspectiva, convirtiendo tal mirada en la ruta trazada por el ser humano:

Los muros que antes rodeaban la ciudad ahora la cruzan y se entrecruzan en varias direcciones. Vecindarios cercados, espacios públicos rigurosamente vigilados y de acceso selectivo, guardias armados en los portones y puertas electrónicas; todos ellos son recursos empleados contra el conciudadano indeseado más que contra los ejércitos extranjeros, los salteadores de caminos, los merodeadores y otros peligros desconocidos que aguardaban más allá de los portales (Bauman 1999 65).

La clara descripción del pensador contemporáneo se convierte en imagen especular de la problemática que la condición humana presenta. Lo público que se hace privado, en tanto la dinámica de vigilancia permanece sobre el individuo, especialmente a través de nuevos ojos sociales empotrados en la productividad y en la rentabilidad del individuo. Cualquier resistencia a esta perspectiva vital es reducida al desplazamiento y a la exclusión. Al respecto de tal brecha, el narrador de *La Caverna* proyecta las dimensiones de la misma en la obra: “Cipriano Algor tuvo tiempo de observar que la línea limítrofe de las chabolas parecía haberse dislocado un poco en dirección a la carretera, Cualquier día vuelven a empujarlas hacia atrás, pensó” (Saramago 2010 270). Con dicho movimiento, también se le indica al individuo que ciertos espacios le son restringidos, pues la existencia se

soporta bajo el espectro de la aceptación conjunta que desde los centros de poder y producción se proyecten<sup>45</sup>.

La vida del campo es la exposición más próxima que la existencia podría proponer al unirse con el cosmos. Este habitar solo y con muchos, en medio de las montañas, los ríos y las praderas permite comprender que se es con un espacio que clama. Contrariamente la ciudad hace que la vida se estreche y no existan otros, ni horizonte alguno; el cielo en su sentido más figurativo se extravía para el hombre. A pesar de describir la ciudad como un lugar encerrado, paradójicamente es el reflejo de lo global, pues sólo allí el movimiento se presenta como posibilidad continua, y todo es dado para que el hombre esté en ese fluir constante, donde el ser no haya ni puede encontrar descanso, pues parar significa fenecer. Por lo tanto, el hombre vive limitado, con la creencia de que es libre. Esta sensación de limitación y anquilosamiento es la experiencia de Cipriano Algor en el *Centro*, y el narrador la detalla así:

[...] es Cipriano Algor quien se encuentra confrontado con la peor de las situaciones, la de mirarse las manos y saber que ya no sirven para nada, la de mirar el reloj y saber que la hora que viene será igual a esta que está, la de pensar en el día de mañana y saber que será tan vacío como el de hoy. Cipriano Algor no es un adolescente, no puede pasarse el día tumbado en una cama que apenas cabe en su pequeñísimo cuarto [...] (Saramago 2001 397).

Lo anterior evidencia que lo global a lo que se expone la ciudad y el *Centro*, a pesar de las innovaciones y las invenciones que se desarrollan no van a generar en el individuo expectativas de vida y de encuentro con el sentido de la misma, sino que en ocasiones lo que logra es, paradójicamente, extinguir cualquier ímpetu

---

<sup>45</sup> “Estos son los vagabundos; oscuras lunas errantes que reflejan el resplandor de los soles turistas y siguen, sumisas, la órbita del planeta; mutantes de la evolución posmoderna, monstruosos marginados de la nueva especie feliz” (Bauman 1999 121).

y deseo vital, haciendo de la vida confinamiento y trabajo. Zigmunt Bauman también se refiere en primera instancia a la condena a la cual se somete al ser humano actualmente:

La inmovilidad forzada, la condición de estar amarrado a un lugar y no poder desplazarse a otro, aparece como un estado abominable, cruel y repugnante; la prohibición del movimiento, más que la frustración de un deseo real de moverse, es lo que lo vuelve tan detestable. Que a uno le prohíban moverse es el símbolo más elocuente de la impotencia, la discapacidad [...] y el dolor (Bauman 1999 158).

El *Centro*, es una ciudad dentro de otra ciudad, y ésta se configura localmente pero con una dosis de globalidad en un espacio para encontrarse con el mundo entero en tan sólo “nueve millones ciento treinta y cinco mil metros cúbicos” (Saramago 2001 132). En ese espacio es posible encontrarse con las maravillas del globo terráqueo y demás lugares inolvidables, tan sólo a un paso de distancia de un espectáculo a otro. Pero no hay que olvidar que las políticas que la globalidad dicta, suministran las directrices del comportamiento del ser humano, quienes no se ajustan, deben emigrar a espacios más inhumanos. El no moverse, implica que otros sean los dueños de los movimientos y rijan por lo tanto la existencia al interés de unos cuantos, pues se garantiza con ello un sometimiento, donde la sociedad está sujeta a lo que el gobierno, la política, los medios, el mercado y demás poderes industriales que administran el poder, consientan para el ser humano y su futuro.



## 5 La Caverna: El corazón del Nihilismo

El ejercicio hermenéutico es una herramienta que despierta cada vez más interés en la contemporaneidad, gracias a la perspectiva creativa y propositiva que desde allí se vislumbra. La aproximación, desde el análisis filosófico, a la obra de arte, es un camino recorrido en la historia por múltiples figuras del pensamiento occidental, quienes ya descubrían ese ejercicio como un instrumento más para interpretar y apropiarse de la realidad, la vida y el mundo. Esta apertura está acompañada del fenómeno nihilista en el que aparecen nuevas comprensiones del mundo y del hombre, permitiéndoles redefinirse de acuerdo a los nuevos valores y a la actuación de fuerzas modeladoras de la sociedad. Es el espacio para un nihilismo que acepta la diversidad y que la impone, y en el que no logra afincarse ningún tipo de dogmatismo.

La tarea que se le asigna a la filosofía y a la sociedad misma, desde una lectura de José Saramago, ha de coincidir con esa propuesta hermenéutica que Vattimo reseña desde la nueva *Koiné*, la cual presupone un ejercicio de interpretación que parte de la multidiversidad de lecturas y versiones que orientan el análisis de la realidad desde la filosofía (Cf. Vattimo 1995 38). Un trabajo que simultáneamente impide cualquier homogenización del hombre; su esencia es la diferencia y su destino es proyectarse a un mundo que no oficializa una verdad. Nihilismo y hermenéutica son las propuestas para que la razón ontológica y vital del hombre se encuentren a cada instante y se reconstruyan con el fin de potenciar la vida.

No es el hombre el protagonista de estas épocas; como lo describe bien Vattimo<sup>46</sup> y Saramago desde su obra, esta es la época de la sistematización de la vida, en la que la mayoría de los espacios se han regulado: trabajo, vivienda,

---

<sup>46</sup>En el Fin de la Modernidad, se denuncia cómo la experiencia de la realidad se ha reducido a imágenes; la sistematización de la vida a relegado al hombre a un puesto sin protagonismo (Cf. Vattimo 1985 14).

familia, consumo, ilusiones. Sin embargo el hombre se abre paso en medio de esta propuesta, y *La Caverna* de José Saramago ilustra cómo el ser sigue el ritmo de estos tiempos y los enfrenta con la radicalidad que la vida le exige, en medio de una sociedad transformada, liderada por otras instituciones y nuevos valores.

### **5.1 Una sociedad Nihilista**

Aunque el nihilismo a veces ha sido juzgado con ciertas miradas polémicas, oscuras y un tanto estremecedoras, se entiende aquí como un proceso que invita a despertar; es un nihilismo que sacude al ser y lo somete a nuevas vivencias, en tanto estas se convierten no en fin, sino en fase para nuevos procesos existenciales, de opciones y decisiones que se habilitan para el mismo; comprendiendo que muchos de los aspectos que emergen, no se han decidido vivir; sólo devienen como procesos histórico y socio culturales. Franco Volpi explica claramente la mirada de Vattimo, cuando comprende que el nihilismo se apropia de las vivencias contemporáneas del hombre:

[...] Vattimo ha afirmado la exigencia de renunciar a las categorías fuertes de la tradición filosófica occidental y ha esbozado una “ontología débil” que pretende reconocer y aceptar el devenir en su facticidad, sin adjudicarle un sentido que lo trascienda y sin imponerle formas, categorías o esquemas interpretativos fuertes, que terminarían inevitablemente por inhibir el fluir. Justamente este anquilosamiento es, según Vattimo, lo que caracteriza a la metafísica tradicional, la cual, con su búsqueda de una explicación “trascendente” de todo lo que es, representa una reacción de defensa excesiva: es el indicio de un pensamiento que soporta mal el carácter imprevisible del devenir. En contra de ella, Vattimo propugna una actitud filosófica que no elimine ni intente torpemente reconducir a la unidad la fragmentación de lo real, la irreducible diversidad de los juegos lingüísticos y las formas del saber, ni tampoco padecer todo esto como una circunstancia inevitable, sino

que lo acepte como característica esencial y positiva del mundo contemporáneo. [...] saluda la diversificación y la fragmentación y, por tanto, la pluralidad y la inestabilidad, como aspectos intrínsecos de lo real, a ser reconocidos como tales en su carácter positivo, sin pretender reconducirlos a la unidad y a jerarquías fuertes construidas desde lo alto o desde el exterior (Volpi 2006 157).

El nihilismo social se convierte en una forma de vía contraria a todo intento de trascendentalización. El nihilismo supone una culminación; el fin del ser que viene expuesto radicalmente por la comprensión de la finitud que acompaña a la vida. Por lo tanto, la sociedad se hace pasajera, momentánea, y el ser con ella a su vez se hace *factum*; un instante que sólo merece ser vivido como fracción, como segundo. Y ese recorrido, dure lo que dure, es la mejor disposición para la consumación del nihilismo social que ya intuía Nietzsche<sup>47</sup> cuando vislumbraba la plenitud del nihilismo como fin último y punto de partida para otro comienzo; en tanto el hombre se acople al mismo, para vivirlo como única opción de soberanía sobre sí mismo. Pensar que la historia no tiene una pre-consabida secuencia de sucesos, al igual que el hombre, quien no camina constitutivamente hacia un fin, es dejar que el hombre participe como un suceso más, y que dentro del concierto de fenómenos que le rodean, él derive como otro, al que es imposible de anticiparle cualquier futuro, cualquier refugio o cataclismo.

La experiencia nihilista se asume en la contemporaneidad como una experiencia que interpela directamente al ser en todas sus dimensiones, pero que obviamente recalca profundamente en el ámbito social. Ser y sociedad en ese sentido construyen un inter-espacio en el que subyacen caminos, sentidos y configuraciones que les reconstruyen y les dimensionan de nuevas formas. Una

---

<sup>47</sup> En el texto *Voluntad de Poderío*, Nietzsche deja entrever los cambios drásticos que se avecinan para una sociedad que vive el nihilismo: "Toda nuestra cultura europea se agita ya desde hace tiempo, con una tensión torturadora, bajo una angustia que aumenta de década en década, como si se encaminara a una catástrofe; intranquila, violenta, atropellada, semejante a un torrente que quiere llegar cuanto antes a su fin, que ya no reflexiona, que teme reflexionar" (Nietzsche 1981 29).

vez más, no es en vano hablar en José Saramago de un nihilismo ontológico en el que el ser se redefine, pues ha perdido su significación y su sentido. Para el narrador la experiencia nihilista no es otra que la de un viaje que comienza pero que no muestra claridad; un viaje que no promete sino incertidumbre, angustia y desarraigo. Por lo tanto, el nihilismo trae consigo la experiencia de un movimiento violento que toca las fibras más profundas del ser, en la que todo ha de configurarse de nuevo a partir de la consolidación de nuevos valores y representaciones del mundo.

En *La Caverna* el nihilismo se presenta en una de sus instancias de forma aniquilante, destructora, pues el ser vive inserto en una sociedad que avala el rechazo, la exclusión y la eliminación. Dentro de su mecánica productiva y vital, están aquellos que ocupan un espacio reservado de miseria, penuria y dificultad. Salir de ese cinturón no es fácil. Por otro lado, los que viven en condiciones no precarias, están sometidos a las implacables leyes del mercado, donde hoy encuentran un lugar, siendo el mañana totalmente incierto. La existencia del ser se identifica con una realidad oscilante, en ocasiones en declive, donde el hombre no reconoce aún terreno estable. Sin embargo, este no parece ser otro panorama distinto al que ha estado acostumbrado el ser humano, pues sabe que su esencia es devenir. José Ortega y Gasset lo explicaba bien, cuando con palabras simples desentrañaba esos misterios que se acunan en el hombre: “La único que hay de ser fijo y estable en el ser libre es la constitutiva inestabilidad” (Ortega y Gasset 1984 66). Así mismo, al ritmo del ser humano, la comunidad, las instituciones, los modelos económicos y demás mecanismos sociales en el que participa el sujeto, son depositarios iniciales o finales de las transformaciones que están sucediéndose constantemente.

## 5.2 Nihilismo activo y reactivo

El nihilismo surge en la propuesta narrativa de Saramago a través de la experiencia vital de sus protagonistas, especialmente de Cipriano, quien debe enfrentar procesos complementarios y a veces antagónicos, tales como la destrucción y la creación, el amor y la tristeza, de rebeldía y resignación, el encontrar sentido y desfallecer. Esta es una primera directriz para hallar el proceso nihilístico presente en la novela. Pero entiéndase que el nihilismo no es una cuestión de opuestos, son en cambio, circunstancias vitales<sup>48</sup> que se complementan de forma activa y reactiva, de forma positiva y negativa.

Compréndase esta división en el nihilismo como fuerzas que están cursando constantemente en la vida y que se presentan con estremecimiento en la figura de Cipriano Algor. Este personaje experimenta a lo largo de la obra una serie de síntomas y escisiones que le hunden o que le elevan a tomar en toda su dimensión el peso de su existencia. Pero no sólo en Cipriano se encuentran estas fuerzas, también en el *Centro* mismo se configura una perspectiva de vida que entraña cierto nihilismo.

El tránsito de un oficio de tipo artesanal a un mercado industrial genera en Cipriano multiplicidad de inquietudes y de estados del alma que le sacuden radicalmente. Saber que el mundo en el que vivía, no es el mismo que ahora habita es algo sorpresivo e irrefrenable a la vez; su vida se convierte en una lucha de pulsos, en el que las condiciones y el tiempo fluctúan.

La fuerza activa nihilista está presente en los rumbos comerciales del *Centro*, pues invita a la sociedad a una adaptación casi impuesta, dominante; en el que se destina el interés económico y útil por encima de otros fines. Esta demanda pretende cobijar a la sociedad entera, pues ella se transforma en sociedad de consumo, siendo ésta –la sociedad- portadora de una fuerza reactiva en la que se

---

<sup>48</sup>Ernst Junger al definir el nihilismo lo refiere de la siguiente manera: “También es empleado de modo polémico. Sin embargo, hay que presentar el nihilismo como gran destino, como poder fundamental, a cuyo influjo nadie puede sustraerse” (Junger 1994 22).

observa obediencia y conformismo. Es la misma fuerza que acompaña al individuo que quiere subsistir en la vida y que se ha habituado a vivir en condiciones especiales. Cualquier movimiento o cambio que sobrevenga en él, como en el caso del *Centro*, conllevará a presenciar en el sujeto la reacción natural de lo inesperado. Toda fuerza que devenga al individuo y le invite a obedecer, a acoplarse, tal cual le ocurre a Cipriano, le permite palpar la fuerza reactiva en la que encuentra sólo sometimiento y orden. Deleuze explica esta tipología a partir de las siguientes características: “[...] es una fuerza que conlleva a la adaptación, que separa al sujeto de todo aquello que puede y que se vuelve contra el individuo mismo” (Cf. Deleuze 1971 89). Bajo ese espectro, se podría explicar lo siguiente: el individuo se adapta a una sociedad de consumo en la que cualquier escape le condena a la exclusión, derivando así al conformismo y a la adopción de la despersonalización, en la que yace finalmente la destrucción y la imposibilidad de ser.

Esa fuerza mina cualquier posibilidad creativa del individuo, pues se observa reducido ante los condicionamientos imperantes. Por ejemplo, la artesanía no es valorada en un mundo técnico e industrial, de allí que desaparezca y los artesanos se vean obligados a cualificar su producción y trabajo. La fuerza activa del *Centro* absorbe todo intento de fuerza activa del individuo, pues su creatividad, su productividad, su técnica, su poder, alimenta la fuerza subyacente del *Centro*, mientras el sujeto una vez más debe enmarcarse al enrutamiento que el *Centro* haga de estas fuerzas que le ha arrebatado al individuo. Aunque puede sonar un poco extraño, ese dominio de la estructura comercial, económica y del mercado que corresponde al *Centro*, es quien de forma directa le indica al ser humano cuáles son los ritmos y formas de vida en su momento. De allí que se valore aquello que es nuevo, aquello que crea necesidades en la población, lo que divierte, lo que simula, lo que genera seguridad y exclusividad. El hombre que vive bajo tal reactividad, se expone a luchar en contra de un poderío omnímodo; así logra evidenciarlo Cipriano, Marta y

Marcial; ellos se enfrentan a una época que les gobierna desde la técnica y la eficacia, en la que se esfuerzan por responder, se recrean, se reestructuran y cambian, sin resultado alguno, pues vuelven a ser arrasados por el dominio del *Centro*.

El individuo ostenta la alternativa de implementar una fuerza activa a la hora de presenciar una oportunidad para encontrar nuevos rumbos, aunque éste sea desconocido. La oportunidad para hallar nuevas vías en la vida, sería una fuerza motora y dadora de sentido. Esto es lo que ocurre al final de la narración, en la que Cipriano Algor encuentra la energía para comenzar un viaje que no tiene destino, pero que es el camino liberador para hallar sentido a su vida. Es en estas circunstancias en las que el individuo se hace superior; logra tanta fuerza como la impartida por una institución como el *Centro*; cuando el individuo logra zafarse de esa fuerza dominadora para procurar la propia y enseñorearse de la misma, este sujeto logra un “sí mismo”<sup>49</sup> brindándose una personalidad y obteniendo la capacidad para resolver su existencia de forma original.

Como se explicó antes, esa fuerza activa también posee ciertos rasgos, destacándose entre otros el dominio, buscar lo que se puede y obtener placer de las acciones (Cf. Deleuze 1971 89). Como se enunciaba en fragmentos anteriores, la vivencia de esta fuerza recae en el *Centro* y también es probable que el individuo la ostente. Cipriano Algor, como en una especie de transición, encuentra tal fuerza al final de la narración, pues halla el dominio de su realidad a la hora de enfrentarla con toda su radicalidad; evidencia que lo puede todo aunque nada tenga, pues se hace dueño de un ser que es baldío para los demás, comenzando un viaje que no conoce ni límite ni destino alguno, en el que sólo se pretende vivir y convivir con los que se ama.

---

<sup>49</sup> Categoría expuesta por Deleuze cuando explica la fuerza activa, al decir: “Las fuerzas activas del cuerpo, he aquí lo que hace del cuerpo un «sí mismo» y lo que define a este «sí mismo» como superior y sorprendente: «Un ser más poderoso, un sabio desconocido – que tiene por nombre «sí mismo» (Deleuze 1971 63).

Esa experiencia radical de la vida dentro del *Centro*, que ha conllevado a vivir de acuerdo a las dinámicas del mercado y del consumo, lentamente socava la pregunta por el ser y por su futuro. Una vez se ha experimentado esa sensación de encierro, de vaciamiento, de rutina y de simulación que la vida dentro del *Centro* representa, Cipriano se lanza y opta por otra vía: decidir activamente por su vida, así esta no lleve a ninguna dirección. Aunque para Marta y Marcial sea una locura que Cipriano Algor se vaya del *Centro*, éste prefiere tal opción, pues es lo único de lo que es dueño, de sus decisiones, de su actuar y de su destino. Por eso, aunque el *Centro* simboliza la seguridad y la posibilidad de sentirse parte de una sociedad, Cipriano prefiere asegurarse el derecho a decidir por sí mismo, aunque esto signifique el ostracismo, la soledad y la ruina; nada distinto a aquello que desde la tradición, desde el campo y desde el olvido se avizora en la figura de Cipriano. Esta es una opción personal que se impone Cipriano y que le posibilita crear nuevamente una esfera vital a la cual arraigarse. Este tipo de fuerza activa reclama su arranque en estos momentos de crisis; un poco más de ello sirve para que Cipriano encuentre cierta emancipación; saberse perdido a conciencia y con todas sus posibilidades, esto es lo que realmente le libera y le permite asumir de nuevo su vida: “[...] Decidiréis vuestra vida, yo ya he decidido la mía, no voy a quedarme el resto de mis días atado a un banco de piedra y mirando una pared [...]” (Saramago 2001 437).

Retomar el camino de la vida, aunque no se tenga certeza alguna de qué pasará es la opción de Cipriano Algor, y se convierte en dueño de su destino y de su realidad. Sólo a través de esa decisión Cipriano comprende que la vida se hace enconradiza, incluso cuando no se tiene esperanza alguna. Marchar aunque parezca que no hay camino alguno: “Los preparativos del viaje ocuparon todo el día siguiente. Primero de una casa, luego de otra, Marta e Isaura escogieron lo que consideraron necesario para un viaje que no tenía destino conocido y que no se sabe cómo ni dónde terminará” (Saramago 2001 452). Este es un viaje que no reconoce destino alguno, pero que por lo pronto muestra dos caras. En primer



lugar, es un viaje que busca negar la coerción y el dominio de las fuerzas económicas y sociales con las que el *Centro* se reviste; es decir, niega así el interés contemporáneo de las instituciones de prever, medir, calcular y garantizar cada movimiento. Por otro lado, muestra también esa tendencia del mundo a negar cualquier tipo de ordenamiento, en la que sobresale cierto caos configurando con ello una normalidad a tientas, en la que algo acontece, donde al final de cuentas todo ha de llegar. Salir de allí es el viaje de la vida que se retoma de nuevo; es volver a recorrer el camino pero en sentido contrario, pues este trayecto se muestra siempre incierto e inseguro. Las promesas del *Centro*, del progreso y de la civilización allende a la perfección y a la eficiencia, han impedido vivir la vida en todas sus dimensiones, impidiendo contemplarle y asombrarse con la misma.

### 5.3 El nacimiento del Centro nihilista

La muerte de Dios es la puerta abierta para la crisis del humanismo, así lo advierte Vattimo al considerar que estos dos factores están unidos. En *La Caverna* la muerte de Dios coincide con la entronización del *Centro* como espacio redentor; lugar santo que acoge a la sociedad desamparada y único sitio dador de sentido; aparece así el protagonismo del *Centrocentrismo*-como un juego de palabras con las que se ilustra la preponderancia del mismo y en el que desaparece el significado del ser<sup>50</sup>-. Nietzsche también lo recalca cuando muestra que son otras las preocupaciones, otros los valores los que marcan el paso del hombre:

[...] En resumen: las categorías fin, unidad, ser, con las cuales hemos atribuido un valor al mundo, son desechadas de nuevo por nosotros, ahora el mundo aparece como falto de valor [...] Resultado: la creencia

---

<sup>50</sup>Aparece una vez más, en su prolífica comprensión de la realidad, Gilles Lipovetsky explicando los fenómenos que reconducen al individuo contemporáneo, en este espacio explicando que lo trascendental tiene cabida en nuevos moldes: “Nos hemos vuelto alérgicos a las prescripciones sacrificiales, al espíritu directivo de las morales doctrinarias; en la época posmoralista, el deber ya sólo puede expresarse en tono menor; los supermercados, el marketing, el paraíso de los ocios han sido la tumba de la religión del deber” (Lipovetsky 2011 51).

en las categorías de la razón es la causa del nihilismo; hemos medido el valor del mundo por categorías que se refieren a un mundo puramente ficticio (Nietzsche 1981 37).

Se oculta, tras el velo de la sociedad de consumo, un nihilismo tajante que despersonaliza y niega la identidad del ser humano. El *Centro* es la figura emblemática en la que habita el nihilista del siglo XXI. Así, el movimiento continuo y avasallador al que se ha sometido el hombre contemporáneo no es más que un concierto de imágenes estáticas en la que se garantiza el funcionamiento de la industria, del trabajo, de la producción y de todas aquellas herramientas de eficacia técnica y comercial que la sociedad contemporánea sugiere a las instituciones económicas y al individuo mismo.

El esnobismo que aporta el *Centro*, que a su vez es la gran fantasía de todo aquel que lo habita o lo visita, es el testimonio directo de una imagen fija y permanente: las marcas, el entretenimiento, los ritos, todos ellos se han transformado, pero el sujeto los vive como ulteriores a una vida que sólo cobra sentido bajo ese sistema. Esta no es la comprensión inicial de un nihilismo con los revestimientos de la negación, como en ocasiones distorsionadamente puede ser entendido, sino que ha de verse como el estancamiento del hombre en la imagen, en la representación del mundo, imposibilitándole cambio alguno y conduciéndolo a seguir el curso de un sistema que lo arrastra mecánicamente, como un autómatas. El *Centro* es el gran dador de vida y de dicha a través de su repetida producción de lo mismo.

El anquilosamiento, la repetición, este mundo iconográficamente estático, nihilista, se funda además en un mundo técnico que soporta a su vez el control de dicho sistema. Cipriano Algor es un buen ejemplo de cómo la técnica le gobierna y le aferra al nuevo modelo; su sistema artesanal no es atractivo, debe producir en serie; su vida en el campo debe reajustarse a un nuevo tipo de vivienda urbana donde el aire es controlado; la representación de la muerte asentada en el

tradicional cementerio, es camuflada en la ciudad a través de una chimenea misteriosa, libre de símbolos o representaciones que rememoren antiguos sentimientos trascendentales; la soledad del campo es reemplazada por el bullicio sonoro y visual del comercio dentro del *Centro*; los anchos caminos rodeados de bosque se reemplazan por rápidos ascensores y estrechos corredores vigilados. Todo lo anterior es el clima del nihilismo soterrado en el *Centro*.

Nihilismo es dejar al *Centro* en el eje mismo de la comprensión del ser humano; no es el ser la clave para la comprensión del mundo, sino el *Centro* quien da las claves de interpretación para reconocer la realidad y los secretos ónticos más profundos. Nihilismo que posibilita la autoridad del *Centro* sobre la persona, ya que se le venera como perfecto, justo y exacto, haciéndose dueño –la autoridad del *Centro*- de lo humano:

[...] el fin parecía establecido, dado, exigido desde fuera, es decir, por alguna autoridad sobrehumana. Al dejar de creer en ésta, se buscó, sin embargo, según la antigua costumbre, otra autoridad, que supiera hablar de forma absoluta y pudiera ordenar fines y tareas. La autoridad de la conciencia [...] O la autoridad de la razón. O el instinto social [...] O la historia (Nietzsche 1981 40).

El Centro está revestido de los apegos del consumismo, el libre mercado, la alienación, la simulación, la moda y la tendencia; estos aspectos de manera lógica también afectan al individuo; se convierten en esas otras autoridades que en la sociedad absolutizan la vida, y la reducen a ciertas vivencias o experiencias. Quizás el hombre cree que alcanza una posición privilegiada si ocupa un papel protagónico en las dinámicas que posibilita el *Centro*, y obviamente, esta es la intención particular que el consumismo y el capitalismo trata de inocular a través del mercado, la propaganda y los medios a la sociedad. La otra alternativa, ejemplificada por el mismo Cipriano, consistió en escapar de dicho centralismo y de esa manera ubicarse en la circunferencia marginal donde todo punto es apenas

referencia del *Centro*. Hacia ese lugar se dirige el narrador cuando muestra a Cipriano huyendo; de la sociedad no puede escapar, pero opta por la periferia. Allí la realidad y el mundo se hacen naturales, claros y concretos ante el individuo; en el centro comercial sólo existe simulación, representación.

Piénsese el nihilismo, en palabras generales, como otra senda que comúnmente no está trazada, y en la que cada quien va recreando su destino. Es una vía de debilitamiento o de des-entronización de las rutas comunes. En *La Caverna* se establecen dos caminos: el que toma el *Centro*: cómoda salida en la que el individuo se homogeniza y se despersonaliza -reflejo de ello Cipriano Algor y su familia cuando habitan el *Centro*-; y en segundo lugar: ubicado especialmente al final de la novela cuando el alfarero decide salir del *Centro* y derivar su vida a un fin desconocido, quizás el más seguro de ellos: el fracaso financiero, ciertos rechazos sociales, entre otros. Para Gianni Vattimo este es realmente el fin del nihilismo: un ser para el que *ya no queda nada*. Esta es la experiencia, también perentoria, en la historia que protagoniza Cipriano Algor, quien encuentra finalmente un nuevo sentido de vida, a pesar del ofrecido por el *Centro*. Se efectúa entonces, un nihilismo activo –como se reseñaba anteriormente-, del que Cipriano se hace dueño, mostrando efectivamente un rumbo y las condiciones para asumir la vida a partir de esferas que sólo le aseguran posibilidades y no condiciones como las que le determinaba vivir el *Centro*.

Esa primera vía sería considerada como la propuesta nihilista del *Centro*, respaldada por la mano del desarrollo y la industrialización que se impone en las últimas épocas. Es un nihilismo que reforma prácticas, posiciona nuevos valores y conduce a la sociedad desde otras perspectivas; por ejemplo, con las lentes del *Centro* no hay cabida para la compasión o la comprensión; por el contrario, se presentan los valores de la rentabilidad, la efectividad y demás intereses que fortalecen el corazón de la industria. Pero fuera de esto, tendría que hablarse de la reconfiguración de los valores al interior del mismo *Centro* como receptáculo de la vida social, donde aparece: el anonimato, la vigilancia, la obediencia, el

consumismo, el encierro, la sospecha y demás. Siendo aspectos contrarios a los que una familia rural podría experimentar. Aparte de esto se siembra la fábula de haber mejorado las condiciones de vida –pues todo está al alcance de la mano, existe seguridad y vigilancia-; es la recreación utópica de una sociedad organizada, perfecta, sin pobreza y sin problemas.

Esta es una experiencia humana que, como decíamos antes, se ha cultivado con el asentamiento expansivo del capitalismo y el neoliberalismo. El *Centro* propone un simulacro de la realidad, con el fin de proporcionarles a las personas el acercamiento a múltiples experiencias propias del ser humano en un mismo lugar.

Si, cuando vinieron para conocer el apartamento, hubieran utilizado un ascensor del lado opuesto, habría podido apreciar [...] muchas otras instalaciones que en interés y variedad nada les deben a las primeras, como son [...] un centro para tercera edad, un túnel del amor, un puente colgante, un tren fantasma, [...] un cielo de verano con nubes blancas flotando, un lago, una palmera auténtica, [...] un himalaya con su everest, un río amazonas con indios, una balsa de piedra, un cristo concorvado, un caballo de troya, una silla eléctrica, un pelotón de ejecución, un ángel tocando la trompeta, un satélite de comunicaciones, una cometa, una galaxia, un enano grande, un gigante pequeño, un fin, una lista hasta el punto extensa de prodigios que ni ochenta años de vida ociosa serían suficientes para disfrutarlos con provecho, incluso habiendo nacido la persona en el Centro y no habiendo salido nunca al mundo exterior (Saramago 2001 400-401).

Ese emplazamiento de la realidad en un mismo punto, bajo el mismo techo, y entre los mismos muros es deudora de la técnica, y que a su vez ha socavado la contemplación de la naturaleza y la realidad, debido al afán de simulación al que se ha acoplado el hombre contemporáneo. Esta no es una experiencia humana

nueva, el ser humano se acomoda cada vez más a estas improntas particulares de la época, sin embargo no deja de ser afectado por sus múltiples repercusiones. Deberíamos referirnos al hombre que vive dentro del *Centro* como un ser de ficción, pues allí encuentra el reemplazo y la fabricación misma de la naturaleza, de la historia, de la religión y hasta de los misterios cósmicos. Nada escapa al dominio del *Centro*, allí todo es posible y todo está cerca. Para qué otro mundo, se preguntará quien asista al *Centro*, ya es posible volver a vivir en La Caverna platónica.

### **5.3.1 *La Caverna*: el descenso como ascenso**

El encadenamiento en la vida de Cipriano Algor se precipita en el momento en que él decide ir a vivir al *Centro*. Cipriano obedece y sigue la vida que la sociedad de consumo sugiere. Se convierte entonces en un espectador de ese mundo y sólo reacciona en el instante en que descubre la insólita escena que yace en las excavaciones del *Centro*. Allí, Cipriano retoma el sentido de su vida, y es capaz de quitarse la venda que cubre sus ojos, en tanto el sentido que hasta entonces conservaba su vida era el de las pulsaciones comerciales, todas ellas atendiendo al hombre no excluido, partícipe de núcleos sociales activos; algo totalmente diferente a lo que realmente es: un artesano, viudo, solitario, campesino y anciano.

A Cipriano Algor, como al hombre actual, se le reducen las alternativas, en este caso, el nihilismo se convierte en intento de salida a una seria escena de dominio que es personificada por el *Centro* mismo. Salir, huir y no saber, se convierte en alternativa que, después de elegida, posibilita sin fin de opciones. Este proceso comienza al final, cuando se develan o descubren los engaños y el verdadero significado del *Centro*, el cual se encuentra en las bases mismas del edificio. Un tipo de descenso a los infiernos para encontrar su imagen allí, encadenada, sin vida, oscura; nada distinto a lo que está viviendo unos pisos arriba junto a su familia.

La figura del descenso no es en vano, tiene cierta concomitancia con la figura de Zaratustra, quien baja de la montaña, o la caída vertiginosa del águila que se lanza a pique por su presa. En esa dirección se encuentran otras alternativas, otras posibilidades, sólo devenir; aquí yace *el chance* que tanto anuncia Vattimo.

Este punto especial del descenso, debe ser también leído como una propuesta inversa al platonismo. Mientras que Platón habla en el séptimo libro de *La República* de un esclavo que sale del mundo de las sombras y reconoce en la realidad y en la naturaleza las figuras que antes sólo eran percibidas por medio de tinieblas. Una vez sale, este hombre cree haber encontrado claridad y comprensión a su mundo. En cambio, el narrador lleva a su protagonista hasta el corazón del mismo *Centro* y en el abismo de la oscuridad, en la soledad, en la muerte, identifica la mentira, el engaño y la falsedad; esta comprensión le exhorta a salir de ese mundo de representaciones que le rodean de seguridad:

[...]Qué hay abajo, volvió a preguntar Marta después de haberse sentado, Abajo hay seis personas muertas, tres hombres y tres mujeres, No me sorprende [...] se trataría de seres humanos [...], Si hubieses bajo conmigo comprenderías, todavía estás a tiempo de ir allí, Deje esas ideas, No es fácil dejar esas ideas después de haber visto lo que he visto, Qué ha visto, quiénes son esas personas, Esas personas somos nosotros, dijo Cipriano Algor, Qué quiere decir, Que somos nosotros, yo, tú, Marcial, el Centro todo, probablemente el mundo[...]. Con voz firme, Cipriano Algor decía, Vosotros decidiréis vuestras vidas, yo me voy (Saramago 2001 436).

Es importante rescatar que Cipriano, como despertando del letargo en el que transcurrió todo el tiempo, finalmente reconoce que los valores que le impone el *Centro* no son propiamente aquellos que le permitan encontrarse con su ser, sino que le enajenan cada vez más, volcado a un ser no propio, pero sí multitudinario,

uniforme; en el que a su vez no se identifica el mundo con los ojos de la realidad, sino que se camufla con los tonos de la perfección, la técnica, la productividad, la eficiencia y el orden. Cipriano reconoce, en el fragmento anterior, que estar en el *Centro* significa estar muerto; que no existe diferencia entre la osamenta hallada y la forma en la que ellos se encuentran allí: anclados, sometidos, esclavizados por las innumerables representaciones, encerrados. Presenciar la escena final de los cadáveres que yacen contra los muros en la profundidad del *Centro*, le permite rehacer sus propios valores, aunque la impresión para las demás personas sea un ejemplo obvio de la locura y el fracaso de uno que no supo aprovechar los privilegios del *Centro*. Sin embargo, para Cipriano, esta es la oportunidad para oponerse al corriente espectáculo y huir de sus imposiciones, destruyendo los imperativos supremos de una estructura dominante que modela los valores del gasto, del consumo, de la seguridad, de la efectividad y el control social.

Una vez más podría referirse la mirada nihilista de *La Caverna*, al mostrar cómo la realidad evidencia una fábula en creación, es decir, una fuerza narrativa que poco a poco reduce más a la población y la lleva a sus linderos, debilitando así otras expresiones fabulescas que hasta entonces convenían a todos. El *Centro* es la gran creación, el *metarrelato* que comprende a la sociedad y en el que sobresale de forma brillante los medios de comunicación, quienes a su vez alimentan, nutren y sostienen este relato y de los que de allí se desprenden.

Es comprensible que el ser humano viva en el mundo de la fábula con naturalidad y espontaneidad, en el cual la técnica y la realidad le abren caminos novedosos y diferentes; allí reposa el chance del ser humano para crear su propia *experiencia fabulizada de la realidad*<sup>51</sup>, es decir, el ser humano tiene la libertad para vivir en otras dimensiones y desde estas proporcionarle sentido a su existir. En el caso de Cipriano, fue salir de la caverna de moda –*Centro*- a un mundo en el

---

<sup>51</sup>“Esto se podría confirmar con la referencia al Crepúsculo de los ídolos, en el que Nietzsche, de forma explícita, dice que el mundo verdadero finalmente ha acabado convirtiéndose en una fábula” (Vattimo 2002 137).



que concurren otras preocupaciones, existen otras luchas, persisten otras emociones. Ninguna más verdadera que otra, al fin y al cabo multiversidad de fabulaciones, pero unas que son impuestas y otras que son elegidas y recreadas.

En este último tipo de fabulaciones figuran espíritus creadores que ven con otros ojos; unos que contemplan las luchas, el encuentro de contrarios –ese sería el espíritu de Cipriano-; es el momento, el instante revelador, porque los anteriores a éste han sido historias de engaños, fracasos y decadencia; aparece entonces la posibilidad para que en el mínimo tiempo todo ocurra, para que el ser sea contemplado de otra forma. Aquí está la nueva racionalidad, después de desmontar aquella que los hombres acostumbraban, aquella que era resultado del engaño, aparece en la novela una nueva racionalidad que se instaura demoledora.

Las fabulaciones impuestas son las propuestas por la cultura, la época, las tradiciones y el individuo mismo, pues se hacen herederos y asumen con todo su ritualismo las fábulas que les han antecedido, por eso cabe citar la referencia tomada del libro *La interpretación del mundo*, especialmente del capítulo *Hermenéutica y experiencia religiosa después de la ontoteología*, donde Vattimo dice:

[...] la desmitificación se ha vuelto finalmente contra sí misma, reconociendo, por lo tanto, que el ideal de una eliminación del mito era un mito también. Con todo, no está del todo claro si ello significa que, al haber eliminado todos los mitos, nos desprenderemos entonces igualmente del mito de la desmitificación también, moviéndonos luego hacia nuevos ámbitos de racionalidad” (Vattimo 2006 44).

El hombre vive en una constante superación de mitos, pero olvidando que el siguiente del que se apropia, es a su vez uno de ellos y que en su momento también será descartado. Quizás, lo inquietante de todo ello es que el hombre no dejará de establecerlos, pues son ellos los lentes para asumir la realidad y el momento específico para cada época de la historia y de la vida. Por eso será difícil

comprender si se asiste en la postmodernidad a la conciencia del mito desmitificador, o si ya se pisan los linderos de nuevas racionalidades –que al final de cuentas, significará la entronización de nuevos mitos-.

#### **5.4 Época de rupturas**

La narrativa presentada en *La Caverna* explora una vida, una ciudad y unos individuos que permanecen en transformación; cambios todos ellos que obligan a recomponer las dinámicas propias de una sociedad. Por esa razón, uno de los primeros trazos de los grandes cambios es una carrera vertiginosa que se presenta en la ciudad, en la que todo el mundo quiere habitar, pero en la que nadie convive. La aparente retórica de la frase anterior radica en el afán que la narración muestra por describir la gran ciudad, figura emblemática del desarrollo y la civilidad, construida y habitada por los grandes adoradores del consumo y la diversión. Los antiguos espacios de la ciudad son devastados para construir los nuevos emplazamientos del progreso, la técnica y la cultura contemporáneos. De allí, que deba arrasarse con cualquier vestigio de campo, de zona verde o paisaje abierto, pues son lugares preciosos para el anclaje de una sociedad afanosa por producir y consumir.

Como se ha visto en el capítulo de *Lo local y lo global*, los campos pierden ese encanto y esa mirada de antaño con la que anteriormente se contemplaban; ahora sólo se convierten en espacios que el día de mañana serán conquistados por la dureza del cemento al extender sus tentáculos y abrazar con ellos todo lo que está alrededor. Así lo observa Marcial Gacho, quien lanza una mirada profética sobre el lozano campo y declara: "... Deshabitado, ahora, de aquí a mil o dos mil años no es imposible que la ciudad haya llegado hasta donde nos encontramos en este momento..." (Saramago 2001 142). Esta sociedad insaciable, este ritmo de vida que cada vez requiere más recursos y mayores transformaciones es otro de los indicios del nihilismo social que aquí se presenta. Debe entenderse ese nihilismo como una afirmación que predomina sobre otras

miradas del mundo, negando los anteriores modelos, imponiendo nuevas formas y dinámicas, y transformando la sociedad a partir de nuevas prácticas ligadas al gasto y al comercio.

Las demandas de esta sociedad nihilista se configuran bajo las modalidades de una sociedad técnica, progresista y civilizada, que a su vez requiere sujetos descentrados que asuman la carrera de la calidad, de la eficiencia y la eficacia que el mundo les exige. Cipriano Algor evidencia el cansancio por enfrentar a esta sociedad en la que ya no resuelve cómo vivir. Una nueva vida de trabajo y de producción le espera; sin embargo, de un momento a otro, estos cambios tocan su vida, pero no es fácil eludir esas imágenes:

Dejémonos de nostalgias que sólo perjudican y atrasan, dijo Cipriano con inusitada vehemencia, el progreso avanza imparable, es necesario que nos decidamos acompañarlo, ay de aquellos que, con miedo a posibles aflicciones futuras, se queden sentados a la vera del camino llorando un pasado que ni siquiera fue mejor que el presente (Saramago 2001 247).

Este tipo de nihilismo toca las fibras de la persona, le obliga, le arroja, y le desacomoda; las nuevas opciones de vida le muestran una perspectiva radical: de ajuste o no; de aceptación o aniquilación; de adhesión o negación. El nihilismo no tiene opciones, se presenta severo, implacable. Por eso el protagonista resume al decir, que el único recurso en la sociedad actual es acompañar los nuevos cambios; y al estilo de la mejor profecía evoca una sentencia aniquiladora y fatal para un ser destinado al anquilosamiento y a la nada si se llora el pasado. Cipriano Algor vive con temple y estremecimiento la entrada a tal dimensión: “[...]Parece que no sabemos vivir de otra manera, Tal vez no haya otra manera de vivir, O tal vez sea demasiado tarde para que haya otra manera” (Saramago 2001 272).

Ese nihilismo propuesto desde las nuevas esferas sociales y que es reforzado por las dinámicas del Centro, lo corrobora la conceptualización que Franco Volpi propone, cuando entrevé la relación entre nihilismo y técnica:

Por primera vez se hace espacio a la idea de que la técnica es un factor de nihilismo: cuando a la nueva forma no corresponde el desarrollo de contenidos adecuados, cuando la realidad es plasmada y transformada por la técnica sin que las ideas, las personas y las instituciones se adecuen con la misma rapidez, cuando la disciplina, la capacidad de organización, el potencial energético crecen sin un igual crecimiento de nueva sustancia, entonces la técnica produce nihilismo (Volpi 2006 109).<sup>52</sup>

Es fundamental resaltar que los sentimientos que explora la narración en *La Caverna*, muestran esa no adecuación al mundo del *Centro*. Cipriano Algor, por ejemplo, vive otros ritmos y otros tiempos; el curso de la naturaleza y la prodigalidad de la misma por medio de la tierra<sup>53</sup> de la que extrae el protagonista su materia prima, choca de forma alarmante con las propuestas que el *Centro* solicita para quien allí ofrece sus productos. Incluso las ideas de Marta, quien ha sido educada en la escuela de la ciudad, no logra capturar la atención del *Centro* por medio de otras propuestas creativas. Las ideas, como se enuncia en la cita, mantienen otra rapidez y otros contenidos; quienes logran esa comprensión son quienes realmente se benefician del lucro y del esplendor que el consumo anticipa a quienes piensan y producen de esta forma. Es conveniente pensar el

---

<sup>52</sup>Lipovetsky reseña, contrariamente, que esa época de nihilismo que tanto se ha enunciado, no es tal. No ha de anatematizarse así estos tiempos: “Los ideales del amor, la verdad, la justicia y el altruismo no están en bancarrota: en el horizonte de los tiempos hipermodernos no se perfila ningún nihilismo total, ningún último hombre” (Lipovetsky 2007 14).

<sup>53</sup> “La tierra es, pues, el regazo que genera al hombre, la nodriza que lo alimenta y lo protege, el fondo del cual extrae sus fuerzas y energías. Es una suerte de trascendencia natural que hace de contrapeso a la técnica, cuando esta última se vuelve un factor de nihilismo, es decir, cuando consume y erosiona los recursos simbólicos y naturales del hombre, provocando empobrecimiento, disminución y pérdida” (Volpi 2006 111).

*Centro* como un panóptico que todo lo ve, lo controla y lo sincroniza, lo que allí no esté a la altura es sencillamente descartado, obsoleto, desechado.

En esas palabras se encuentra una crítica a esos poderes que cada vez sacrifican la vida, en aras del desarrollo y del progreso; si acaso el hombre valorara más la vida y al ser mismo; si acaso se detuviera a vivir más y a producir menos. Pero no, el nihilismo está al límite y todos los pensamientos, acciones y proyectos que comprendan el sueño de un mundo delineado desde la técnica hacen parte de esta época.

La transformación a la que aboca el nihilismo traspasa, como ya se enunciaba, todos los ámbitos: la ciudad, el individuo, el trabajo y la familia; y en este último se encuentran aspectos contundentes que deben ser considerados. En primer lugar, ha de concebirse una familia que es reducida y la construcción de habitáculos con proporciones similares, en el que desaparece cualquier tipo de familia extensa. Así, en el *Centro* sólo se reciben familias pequeñas en las que se prioriza el consumo y la comodidad; los apartamentos están diseñados para familias nucleares productivas en las que disminuye el espacio, desaparece el vecindario, las ventanas escasean y los hijos merman. Una vez más, es la gran incisión del ser, en el que el ente productivo se destaca por antonomasia, olvidando cualquier interés por el ser humano en las manifestaciones familiares tradicionales y su advenimiento en los ritos y prácticas culturales; de este modo señala el narrador: “[...] Les dije que el apartamento que me ha sido asignado es, básicamente, para un matrimonio con un hijo, que como mucho se puede admitir la presencia de una persona más de la familia [...], pero dos personas nunca, porque no cabrían” (Saramago 2001 347). Esta es la estrechez en la que vive también el hombre contemporáneo; todo lo tiene, pero nada administra; lo recorre todo pero no está en ninguna parte; lo experimenta todo, pero nada retiene. El nihilismo se vive como exceso y como defecto, el oxímoron de la contemporaneidad: el incambiable cambio de la vida.

La sensación de vivir en la ciudad es una experiencia que somete a la familia Algor; pero no es la única experiencia en la que con dificultad han debido acceder; el comercio, las vías, la vida, la vigilancia y demás experiencias siguen golpeando esta forma de introducirse en el mundo del *Centro*. Por esa razón, Marta Algor, a pesar de verse en el apartamento amoblado que le han ofrecido a su esposo, se siente como si no pudiese habitar ese nuevo lugar; para muchos este es el ideal de vida que cualquier ser afortunado podría obtener, sin embargo para Marta y Cipriano la experiencia es distinta: “Nos quitaron la casa que teníamos, Sigue siendo nuestra, Pero no como lo era antes, Ahora nuestra casa es ésta. Marta miró alrededor y dijo, No creo que llegue a serlo nunca” (Saramago 2001 410). Marta, al igual que su padre, se siente despojada de una tradición, de un lugar, de un oficio; a pesar de crecer en medio de las exigencias de la competencia, la innovación y la industria, Marta comprende que esa no es su vida; que en su memoria la tradición, la artesanía y el campo se convierten en su verdadero hogar; se llenará aquel nuevo espacio denominado apartamento dentro de las instalaciones del *Centro*, pero quizás nunca llegue a ser habitado.

## **5.5 Vida nihilista**

La contemporaneidad se vive con las contradicciones acumuladas de una modernidad que procuró descargar al hombre de la servidumbre laboral, sistematizando e industrializando el trabajo que hasta entonces era primordialmente fatigosamente humano. Esa herencia, sumada a la técnica no ha prodigado mayor tranquilidad al ser; no le ha mitigado sus angustias vitales y sus afanes productivos; al contrario, le ha sometido a un riguroso sistema en el que los valores de la productividad, la eficiencia, la eficacia, el gasto, la calidad y el control

son preponderantes en la vida activa de una organización y, por defecto, en la persona<sup>54</sup>.

El panorama que vislumbra Cipriano Algor y su familia es una lluvia de cambios que se ciernen a su alrededor; la vida en el campo, los nuevos trabajos, los roles de los jóvenes, las transformaciones de la ciudad, las exigencias del mercado, la frialdad de las relaciones humanas, entre otros, son dimensiones que no habían sido experimentados en generaciones anteriores. Tales transformaciones conllevan al miedo de un futuro incierto, en el que el ser se pierde entre especulaciones y angustiosos pensamientos. Ese paso angosto por los caminos de la contemporaneidad es una muerte lenta en la que el alma y la vida se van ahogando: “Ya no tengo edad de esperanzas, Marcial, necesito certezas, y que sean de las inmediatas, que no esperen un mañana que puede no ser mío” (Saramago 2001 84). Clamar por esas certezas es apenas el paso introductorio para afrontar las nuevas formas de vida, en la que se sacrifica cualquier ideal, importando sólo lo real, lo práctico, las *certezas*. El protagonista comprende con amargura que para seguir viviendo, debe cambiar; es afrontar la ruina y asumir formas de existencia desconocidas hasta el momento.

El personaje principal observa que el sentir, la vida, el tiempo y las relaciones se transforman en la ciudad. El tránsito que lo separa del campo a la ciudad, es el tránsito de la tradición al nihilismo avasallador. La memoria se pierde en la ciudad, pues cada vivencia que allí transcurre es hija de la moda y las tendencias que hoy son y mañana se desechan; los antiguos edificios se derrumban para crear grandes centros comerciales y reducidos habitáculos familiares; las calles cambian de dirección; la ciudad se aleja cada vez más de

---

<sup>54</sup> En uno de los fragmentos seleccionados por Fernando Gómez Aguilera, se expone la impresión que José Saramago lanza sobre este mundo industrializado y con un horizonte ético sinuoso: “Existe un problema ético que no parece que vaya a resolverse después de la Segunda Guerra Mundial, se discutía en Europa sobre el progreso tecnológico y el progreso moral, sobre si podían avanzar a la par. Pero no fue así, al contrario: el progreso tecnológico alcanzó un desarrollo inconcebible, y el llamado progreso moral dejó de ser, pura y llanamente, progreso y entró en un proceso de regresión” (Gómez 2010 130).

aquello que es inmutable; el nihilismo surge con todo su esplendor en un espacio que carece de recuerdo y en el que no se defiende reminiscencia alguna, ni cualquier tipo de trascendencia, pues lo único que cultivan son figuras eternas en las que el hombre no recrea su ingenio, ni sus posibilidades, pues todo lo hereda y nada le transforma. Incluso, si estas experiencias se conservan, sólo logran ser vividas en un tiempo escaso que obliga a ser repetidas infinidad de veces. El nihilismo es el desarraigo de todo aquello que es duradero y que brinda una satisfacción mediata, garantizando la repetición incesante de la misma con el fin de obtener un placer mediano. Esta experiencia la fundamenta también el filósofo de lo cotidiano, Gilles Lipovestky, quien trata de comprender el rumbo de la memoria en una época carente de ella:

Es innegable que al exaltar el disfrute del aquí-ahora y la novedad perpetua, la civilización consumista contribuye sin cesar al deterioro de la memoria colectiva, a acelerar la desaparición de la continuidad y la repetición de lo ancestral. Sin embargo, hay que decir que, lejos de estar enclaustrada en un presente que se ha cerrado él mismo con llave, la época es escenario de un frenesí patrimonial y conmemorativo, y de un hervidero de identidades nacionales y regionales, étnicas y religiosas. Cuanto más se entregan nuestras sociedades a un funcionamiento-modo concentrado en el presente, más acompañadas están por una vaga memoria de base (Lipovetsky 2006 89-90).

Esto supone ganancia y pérdida. Ya se aclaraba en el capítulo de *Lo local y lo global*, cómo las fronteras del mundo parecen sinuosas en un mundo en el que la globalización permea toda cultura, pero a su vez, emerge el problema de una memoria sin fundamento, en el que la comunidad no logra consolidar arquetipos a nivel micro ni macro.



Ese intento por afrontar las demandas del mundo del mercado, que llevó a la familia Algor a ingeniar la idea de nuevas cerámicas con formas de persona, es el símil perfecto para tratar de explicar lo que ocurre con la crisis de la familia.

Ninguno de ellos quería admitir que el resultado de la idea y del trabajo que estaban realizando para darle solidez podría ser un rechazo brusco, sin otras explicaciones que no fueran, El tiempo de estos muñecos ya ha pasado. Náufragos, remaban hacia una isla sin saber si se trataba de una isla real o de su espectro (Saramago 2001 102).

Esta no es la sentencia perentoria y única del futuro de la familia, que tendría que preguntarse si acaso la conformación de hogares ya ha pasado de moda, es la muestra fehaciente de los cambios sociales en los que unos entran y otros salen del protagonismo laboral, y por lo tanto, del reconocimiento económico y social que prefigura la sociedad de consumo en la actualidad. El caso de los orfebres – con Cipriano Algor a la cabeza- quienes se ven reemplazados por la labor industrial de las mega industrias del plástico, que a su vez traen economía, novedad y resistencia en los productos que con tal material se elaboran. Pero esta historia de exclusión y de rechazo, es la historia de todos aquellos que viven en los arrabales de la ciudad; seres que no son productivos y que no son competentes para las necesidades del *Centro*. Todos aquellos que no suman en este caso, restan; y por esa razón deben alejarse de los contornos sociales productivos.

El lote al que están destinados los no productivos es al de la confinación social; lugar donde el ser no cuenta, no vale, no es. En estas circunstancias se podría hablar de un debilitamiento del ser, categoría en la que profundizará Gianni Vattimo, pero en la que es posible encontrar algún eco en el pensador Franco Volpi:

El nihilismo nos ha dado la conciencia de que nosotros, los modernos, estamos sin raíces, que estamos navegando a ciegas en los

archipiélagos de la vida, el mundo y la historia: pues en el desencanto ya no hay brújula ni oriente; no hay más rutas ni trayectos ni mediciones preexistentes utilizables, ni tampoco metas preestablecidas a las que arribar (Volpi 2006 173).

Este es el nihilismo ontológico palpable en la contemporaneidad; el llamado olvido del ser, y que Franco Volpi lleva a su mayor complejidad, al considerar que el olvido referido a la modernidad experimenta toda su crisis en estas épocas, ya que el sujeto se transforma en un útil, perdiendo el valor intrínseco y confundándose:

Cuando el ente es definitivamente comprendido y determinado como voluntad de poder y trabajo, cuando lo esencial es solamente asegurar y volver disponible al ente como posible fuente de energía, entonces la originaria apertura del presentarse del ente, es decir, su ser susceptible de comprensiones de ser diversas, queda obstruida. Se instaura así no sólo el olvido del ser, sino también el olvido del tal olvido. El verdadero y propio nihilismo metafísico es justamente esta situación en la cual ser “no es nada” (Volpi 2006 113).

En ese *no ser* al que se ve abocado el sujeto, es comprensible que halle eco una sociedad en la que sólo se valora lo genuinamente productivo –energético-, y por lo tanto el individuo deba alimentarse de las escasas representaciones que la sociedad le provea.

*La Caverna* denuncia a la sociedad, al sujeto y a las instituciones expuestas a las apariencias del mundo, en el que se proyecta la hegemonía del consumo, de la industria, del mercado; es una dietética rigurosa de las apariencias; el nihilismo –por vía doble-<sup>55</sup> denuncia esta aproximación a la realidad, pero postula, también, el advenimiento de épocas sin estructura, imaginarias, simuladoras; una vez más la realidad se hace representación; la nueva máscara de la contemporaneidad

---

<sup>55</sup> Como se explicaba anteriormente, la comprensión del nihilismo nietzscheano está revestido de dos fuerzas: una de ellas activa y la otra reactiva.

cultiva otros rostros que el sujeto tendrá que portar. En los momentos de angustia y reflexión, Cipriano Algor descubre que el mundo se muestra como gran mentira, y a pesar de ello sabe que debe participar de la misma, mentir al unísono, pues es la única forma de subsistir:

[...] el camión no lo quemó la gente de las chabolas, fue la propia policía, era un pretexto para la intervención del ejército, Me apuesto la cabeza a que ha pasado esto, murmuró el alfarero, y entonces se sintió muy cansado, no por haber forzado demasiado la mente, sino por comprobar que el mundo es así, que las mentiras son muchas y las verdades ninguna, o alguna, sí, deberá de andar por ahí, pero en cambio continuo, tanto que no nos da tiempo a pensar en ella en cuanto verdad posible porque tendremos que averiguar primero si no se tratará de una mentira probable (Saramago 2001 119).

Afrontar esa mentira obliga al protagonista a considerar que su papel, por más que se esfuerce ya no es necesario; que su existencia y que su vida se ajustan a los trazos de una mentira impuesta por las fuerzas económicas de su época; por más que quiera alterar esa realidad, tratando de ajustarse al sistema, observa que es débil, pobre, ajeno a las fuerzas de gasto, ostentación y consumo que lo están rodeando.

Ese nihilismo al que se hace alusión, que tiene como destino destronar la certeza o seguridad en la que el individuo venía arraigado, exige que se propongan otros valores y criterios de vida en la que el individuo encuentre por lo menos sin-sentidos alternos y pasajeros –otras mentiras-. Sin embargo, esos precarios puntos de arraigo traen consigo nuevos valores y formas de comprender el mundo. Por lo tanto, el nihilismo es también proveedor de nuevos significados y formas de apropiación del mundo. Por eso, si no es Dios, será el *Centro*; sino es el estado, serán los guardias quienes dictan las normas y los compromisos del sujeto social; si no es la artesanía será la industria la que mueva la fuerza productora; la

vastedad del campo queda confinado a la seguridad de un apartamento con todas sus comodidades; si hasta entonces el azar acompañaba el éxito de los negocios, ya serán las estadísticas segmentadas y a ultranza las que muestren la viabilidad de un producto en el mercado. Todos estos valores ocupan entonces el lugar que ya el nihilismo había arrebatado, por lo pronto es fácil arriesgarse a expresar que una función especial del nihilismo es el de dotar a la sociedad de valores absolutos con los cuales seguir hallando lo que hasta entonces era factible rastrear en la tradición o la costumbre de un alfarero.

En la narración el protagonista es acompañado por múltiples sentimientos de agobio, de ostracismo y lejanía, y una fuerza de autodestrucción, llevándole a considerar que su vida no tiene importancia, que el trabajo ancestral ejercido hasta el momento ya no es relevante. Ante el muro de mentiras que se levanta delante de Cipriano, el narrador expone la aterradora idea de que Cipriano viva en el *Centro*. Este espacio, de alguna forma, ha sido quien le ha arrebatado todo: su trabajo, su afecto, su tradición, su familia, su esperanza; y la idea de vivir en este lugar se hace impensable; es una condena de muerte la que se le impone, pues allí no encuentra nada con lo que se identifique y que le permita ser. La experiencia que vive Cipriano es aquella en la que toda raíz es cortada, y en la que es imposible volver a comenzar. “[...] ah, qué difícil es separarnos de aquello que hemos hecho, sea cosa o sueño, incluso cuando lo hemos destruido con nuestras propias manos” (Saramago 2001 228). Las palabras con las que enuncia esta ruptura muestran su amargura; una vez se apropia de la vida la desesperanza, todo lo destruye, nada se sostiene. La contemporaneidad sobreviene horadando los espacios que hasta entonces eran habitados, reemplazando los oficios más tradicionales y ofreciendo nuevas formas de vida ante las cuales el individuo cotidiano se observa inerme, indefenso. Afrontar esa realidad implacable conlleva a una experiencia de destrucción que en la narración de *La Caverna* es descrita a partir de expresiones casi suicidas (Cf. Saramago 2001 330). A partir de allí, el protagonista, sobre quien recae la mayoría de estas

experiencias de sin sentido, comprende que no gana nada resistiendo y que tampoco es su opción insertarse en el mundo que tanto le angustia. Quizás su experiencia se acerque a la del agua que corre por el río, no elige su cauce, sabe que allí su deber es fluir, pero no tiene opción alguna de detenerse ni apartarse.

## **5.6 El Centro: foco del nihilismo**

*La Caverna* es una narración que expone como fin social la productividad, y todo ciudadano que la habite, es un instrumento más para llevar a plenitud tal fin. Este afán causa en las personas una desorientación vital y existencial, en la que escasamente sobrevivir importa, pues los accesorios de la vida son los que conducen a cierto protagonismo humano: dinero, estatus, confort, consumo; la vida en el *Centro* redundaba en ellos, considerándolos garantía del nivel de vida. El individuo pierde de vista la comprensión general de la existencia en la que existe sufrimiento, fracaso, dificultades, gozo, deleite, etc, y lo deposita todo en la efimeridad del comercio, de la producción y del consumo; sustantivos todos ellos que atomizan al hombre, desmembrándolo continuamente del constructo social. El ideal de vida se vuelca del lado del gasto, de la vigilancia, de la moda.

El nihilismo que vive el hombre en la contemporaneidad se soporta en la experiencia de desorientación que el ser expresa, debido al arrojamamiento absurdo y de sin sentido al que le somete la realidad. Ésta se hace sinuosa, imprecisa, incontrolable, caótica, caprichosa, pues no está sujeta al dictamen del hombre, sino al de otras instancias superiores que gobiernan su precaria inmanencia. Por otro lado los valores son enarbolados desde la torre del individualismo y la rentabilidad en todas sus esferas, dejando de lado cualquier construcción del ser social y el carente encuentro de una identidad que agrupe o colectivice a la mayoría.

El nihilismo que se cierne sobre la sociedad devela una de sus características a partir de la disgregación misma de la sociedad, en la que el individuo se observa atómico e individualista, pero sujeto –contradictoriamente- a una serie de requisiciones que la época y el entorno le exigen. Cada uno se hace a un mundo que ha sido propuesto, y todos creen alcanzar esa individualidad aparente gracias a los ritos de exclusividad y personalización que brindan fenómenos como el consumismo, el comercio, el mercado; sin embargo lo que se encuentra allí es un proceso de homogenización que también es un discurso oculto de una sociedad que invita a la diferencia, pero en cuya diferencia universal caen todos de nuevo.

El *Centro* es el lugar nihilista por antonomasia; es el lugar donde es posible. Un lugar limitado para la sensación de ilimitación; un espacio en el que la simulación lo llena todo. Las vivencias que muestran los habitantes del *Centro* reflejan las experiencias de seres explotados en múltiples ámbitos, desde el consumo exacerbado, el entretenimiento atroz, la sectorización milimetrada de la vigilancia, el ordenamiento de la vida, del trabajo y la producción sistematizada de los nuevos mercados, engendrando seres reducidos ontológicamente que aprecian esa opción como única salida. Cipriano Algor es uno de esos protagonistas sometido al yugo de los paradigmas de la producción y el trabajo. La industria, la eficiencia, la productividad y el ritmo de vida que impera en la ciudad son prodigados por la influencia de la técnica y su sistema; en tanto este nivel de desarrollo se incrementa, por otro lado se horada la vivencia del tiempo y de la realidad, pues se reajustan las prioridades de la vida, de la existencia y del trabajo; es el cultivo perfecto para el nihilismo propuesto por la técnica, en el que la transformación de los valores tradicionales se rebasa gracias a los ajustes que el mercado y la sociedad de consumo sugieren a las comunidades vivientes.

La reconfiguración vital y social debe asociarse a la idea de un neonihilismo que rebasa la tradicional superación de los valores religiosos o morales. Esta vida y sociedad nihilista demuestra a un ser al que ya no le basta la costumbre, pues

se acomoda a nuevas experiencias de corte existencial y comunitarias que definan el rumbo si se dispone a subsistir. Por lo tanto, debería arrojarse la hipótesis de un nihilismo de subsistencia, pues aquel que no choque con tal realidad no será capaz de reaccionar ante la marejada de vivencias y cambios que se vuelcan sobre el ser humano.

La normalidad trazada desde el *Centro* es la rutina de una vida que ha objetualizado al hombre y lo ha convertido en un instrumento de los poderes sociales que se configuran en los ámbitos económicos, políticos y productivos de la sociedad. El horizonte no presta atención al fin por excelencia, que es el hombre, sino que deriva su atención a una carrera vertiginosa que tiene por vehículo la técnica, el progreso y el desarrollo, y cuya meta no es más que el vehículo mismo.

El *Centro* es el reedificador de una sociedad asentada en lo snob, procurando dejar fuera de sus puertas todo aquello que no contribuya al fortalecimiento del consumo, la moda y el mercado. Este es el nuevo nicho para una sociedad que vive bajo los esquemas de una vida sin tiempo, productiva, multicultural y eficaz, la que gradualmente va dejando de lado lo que le definía en su momento, entregándose generosamente al progresismo esnobista.

Vivir en el *Centro* es la propuesta del nihilismo contemporáneo, pues allí se encuentra una oferta de vida contraria a la moderna, en tanto allí se vive a un ritmo en el que el ser fluye con los demás procesos culturales, económicos y comerciales. Se presenta al ser un espacio en el que acuden las contradicciones del hombre, en tanto todo está a su servicio, pero en el que se olvidan otros aspectos ineluctables como la libertad, igualdad, justicia, convivencia, entre otros. Los cambios que representa el *Centro* son revolucionarios, pues allí se entroniza el modelo de familia actual, nuevos roles, trabajos y profesiones valoradas en la actualidad. Estas condiciones no son opcionales, se aplican con todo sometimiento al individuo.

### 5.6.1 La voz del Centro

En la narración el *Centro* tiene voz, y de su expresión categórica y contundente se encargan los jefes del departamento de recepción de mercancía y los guardas de seguridad. Ellos son quienes posibilitan escuchar las normas y las prácticas del *Centro*. Así, con el fin de demostrar cuán implacable es el *Centro*, a quien no le cabe sentimentalismo alguno, éste responde ante las palabras desasosegadas de Cipriano Algor, quien no comprende los cambios abruptos que enfrenta el comercio y discute: “[...] es duro, después de tantos años de proveedor, tener que oír de su boca semejantes palabras, La vida es así, se hace mucho de cosas que acaban, También se hace de cosas que comienza, Nunca son las mismas”(Saramago 2001 124).

El *Centro* reconoce que todo finaliza, que la vida no es la misma, y está destinado a acabar con quien crea que no se transforma ni cambia. El *Centro* es el gran motor; desde allí se originan las nuevas disposiciones para ampliar la ciudad, para convocar a la población y determinar los rumbos de la misma. Por eso ante la perspectiva de olvido que se cierne sobre los productos artesanales ofrecidos por Cipriano, la respuesta del jefe del departamento se torna indiferente y fría, pues esos problemas son producto de otros tiempos, pues estos son de crisis y las decisiones se deben tomar sin titubeo alguno:

[...] Y a quién voy a vender ahora mis lozas, preguntó el alfarero hundido, El problema es suyo, no mío, Estoy autorizado, al menos, a negociar con los comerciantes de la ciudad, Nuestro contrato está cancelado, puede negociar con quien quiera, Si valiera la pena, Sí, si valiera la pena, la crisis fuera es grave [...] (Saramago 2001 125).

La vida es revalidada por el *Centro*, al igual que las formas convencionales que hasta entonces imperaban para interactuar con los otros, para vender, para convivir y para vivir. La reacción del alfarero es semejante a aquel que se siente perdido en una ciudad desconocida, paradójicamente siempre recorrida por los



mismos caminos, pero que de un día para otro cambia radicalmente. La vida de una persona, en esta época, se hace tan artificial y reemplazable como si fuera un producto desechable. El tiempo, las instituciones y demás factores de poder reubican al ser y le convierten en un hombre artificial, sometido a las nuevas reglas del entropismo económico y al vaivén de los tiempos.

Sería difícil comprender el nihilismo como un único factor que niegue la forma tradicional con la que se proponía vivir el hombre, se comporta en cambio como un concierto de experiencias que en la vida cotidiana van deshabilitando el terreno de seguridades con las que contaba el individuo; se presenta como un ser inerme e indefenso ante los cambios. De esta forma el *Centro* es enfático, cuando en la narración expresa que las únicas conexiones posibles con los proveedores son de tipo económico:

[...] cuando determinados productos han dejado de interesar al Centro, sería de justicia conceder al proveedor la libertad de buscar otros compradores, Estamos en el terreno de los hechos comerciales, señor Algor, teorías que no estén al servicio de los hechos y los consoliden no cuentan para el Centro, y sepa desde ahora que nosotros también somos competentes para elaborar teorías [...] (Saramago 2001 126).

La comprensión de esta relación es la que ha detentado la contemporaneidad con el ser, en el extravío ontológico en el que se ha cernido, gracias a las políticas efectivistas que se consolidan cada vez más en los ámbitos humanos, en el que la productividad humana y su quehacer cotidiano, son valorados de acuerdo al escrutinio exclusivamente metrológico: tiempo, rapidez, productividad, calidad, economía, entre otros.

Por lo pronto, para el *Centro* no existen seres humanos, existen clientes, y los clientes representan el motor de su quehacer. Los individuos no cuentan en su entorno, pues estos no representan ganancia alguna, sólo aquellos que viven allí, que trabajan y consumen son importantes. Los que están afuera, si sirven al

crecimiento del mismo como potenciales proveedores y consumidores, logran significar comercialmente, de lo contrario su espacio está reservado a los contornos de la ciudad, un lugar destinado a los rechazados<sup>56</sup> y a los no productivos<sup>57</sup>. La reducción del sentido de la vida es tal, que el objetivo primario de la misma se expone en pocas palabras: hay o no hay demanda, que en el diálogo con el jefe de departamento se transforma en:

No sé cómo se lo podré agradecer, Para el Centro, señor Algor, el mejor agradecimiento está en la satisfacción de nuestros clientes, si ellos están satisfechos, es decir, si compran y siguen comprando, nosotros también lo estaremos, vea lo que sucedió con su loza, se dejaron de interesar por ella, y, como el producto, al contrario de lo que ha sucedido en otras ocasiones, no merecía el trabajo ni la inversión de convencerlos de que estaban errados, dimos por terminada nuestra relación comercial, es muy simple, como ve, Sí señor, es muy simple [...] (Saramago 2001 169).

Lo que pesa realmente en la vida del *Centro* es la impresión, las emociones y las sensaciones que puedan experimentar quienes lo visiten. El complacer a las

---

<sup>56</sup> Los rechazados están ubicados en las periferias, en los arrabales citadinos. “Después del Cinturón Industrial comienza la ciudad, en fin, no la ciudad propiamente dicha, ésa se divisa allá a lo lejos, tocada como una caricia por la primera y rosada luz del sol, lo que aquí se ve son aglomeraciones caóticas de chabolas hechas de cuantos materiales, en su mayoría precarios, pudiesen ayudar a defenderse de las intemperies, sobre todo de la lluvia y del frío, a sus mal abrigados moradores.” (SARAMAGO 2001 16)

<sup>57</sup> Esas son las condiciones que la modernidad y sus exigencias traen: poblaciones excluidas, con menos oportunidades y sumidas en la miseria. Imágenes comunes para describir la realidad de las ciudades y sus periferias. En las palabras del sociólogo Zigmunt Bauman, infraclases, refugiados, el desecho de la modernidad. La sociedad acomodaticia observa sin problemas la distinción de clases, de estratos, sin mayores inconvenientes al observar las barreras físicas construidas en las ciudades: vías, centros comerciales y otros templos del consumismo, en el que no tienen cabida los pobres o los refugiados.

“Nada queda salvo los muros, las alambradas, los controles en las puertas, los guardias armados. Todos esos elementos definen de manera combinada la identidad de los refugiados o, mejor dicho, echan por tierra el derecho de éstos a definirse a sí mismos. Todos los desechos, incluidos los seres humanos desechados, tienden a ser apilados indiscriminadamente en el mismo basural. El acto mismo de tirar a alguien a la basura pone fin a las diferencias, las individualidades, las idiosincrasias.” (BAUMAN 2008 40)

personas, proporcionarles satisfacción, buen humor y posibilidad de gasto, es la propuesta fundamental de quien acude a este lugar.

El camino de la contemporaneidad es la vivencia plena de las virtudes del *Centro*, así no se localicen allí. El control mediático, icónico y representativo de la sociedad contemporánea dirige todas sus vías hacia un mundo valorado por la simulación. Cualquier camino que el individuo actual se tope sigue los rastros de un mundo con exigencias mercantilistas, capitalistas y globalizadoras. Estas son las rutas del hombre desde los ámbitos educativos, culturales, tecnológicos y productivos. Esa omnipresencia de valores y prácticas vitales en el sujeto, conllevan a un control del individuo social, enmarcándolo dentro ciertos límites existenciales habitables. El hombre es guiado en todo sentido, incluso los valores espirituales son transformados por la industria, quien se encarga de resignificarlos, generando otro tipo de trascendencia. De allí que en párrafos anteriores, haya aparecido en la voz de uno de los diálogos, que el *Centro* también elabora teorías. Estas directrices son imperativas de una sociedad que obedece a las instituciones más poderosas, y que a su vez demarcan el ritmo de los individuos que la asisten.

### **5.6.2 Más nihilismo: control y vigilancia**

No sería extraño arriesgarse a decir que la época de nihilismo actual está bajo la custodia del *ente*. Es decir, la historia del ser que agoniza con el fin de la metafísica, es a su vez, el espacio para pensar una época en la que el ser humano se extravía en los caminos de la técnica,<sup>58</sup> del progreso, de las instituciones y demás; todo ello parte del ente que ha de sumarse a tal mecánica vital para poder sobrevivir. Así, el hombre, la idea de Dios, la trascendencia, y demás quedan supeditadas a las exigencias de la época. En esa dirección, es propicia la interpretación que realiza Vattimo cuando enuncia cómo las instituciones y los

---

<sup>58</sup> “La crisis de la civilización, tan lamentada por otros, era vista [...] como el inevitable pasaje a través de una nueva situación histórica, aquella en la cual es el trabajo, organizado según los imperativos de la técnica, el que moviliza todos los recursos del planeta, el que libera todo lo que el ser puede dar. El vacío de “valores” y de “sentido” que la técnica ha producido no suscita en él una actitud pasiva y quejosa sino un nihilismo heroico de la acción” (Volpi 2006 108).

individuos, al final, siguen el camino concertado, como si una fuerza armónica impulsara el movimiento de esta época: «[...]en el fondo de la idea de hegemonía siempre se ha encontrado el sueño de una sociedad orgánica, en la que la voluntad de los individuos se identificase sin fisuras ni esfuerzo con la voluntad de todos...» (Vattimo 2009 27).

Esa hegemonía está ligada a los grandes centros de poder que movilizan a la sociedad, encontrando en *La Caverna* al *Centro* y a la sociedad de consumo. La mirada nihilista que se posa en tal hegemonía apunta a un sistema en el que todo está controlado, analizado y estudiado; en el que no se produce pérdida ni gasto; el individuo se convierte en un engranaje más de esa rueda social que dictamina su correcto avance. Está patente la superación de la metafísica y el encuentro radical con el nihilismo puro, tal como lo proponía Nietzsche<sup>59</sup>, pues el olvido del ser conlleva a replantear nuevas estructuras sociales y del ser mismo en el que reaparezca la idea primigenia, que albergue al hombre en medio de la sociedad de consumo.

Podría comprenderse que el hombre de *La Caverna* se expone a una fuerza industrial que no ofrece oportunidad alguna, porque no se comporta como el ser humano; el *Centro* no brinda esperanza, no es comprensible y no guarda excepción con nadie. Esa perspectiva le convierte en algo superior al humano, incluso porque le ordena su trascendencia y su fin. Estos últimos tópicos se concretan claramente en el tema de la muerte, tema en el que el *Centro* también interviene. En primer lugar, porque aleja todo aquello que representa confrontar una realidad de pena, miseria y tristeza. En cambio, desde allí todo ha de aparentar la idea de lo perfecto, feliz, exitoso y vital; por esa razón ha de

---

<sup>59</sup> “Visión de conjunto.-En realidad, cualquier gran crecimiento trae consigo un monstruoso fraccionamiento y una corrupción: el sufrimiento, los síntomas de la decadencia, pertenecen a la épocas de enormes avances; todo movimiento de la humanidad, fecundo y poderoso, creó al mismo tiempo un movimiento nihilista. En algunas circunstancias, sería el signo de un crecimiento incisivo y de la mayor importancia para la transición a nuevas condiciones de existencia, el que surgiera al mundo la forma extrema del pesimismo, el verdadero nihilismo. Esto es bien perceptible” (Nietzsche 1981 88).

maquillarse tal realidad, ofreciendo diversión, estatus, disfrute y gozo a través de todas las distracciones al interior del *Centro*. Ésta es una microsociedad en la que la muerte se desdibuja, pues de ella no hay representación. Si se pudiese elaborar una simulación –en este mundo de representaciones que es el *Centro*- de la misma, seguramente sería la atracción más apetecida del Centro. No en vano, es la atracción que al finalizar la novela se proyectará a través de la figura analógica de la caverna de Platón, cuando una nueva atracción aparezca y todos observen cómo varios cadáveres yacen inermes en las excavaciones más profundas del *Centro*, haciendo de la muerte un show con el que todos han de divertirse, sin imaginar que lo único que ven allí los espectadores es un reflejo frontal de lo que ellos son. De esta forma, en la narración se enuncia lo siguiente:

[...] Conozco a alguien que ha estado internado, un superior mío que entró casi muriéndose y salió como nuevo, hasta hay gente de fuera que se busca enchufes para que lo admitan, pero las normas son inflexibles, Quien te oiga creerá que en el Centro no muere nadie, Se muere, claro, pero la muerte se nota menos [...](Saramago 2001 159).

Aquí una vez más está expuesta esa percepción ultra humana de la que se benefician todos aquellos que pisan el *Centro*; ese es el lugar para escapar imaginariamente de la muerte; quien consume, quien gasta, quien es productivo, no perece, no se reduce y es bienvenido al mundo de las representaciones.

Puesto que nada se escapa al control del *Centro*, la muerte deliberada por suicidio a todo aquel que no guste de la vida dentro del mismo, será incapaz gracias a las detalladas y rigurosas estructuras que presenta la edificación, en la que se ha advertido todo detalle, incluso tal posibilidad; los muros, rejas y ventanas están calculadas con el fin de que nadie ose llevar a cabo la idea mal pensada del suicidio, pues se leería mal ante la sociedad y la imagen del *Centro* menguaría. Léase el comentario de Cipriano:

Y es ahí, dijo Cipriano Algor entre dientes, donde mi querido yerno quiere que yo vaya a vivir, detrás de una de esas ventanas que no se pueden abrir, dicen ello que es para no alterar la estabilidad térmica del aire acondicionado, pero la verdad es otra, las personas pueden suicidarse, si quieren, pero no tirándose desde cien metros de altura a la calle, es una desesperación demasiado manifiesta y estimula la curiosidad morbosa de los transeúntes, que en seguida quieren saber por qué (Saramago 2001 133).

El Centro es la propuesta de una mentira que conviene a todos, por eso la representación, la simulación y la ficción son los estados perpetuos del mismo, en el que se estructura una vida perfecta en la que no existe alteración alguna, y en el que se garantiza el control absoluto del sistema. Incluso, la muerte, si se llegara a presentar, como se ha leído, no llegaría a notarse, pero en caso de ocurrir, es disfrazada en lugares espaciales a los que está destinada:

Así que los que viven en el Centro también mueren, dijo Cipriano Algor al entrar en casa con el perro detrás después de haber llevado al yerno a sus obligaciones, Supongo que nadie se habrá imaginado alguna vez lo contrario, respondió Marta, todos sabemos que tienen dentro su propio cementerio, El cementerio no se ve desde la calle, pero el humo, sí, Qué humo, El del crematorio, En el Centro no hay crematorio, No había, pero ahora hay, Quien lo ha dicho, Tu Marcial, cuando entramos en la avenida vi humo saliendo del tejado, era algo de lo que se venía hablando, y se ha cumplido, Marcial me dijo que empezaban a tener problemas de espacio, Lo que me extraña es el humo, casi apostararía a que la tecnología actual ya lo había eliminado [...] (Saramago 2001 175).

Yace en el *Centro* el nuevo tribunal de la contemporaneidad, en el que la justicia se vende y se compra; todo valor queda ondulando al vaivén de las leyes del

mercado. Pero es también, un espacio en el que la transición de los valores aparece, dejando a un lado lo que la tradición propone, comprendiendo los nuevos trabajos, oficios y demandas del mundo. Todo aquel que no esté preparado para insertarse en aquel modelo se convierte en incompetente, queda destinado al fracaso, y así lo enuncia el jefe del departamento cuando se refiere al protagonista:

[...] si su intención es inmolarse en el fuego, por ejemplo, sepa desde ya que el Centro se negará a asumir cualquier responsabilidad por la defunción, eso es lo que nos faltaba, que vengan a culparnos de los suicidios cometidos por personas incompetentes que van a la quiebra por no haber sido capaces de entender las reglas del mercado (Saramago 2001 252).

Vivir, en su sentido pleno, se reduce a comprender las reglas del mercado; esta frase enarbola el sistema de valores que se proponen en la actualidad, en el que cada individuo debe someterse a las reglas absolutas de las grandes potencias económicas, y de todas aquellas instituciones que regulan y transforman el mundo.

## **5.7 Nihilismo religioso**

*La Caverna* manifiesta, en la voz de su narrador, la postura puntual del ámbito religioso en la contemporaneidad. Básicamente, la crisis de la religiosidad como factor que se transforma tanto en el campo como en la ciudad. Los nuevos símbolos y rituales religiosos adquieren diferentes matices, desligándose de la tradicional manifestación fideista, cultural y costumbrista de la religión; en *La Caverna* la religiosidad y la religión se transforman.

Es necesario resaltar cómo la figura de Dios en la narración es llevada a la figura más humana. Es difícil por lo tanto comprender cómo ese emplazamiento sobre el ser humano, a su vez, conlleva a perderlo de vista. Cipriano Algor, quien

funge como creador de nuevos seres de barro, es víctima del olvido que los hombres hacen de él. Su papel, su rol, su misión comercial está en decadencia en medio de una sociedad técnica y sistematizada. De allí que la relación con la divinidad se reduzca a grandes dudas, a problemáticas irresolubles en las que el individuo se convierte en pequeño dios fracasado, ante la omnipotencia y la omnipresencia de los nuevos dioses del mercado y el consumo.

La principal razón del nihilismo religioso en *La Caverna* es el olvido. La trascendencia y la espiritualidad son desvalorizadas a cambio de un mundo que otorga prioridad a la inmanencia - aunque ésta de forma contradictoria sea una realidad simulada-. La virtualidad, la representación, la simulación son inmanentes, es decir, dan cuenta de una realidad no existente. El hecho de que un campesino, enraizado a partir de generaciones pasadas, olvide las oraciones, como ocurre con el protagonista, denota significativamente el desapego profundo hacia la divinidad. (Cf. Saramago 2001 56). La oración es reemplazada por la indiferencia religiosa. El narrador no da crédito a oración alguna, comprende que en ellas no radica la satisfacción de un dios para con los hombres, desterrando cualquier temor para con esa figura trascendental.

Es conveniente considerar el nihilismo religioso, unido a la exclusión de los valores supremos que Cipriano acumula en su vida y en la de su familia. Frases contundentes que servirían para ejemplificar el proceso nihilista, junto a cierta tendencia de secularización que existe en el caso de Cipriano -un hombre campesino sin educación-, y cuya raigambre religiosa y fideista es distinta a la de un hombre que habita la ciudad, quien tiene una educación media –como en el caso de su hija-.

Por lo pronto a la divinidad se le despoja de cualquier significado relacionado con el miedo, y en cambio su poder se escalona o transmuta al hombre. Cipriano Algor detenta el poder creador, la cualidad de moldear, recrear y dotar de significado su cerámica; este personaje detenta la cualidad divina y se



apropia de ella desde su oficio, convirtiéndose en dueño y destructor de su obra. En la narración aparece el empoderamiento que el hombre hace de los azares divinos; con su profesión, Cipriano Algor puede jugar a la divinidad y hacer de su creación, obras genuinas y singulares:

Y es aquí cuando humildes regresamos al soplo en la nariz, es aquí cuando tendremos que reconocer hasta qué punto fuimos injustos e imprudentes al apadrinar y hacer nuestra la impía idea de que el dicho dios habría dado la espalda, indiferente a su propia obra. Sí, es cierto que después de eso nadie más lo ha vuelto a ver, pero nos dejó lo que tal vez fuese lo mejor de sí mismo, el soplo, el aire, el viento, la brisa, el céfiro, esos que ya están entrando suavemente por las narices de los seis muñecos de barro que Cipriano Algor y la hija acaban de colocar, con todo cuidado, sobre uno de los tableros de secado. Escritor, además de alfarero, el dicho dios también sabe escribir derecho con líneas torcidas, no estando él aquí para soplar personalmente, mandó a quien hiciese el trabajo en su nombre, y todo para que la todavía frágil vida de estos barro no acabe extinguiéndose mañana en el ciego y brutal abrazo del fuego (Saramago 2001 235).

Sobre las manos de Cipriano reposa su futuro, sus posibilidades y acciones de vida, sin embargo enfrenta angustiosamente la transición de esa divinidad, pues ya no radicará más en el hombre, sino que la furia comercial a través de los clientestraspasan todo el poder a la institución, al *Centro*. Éste es el nuevo espacio que regula la vida, quien lidera la vanguardia espiritual del hombre, sus preocupaciones y sus dichas. Esta alternancia de dioses es una manifestación nihilista que explica Nietzsche:

[...] el fin parecía establecido, dado, exigido desde fuera, es decir, por alguna autoridad sobrehumana. Al dejar de creer en ésta, se buscó, sin embargo, según la antigua costumbre, otra autoridad, que supiera

hablar de forma absoluta y pudiera ordenar fines y tareas. La autoridad de la conciencia [...] O la autoridad de la razón. O el instinto social.[...] O la historia (Nietzsche 1981 40).

La figura de dios es reemplazada por el hombre, tarea que posteriormente será retomada por el *Centro* para seguir modelando a las figuras débiles de la humanidad, a la que habrá que redimir del vacío y eterno sin sentido a la que está expuesta si no se es eficiente y productivo.

En Cipriano aparece la analogía con un ser de barro, como aquellos que acostumbraba crear; una figura cuyo destino es regido por el sistema omnipotente del *Centro* que le gobierna y le sume en contradicciones constantes; una vía en la que no hay opción, por lo tanto, se convierte en un adorador de las nuevas condiciones en las que el sujeto debe refugiarse para seguir viviendo; de la buena relación que posea con la divinidad comercial, provendrá su supervivencia. Cipriano ha de aferrarse temporalmente a ese camino, antes de abandonarse por completo al producto de sus fuerzas lánguidas, reflejo de su inminente exclusión, pero de su dicha y comprensión existencial, al aprender que la vida no tiene rumbo alguno, y que todo individuo se prepara para un viaje, y para ese trayecto es preferible embarcarse voluntariamente, libre de carga; sin necesidad de ser obligado a navegar por parajes calculados e ilusorios.

El alfarero reconoce que sus estatuillas, sus lozas y cerámicas están tan expuestas al capricho propio y social, tal como él lo está a las dinámicas del mercado. La volatilidad que allí se presenta, conlleva a la valoración actual del sujeto por alguna razón, y su rechazo -u olvido- el día de mañana:

Y quizá una de esas personas, mujer u hombre, vieja o joven, por el gusto y tal vez la vanidad de llevarse a casa una representación tan fiel de la imagen que de sí misma tiene, venga a la alfarería y pregunte a Cipriano Algor cuánto cuesta esa figura de allí, y Cipriano Algor dirá que

ésa no está a la venta, y la persona le preguntará por qué, y él responderá, Porque soy yo (Saramago 2001 197).

Al estilo más bíblico, Cipriano se identifica como un creador, un demiurgo del hombre que se experimenta en el barro. Crear, modelar y desechar es la reflexión constante que se acciona en este ser gracias a sus artesanías. Con ello comprende su debilidad, su carencia; un dios que palpa la fragilidad de su creación, siendo éste tan deleznable como aquellos que moldea. Sentirse como una creatura denota la implacable carga nihilista, en tanto el hombre reconstruye constantemente su plataforma existencial, donde el ritmo de vida depende de las circunstancias de poder establecidas en la sociedad.

Cipriano le otorga un paréntesis de carácter esencial a dios, pues éste entra en receso; consideración inicial para un mundo en el que penderá de la labor y acción humana, en el que no se haya consuelo, ni esperanza; dios entra en receso, pero su vicario en el mundo, el *Centro*, retoma su poder y lo proyecta a los hombres.

Ante la imperfección reinante que rodea al protagonista de la novela, éste a su vez reconoce en la divinidad una imperfección eterna de la que es heredero el hombre, y que a su vez es mentora de la nueva divinidad comercial, ya que en las esferas del *Centro* es posible encontrar injusticia, desigualdad y mentiras; todas estas cualidades teológicas de las divinidades escalonadas. Emerge así la queja de Cipriano: Si Dios no sabe hacer a un hombre, cómo es posible que le pida cuentas (Cf. Saramago 2001 288).

Esta divinidad escalonada, como se ha nombrado la transición de la divinidad en dios, Cipriano y el *Centro*, esconde en su trasfondo una naturaleza de constancia, en la que sólo cambia el nombre receptor del poder. Cada instancia que ha respondido al señoreamiento de la divinidad, se encarga a su vez de la respuesta inmanente del ser, del mundo y de la vida. Dios, el hombre y la institución es parte del tránsito que se detiene en uno, y se traslada al otro; es la

comprensión de la divinidad como eterno retorno, todo vuelve a su principio y no encuentra final.

### 5.7.1 El *Centro*: nuevo dios

*La Caverna* trae consigo una concepción materialista y productiva del mundo que trastoca la concepción vital y de mundo en la sociedad, sin embargo el *Centro* se configura como un nuevo entorno social en el que las dinámicas afectivas, comerciales, familiares y de poder se alejan de la tradición, pero desembocan en dimensiones institucionalizadas y normatizadas por esta sociedad organizada. Una vez más es prudente leer la interpretación que refiere Lipovetsky sobre este fenómeno al afirmar: «En el universo inseguro, caótico y atomizado de la hipermodernidad aumentan igualmente las necesidades de unidad y de sentido, de seguridad, de identidad comunitaria: es la nueva oportunidad de las religiones» (Lipovetsky 2006 99). Estos nuevos horizontes de sentido y de unidad forjan en la contemporaneidad nuevas identidades, producto de modas, tendencias y experiencias. De allí ejemplos tan claros como las tribus urbanas y los grupos que conciben su vida desde ámbitos radicales tales como: el vegetarianismo, ecologicismo y –¿porqué no?- consumismo.

El *Centro* se arroja al direccionamiento trascendente de los individuos. Esta es una época en la que prevalece una ética institucional y social, en el que se enmarcan los comportamientos socialmente convenidos como aspectos de inclusión o no en los ámbitos comunitarios. Como ejemplo evidente de ello, la exigencia de consumir, el estatus y los parámetros que desde la moda, las marcas, y otras instancias se presentan. Las instituciones, en este caso el *Centro*, comprenden que dicha acción es vital para forjar una vida productiva con la cual se identifique la persona. El *Centro* conlleva a esas exigencias, por eso es capaz de redireccionar los gustos y las tendencias de la sociedad. En la narración, la voz del *Centro* lo indica todo, al traer a colación el dicho:

Esta es la ocasión de proclamar que el Centro escribe derecho con renglones torcidos, si alguna vez tiene que quitar con una mano, con presteza acuda a compensar con la otra, Si recuerdo bien, eso de los

renglones torcidos y escribir derecho se decía de Dios, observó Cipriano Algor, En estos tiempos viene a ser prácticamente lo mismo, no exagero nada afirmando que el Centro como perfecto distribuidor de bienes materiales y espirituales que es, acaba generando por sí mismo y en sí mismo, por pura necesidad, algo que, aunque esto pueda chocar a ciertas ortodoxias más sensibles, participa de la naturaleza de lo divino [...] (Saramago 2001 378-379).

Este direccionamiento del sujeto conlleva por lo tanto a la aprehensión de nuevos valores y bienes para el individuo. El *Centro* ofrece la ilusión de una vida plena, cómoda, confortable, entretenida, satisfecha en sus necesidades, ni crítica, ni reflexiva; convirtiendo todo lo anterior en la estructura paradisiaca de aquel que habita la sociedad de forma inerme, sin juicio, sin compromiso. El hombre que había descrito en su momento Ortega y Gasset –el hombre masa-, el mismo que es incapaz de hallar los deberes para con el mundo y que no logra usar su razón para detenerse en su época. José Saramago denuncia con especificidad a este tipo de hombre a partir de las siguientes palabras:

Si no hay una revolución de conciencias, si las personas no gritan: «no acepto ser meramente aquello que quieren hacer de mí», o no se niegan a ser un elemento de una masa que se mueve sin conciencia de sí misma, la humanidad estará perdida. No se trata del volver al individualismo, sino de reencontrar al individuo. Éste es nuestro gran obstáculo: reencontrar al individuo en una época en que se pretende que éste sea menos de lo que podría ser (Gómez 2010 174).

Este tipo de hombre es uno que ha olvidado su humanidad, y que difícilmente se opone al proyecto que le enmarca la sociedad; pues el medio le aquieta y solicita del mismo sólo subsistencia y sosiego. Es la destrucción camuflada de la humanidad la que habita detrás del confort social. Y no sólo está en riesgo la destrucción, como lo señala Saramago, sino una irracionalidad cada vez más

enraizada, la cual será cada vez más difícil de desmontar en medio del aplauso por la técnica, el progreso y el desarrollo. El hombre se acomoda a los nuevos destinos que el comercio, la industria y los medios masivos le exigen, dejando a un lado la crítica y la asunción reflexiva de la realidad.

Esta es la vivencia necesaria y básica para vivir en el mundo contemporáneo, quien no se ajuste a tales experiencias debe comprender que su identidad no ha de reflejarse en la sociedad imperante; su destino es otro: “Quien no se ajusta no sirve”(Saramago 2001 450).

## 6 Conclusiones

La propuesta literaria de José Saramago es digna de una reflexión filosófica contemporánea, ya que en sus líneas se observan las claves para analizar las problemáticas que acompañan al hombre actual. Allí mismo se plantea la mirada general de los conflictos que se perciben en la sociedad y la participación que poseen las instituciones en la configuración de la realidad y el sentido de vida de cada individuo. A través de la literatura, especialmente con *La Caverna*, es factible ir tras las huellas de la postmodernidad y comprender los condicionamientos y las instituciones que obligan al ser a vivenciar constantes cambios y a transformar las estructuras sociales.

Desde la significación ontológica del hombre contemporáneo, *La Caverna* denuncia los ámbitos que en la contemporaneidad más estremecen al ser; todos ellos frutos de una época en la que la tecnología, el consumo, la producción y el mercado influyen en las personas, invitándolos a participar de los modelos que se imponen en la sociedad, o en su defecto, excluyéndolos y enviándolos a un ostracismo social. El ser, dígase de otro modo, pierde la identidad en la que construía hasta entonces todo su ramaje de culturas, tradiciones y costumbres, en tanto va adquiriendo roles y prácticas nuevas que lo enajenan de lo que era, y lo llevan a formas de ver la vida que hasta entonces eran desconocidas.

La mirada desde la filosofía contemporánea posee hoy en día el gran aporte de disciplinas como la sociología y la antropología, quienes desde su perspectiva tratan de comprender y reflexionar los agudos problemas que enfrentan el hombre y la sociedad actual. Por esa razón, al lado de grandes filósofos contemporáneos, se encuentra la mirada complementaria de pensadores de la talla de Bauman y Lipovetsky, quienes estudian las problemáticas actuales desde perspectivas paralelas, y en el que es importante rastrear caminos de acercamiento con los problemas ontológicos que corresponden en la actualidad. Es posible rastrear la



postmodernidad como un fenómeno al que sólo le faltan posibilidades, pues allí no predomina una definición, sino un conjunto de paradigmas existenciales, sociales y humanos que están cambiando constantemente, y en donde el hombre debe reelaborar senderos para llevar su vida, y procurarle significado. Como ejercicio inacabado, la postmodernidad lanza al ser a una comprensión diferente de la vida, en la que nada está culminado, en el que todo se presenta como alternativa y reto a la vez. Detrás de esta propuesta postmoderna que nos presente José Saramago en *La Caverna*, se encuentra la añoranza que devuelva el sentido de vida, ya que el afán por la supervivencia, por mensurarlo todo, conlleva a la transformación de la conciencia y la identidad en un medio saturado de imágenes, espectáculo y hedonismo. No en vano, el pesimismo crítico de Saramago tipifica estos tiempos como de estupidificación, pues ante tanta contradicción, ante tantas imágenes y el interés homogenizador de algunas instituciones, este es apenas el espacio que encuentra el individuo; falta entonces al estilo de Cipriano Algor, salir de allí con el mayor riesgo y hacer de la vida y del pensamiento una apropiación radical del yo y de lo otro.

El individuo convive actualmente entre intensas demandas que la sociedad de consumo le procura a través de los medios de comunicación, instituciones comerciales y modelos de vida, todos ellos proyectando incluso un paradigma de individuo para estos tiempos. Aparece en la sociedad la entronización de entes de poder que gobiernan el vivir y el obrar del ser humano, derivando de esta forma a la creación de una nueva moralidad, en la que sobresale la capacidad de consumo, la productividad y la imagen social.

Cualquier claridad que se obtenga de la postmodernidad es más fácil evidenciarla en la inmensa suma de contrariedades que proporciona al ser, que un significado unívoco de la misma. Esta consideración, conlleva a que cada teórico explique el término con mayor o menor relación, sin embargo es el individuo el que palpa las experiencias de una época que pone el acento de la vida en las dinámicas técnicas, productivas, comerciales y económicas del momento, dejando

a un lado todas aquellas ideas que podrían ir de la mano con la tradición, las costumbres, la familia, etc. Esta es una época en la que se reposicionan otros intereses y otros valores, dejando entrever una comprensión nihilística de la postmodernidad, pero en la que reaparecen nuevas formas de asumir y de enfrentar la vida desde otros sentidos.

Uno de los problemas de participar de la sociedad que vive en la postmodernidad, es la búsqueda implacable por el sentido y por la identidad. *La Caverna* sitúa a quien la lee, a identificar zonas de oportunidades o de inmenso peligro en la sociedad misma. La primera sería producto de reencontrar allí el ideal de la libertad, en la que se descubre una vocación y el valor de la vida misma sin importar nada más; de otro lado están aquellos que viven en la simulación y la apariencia, que a su vez es otra forma de afrontar la vida, en la que abunda el afán por el estatus, el poder y el confort. Resulta de lo anterior el hallazgo mismo de la identidad, lo que a su vez permite que el individuo pueda vivir a gusto o no con lo que le rodea, y que la existencia sea escenario de una lucha constante en la que el sentido se recrea y no se agota.

Una comunidad que sólo se preocupa por el consumo, por la moda y por la innovación, deja de lado al ser, evidenciando lo que algunos pensadores ilustraban con la crisis del humanismo y el progresismo a ultranza. Así, la carrera por la técnica, la producción y la eficacia, ha marcado en el individuo un desierto existencial que procura ser paliado desde las instancias del derroche, la riqueza, el trabajo, la moda y todos aquellos mecanismos que lo fijan como partícipe del mercado y los fenómenos sociales que de allí se desprenden.

*La Caverna* evidencia una relación acompañada de modernidad y postmodernidad, que deja en el ser cierta sensación de contradicción, debido a que allí hay espacio para la configuración de límites desde la vigilancia, el control, el orden y el direccionamiento de la sociedad, pero de otro lado está la propuesta ilimitada de ser feliz, de simular la realidad y vivir al compás del ideado progreso

económico y social. Bajo esta mirada en la que aparecen constantes contradicciones, es factible encontrar como el *Centro* desterritorializa la realidad y la lleva a un mismo lugar a través de simulaciones y representaciones. De esta forma la postmodernidad evidencia el movimiento constante, pero que a su vez genera en el sujeto cierta confusión, pues se hace constante e imparable. Así, el ser experimenta singulares vivencias de oscilación, al cambiar sus labores, sus prácticas económicas y sus relaciones sociales.

La postmodernidad deja entrever un espacio en la reconfiguración metafísica, que se creía olvidada en esta época. Así, una postmetafísica se reconstruye desde el lenguaje que proclama el *Centro* a través de las voces de los jefes y guardas de seguridad, quienes declaran la omnipotencia del mismo, sus dimensiones y la debilidad de todos aquellos que no acepten la autoridad del gigante comercial. Ese gran poder es capaz de transmutar la realidad y convirtiéndola en apariencia, narcotizando la vida, la razón y produciendo cierto extrañamiento a la vista de aquel que no viva bajo tales parámetros. En el *Centro* se hinca la nueva fe y la esperanza social, pues se venera el desarrollo y el gasto, mientras quienes asisten a tal religión, añoran la tipificación del hombre bajo los criterios de una comunidad segura, estable, hedonista y materialmente satisfecha. El destino del ser está marcado por las indicaciones precisas del mercado, quien encuentra a través de encuestas, sondeos y demás estadísticas, la garantía para continuar o no en la sociedad; estos son los mecanismos de salvación social para seguir con vida en una comunidad activa y de gasto, o por el contrario, el certificado de exclusión social, en el que se afirma la impotencia del individuo para seguir los flujos que el mercado le exige en otros niveles.

En el ritmo de vida impuesto por el *Centro* es un tanto paradójico que se trate de llevar al ser a una construcción unidimensional o de homogeneidad, pues algunos de los filósofos contemporáneos evidencian que la diferencia y las expresiones alternativas del ser parece proyectarse hacia nuevos horizontes, o por lo menos es la apuesta categórica de un pensador como Vattimo, quien en sus

textos abunda en expresiones al hablar de la idoneidad del individuo para construir, en la sociedad, modelos que le diferencien. Esa lucha entre homogenización y diferenciación logra tomar cuerpo en las reflexiones del protagonista de la novela, quien retoma finalmente una decisión por el ser y procura liberarse del prototipo mensurable, rígido, frío y superficial del *Centro*.

Estas posturas que propenden por marcar en la población el paso de una sociedad de consumo, son reforzadas por la presión mediática y publicitaria desde las cuales se prometen modelos de vida que logran en el ser cierto adoctrinamiento, pues en ellos se hallan las ilusiones para obtener una vida feliz, perfecta y tranquila, imponiéndole cargas inusitadas, en las que el sentido de la realidad y de la vida desaparece, con el fin de cumplir con los parámetros establecidos y convirtiéndolos en representaciones colectivas de la sociedad. Una vez más, yace el quiebre de una comprensión del multiverso social, pues al ser se le impone una imagen a seguir, y en su aceptación y sometimiento se encuentra la idea progreso.

La sociedad del consumo procura no demostrar prácticas que desilusionen o que muestren la carencia humana, por esa razón dentro del *Centro* no se permite el reflejo de pobreza o miseria, todo debe irradiar abundancia, espectáculo e ilusión. Así mismo, la muerte como desaparición, como tragedia, debe ser excluida de este recinto, pues ella sólo ostenta la terrenidad de un ser temporal y precario. Por eso en estos escenarios se maquillan y se evitan, pues se busca garantizar al sujeto la eternidad a través de prácticas simuladas e intensas como las que se encuentran allí.

Bajo la tutela de un mundo que pretende la sincronía productiva de la sociedad, y el encadenamiento y funcionamiento del individuo como consumidor y agente de la realidad como mercancía, se levanta la voz de importantes figuras del pensamiento contemporáneo, tales como Bauman y Lipovetsky, que al diferir en muchos aspectos, coinciden en detallar la problemática por las que atraviesa el

ser humano, entre otras el sentido efímero de felicidad, la problemática aguda del consumo, la reconfiguración de la sociedad y la moralidad utilitarista que acompaña a las instituciones. Detrás de cada una de esas posturas, resuena la narrativa de José Saramago quien, desde las letras, lee un mundo en movimiento que simula una gran caverna en la que el ser se encuentra; una caverna soberana y sistemática, desde la que todo se gobierna y que procura hacer material toda ilusión y representación, por eso estar en el *Centro*, es como habitar un sueño. Por esa razón al ser se le desarraiga de todo pensamiento, duda, pregunta, sentimiento y emoción, y se le invita a asumir los lenguajes del progreso y del capital, mecanismos que permiten habitar homogéneamente los nuevos espacios.

Se encuentra dentro de las paredes del *Centro* la preocupación constante por la masificación del disfrute, ya que todo allí está dado. La ciudad y los focos de producción proyectan la falsa imagen de seguridad, la que a su vez alberga el afán soterrado de eficacia, sin que se perciba el intento crítico del pensamiento. Dentro de los autores que critican esa mirada espectacular y progresista con la que se ha recubierto la contemporaneidad, ha sido Lyotard, quien a su vez deslegitima aquellos valores que esta época encierra, tales como la innovación, la eficiencia y la calidad.

Los factores mencionados, prodigan en tanto, la expectativa por una época de miedo, angustia y zozobra, pues el afán que se apodera del individuo por vivir bajo los parámetros que le enmarca la sociedad de consumo, también le condenan. El individuo se ve inerme y débil ante las instituciones que parametrizan la sociedad, pues ellas a su vez, se han adueñado de la infalibilidad social. Ha de considerarse todas ellas como majestuosas pitonisas de la actualidad, pues nada ni nadie se escapa de lo que ellas dictaminan, mientras que los demás sigue el curso que se les indica desde los medios, las modas y demás.

Dentro de los afanes que se observan, ha de priorizarse la urgencia por el dinero, ya que viene a cumplir un papel vertebral en la postmodernidad; todo lo

permea, y sólo desde allí se erige el significado de la sociedad y del individuo. Ir en contra de este fin es declarar el suicidio social y económico, así que desde tal ámbito se construyen las oportunidades y esperanzas de vida para la sociedad. Así, cualquier chance pierde toda posibilidad, y cualquier acrecentamiento del ser, tal como lo declaran los filósofos, queda bajo el manto de la sospecha y la penumbra.

Las radicales escisiones por las que está marcado el hombre contemporáneo logran entrever niveles de exclusión nunca antes vistos, en los que se valora especialmente el factor económico que regula a la sociedad. El ser y la realidad se aúnan para entenderse a partir de las estructuras comerciales y del mercado, las cuales agobian al individuo, proponiéndole imperativos sociales para sobrevivir bajo dichas dinámicas. Bajo tales perspectivas se desdibuja la personalidad individual, y se recalca por otro lado el papel productivo, a partir de los rasgos mensurables y eficientes de su quehacer.

Esta es la propuesta de la nueva humanización productivista de la sociedad, los nuevos acentos de una comunidad alienada en el consumo y el gasto; un conglomerado de individuos que han olvidado la dimensión del otro, y la que se lucha infatigablemente por alcanzar los estándares fractales de la postmodernidad.

Una novela que no tiene ayer, sino que vive en un presente estrecho, dirige sus luces sobre los nuevos *Centros* comerciales que invaden a las ciudades. En ellos se recrea el individuo a través de ingentes formas para gastar la vida, invirtiendo el tiempo y el dinero en diversión, espectáculo, servicios y productos. No sería excesivo dimensionar la permanencia en tales espacios, como nuevas experiencias religiosas que el individuo habitúa, necesita y exige. Y no sólo sería experiencia, también es un lenguaje que requiere nuevas comprensiones y racionalidades del mundo. Lipovetsky lo aclara, sin mayor aspaviento, al creer que el caos en el que se vive, es un caos organizador, y habrá que tranquilizarse, pues

apenas ellas se están asentando. Las fuerzas globales que se erigen en la sociedad, toman furor, y ellas van horadando en el ser, las familias y las comunidades, los nuevos gustos y necesidades, para homogenizar a la sociedad, y encaminarla por su senda.

*La Cavernadeja* entrever una ética comprometida con el individuo y la sociedad, en la que prevalece la quimérica ilusión por la igualdad y la equidad, sin dejar a un lado la realización misma del ser. En la misma obra tantos sentimientos, grandes desconsuelos y tan anheladas esperanzas. Un ser desestabilizado, pero no derrotado; uno que pierde sus estribos, pero a su vez cree cosechar felicidad. Esta lucha constante configura la batalla misma de la vida, es una pugna entre la frustración y la esperanza. La contemporaneidad sabe oscilar en las mencionadas opciones, mientras que en el medio parece hallarse el vacío más palpable, lindando con la técnica y el progreso la búsqueda de una existencia significativa – en las palabras de Vattimo-.

Esa búsqueda implacable del sentido del ser obliga a reivindicar la opción por una profesión, por la vocación y por la creación, palabras todas ellas que resuenan arcaicas en el lenguaje cercado por la producción contemporánea. El sentir que emerge de dichas prácticas podría ser propio de un coleccionista, en tanto rescata la preocupación por los valores, la experiencia singular de la vida y el oficio ancestral. Ante las vitrinas espectaculares desde las cuales se proyectan los nuevos prototipos de existencia a partir de la moda, los espectáculos y la uniformidad, yace un individuo entregado a la comodidad, el goce y el deleite mercantil. Quien se encuentra de pie abstraído ante tal espectáculo, se transforma en el nuevo oráculo de la contemporaneidad. La credibilidad y fidelización de este tipo de ser, le convierte en juez y señor, en tanto su poder económico indica las futuras demandas o exigencias como mercado, y por otro, qué producto o servicio debe cesar.

Esta nueva configuración del ser, del mercado y los espacios, producen cambios drásticos en la comprensión de la vida, por eso H. Arendt hablará de un hombre superficial, el cual no depende sólo de su voluntad, sino de las conexiones con las estructuras que le rodean como ser social. Esos nuevos factores que redimensionan al individuo, muestran los cambios y los valores que se le presentan al sujeto social. Por eso, dentro de estos se evidencia la significación de un sentido existencial basado en la rentabilidad y los parámetros de balance económico. Así, el individuo aparece más como un cliente o consumidor en esta época al que se le atiende y se le escucha por tal condición.

En esas condiciones de existencia, el sujeto ha de convivir en un contraste singular, especialmente en las relaciones que se dan entre ciudad y campo, industria y artesanía, naturaleza y técnica; relaciones todas ellas que se imponen en estas épocas y en las que el hombre es asechado constantemente y en las que se le exige cierto ritmo de vida; siendo asolado por el miedo, el fracaso y la exclusión. A este ritmo aparece en la sociedad un paria del mercado, sin reconocimiento alguno, o un residuo del comercio global tal como lo clasifica - entre otros apelativos- Zigmunt Bauman.

En esas dinámicas que a veces quedan rezagadas, aparece una con gran carga simbólica y creativa como la época de la artesanía, disposición en contravía de la mirada productiva del comercio, cuyo único sentido es la rentabilidad en cada pieza fabricada. La sensibilidad del hombre se extravía en un mundo competitivo y acorralado por la productividad. En esa dinámica el hombre se convierte también en un producto, que al final tiene fecha de caducidad. La esfera productiva conlleva a pensar que el sentido, la identidad y la dignidad se comportan con los criterios del mercado, siendo una de las preguntas concretas de *La Caverna*, al someter a la familia Algor a los cambios tan drásticos que vive el *Centro*. Los modelos vitales en los cuales se movía esta familia eran parte de la tradición y el oficio heredado por generaciones, sin importar aspectos como el éxito económico o financiero en el trabajo realizado.



Dentro de la clara identificación de los contrastes, es comprensible creer que lo global es un imaginario al que el ciudadano accede al evidenciar menos límites físicos y más vías de acceso al conocimiento, al mundo y a la comunicación, situación no tan privilegiada para algunos que yacen en la periferia, debido a su escaso poder económico y de movimiento, sin contar aquellos que podrían referir el significado de lo global al temor y a los miedos que trae consigo la mezcla con otras culturas y comprensiones del mundo.

El *Centro* es la propuesta de un mundo pragmático, que aniquila la contemplación y altera el ritmo de la naturaleza, entronizando por el contrario el deseo, su satisfacción y una vida vertiginosa que tiene como fin el gasto, las relaciones interesadas con los demás y la acelerada búsqueda de progreso. El *Centro* es la gran figura redentora y cohesionadora de la contemporaneidad, en la que se renueva todo y cuya imagen deja vetusta la figura del campo y sus misterios. Ante dicho panorama es difícil considerar alguna consecuencia, quizás Vattimo comprenda una de ella: la humanidad desplegada, en la que el individuo ya no recaba sobre sí mismo, sino sobre nuevas experiencias y significaciones de vida ajenas a su ser. Diríase que el *Centro* es la nueva búsqueda ontológica de la simulación, cuyo fin es multiplicar sinnúmero de experiencias y sensaciones para aliviar la inquietud del hombre en su existencia. Esa experiencia ontológica desfigura la comprensión de comunidad, de identidad y persona, pues los espacios que antes eran habitados tales como el campo, son abandonados y borrados de la memoria. La ciudad se convierte en un lugar en el que la existencia se hace sinónima de poder, dominio y consumo.

En el amplio marco de experiencias y revelaciones que aporta *La Caverna* ha de encontrarse la combinación de temáticas filosóficas como el nihilismo y la hermenéutica, hermanándose como vías para acceder a una ontología de la contemporaneidad. En este tejido complejo en el que se sustenta la novela, aparece una realidad ajena a explicaciones trascendentes. Allí el ser se desvía del sentido que hasta entonces le asignaba a la realidad, y entroniza otras que tocan

lo más profundo del individuo. Esa interioridad individual se proyecta en la novela por medio de la puja entre el nihilismo activo y el reactivo, resultado de la lucha de un individuo que resiste al comercio, al consumo y demás mecanismos sociales de reconocimiento y que por otro lado procura hallar el sí mismo deleuziano, en el que cada acto es pesado bajo el rigor consciente de ser vivido, sin evadir responsabilidad alguna.

El nihilismo en la novela se configura como viaje que no reconoce destino en sus protagonistas, mientras que en las instituciones que jalonan el poder y el dominio, el aporte nihilístico es la previsión y orientación de todo acto a un objetivo productivo. De allí que surja, como si fuera un juego de palabras, el *Centro* centrismo como tumba del espíritu, pues el *Centro* propone la fantasía, el espectáculo y el entretenimiento como la gran hoja de ruta del hombre. Él es quien brinda los horizontes para entender al ser humano, a éste sólo le quedan posibilidades, aunque todas ellas conduzcan a la incertidumbre y a la angustia. Germina una sociedad utópica y un contrato en el que el sujeto entrega todo su ser, para recibir de primera mano: tranquilidad, consumo y placer.

En la misma línea comprensiva del nihilismo postmoderno se circunscribe Franco Volpi, quien reseña que el afán por la técnica es el nuevo rostro del nihilismo que reviste al ser humano, especialmente por el interés productivo con el que dota al hombre. Las certezas económicas que se desprenden de allí permiten que el nihilismo técnico aniquile cualquier tipo de recuerdo, pues el pasado no es sinónimo de progreso ni avance. Así, el nihilismo reduce la capacidad de memoria histórica, y quienes allí permanecen no potencian el volumen de consumo, comercio y moda; en otras palabras, estos seres no cuentan –y en el nihilismo más preciso de Volpi-, son nada.

El individuo que comienza a formar parte de las representaciones y las mentiras del mercado recurre a ellas como tabla de salvación, pretendiendo con ello modelar los caminos de vida. El *Centro* es la voz del nihilismo contemporáneo

en el que cada individuo cumple un rol, enajenándolo de los lazos sociales y de la comprensión del significado de comunidad. Al individuo se le entiende como un depósito rentable, detonando su mejor expresión al ser tratado como cliente.

Si toda directriz dentro del *Centro* busca el interés económico, será necesario desechar cualquier idea que opaque el sentido de dicha y de goce. Por esa razón la idea de la muerte es alejada de la comprensión humana en este lugar, pues ella trae consigo el mensaje de deterioro, fin y fracaso. La muerte tendrá que esconderse en el *Centro*, ya que es una idea que no promueve el consumo y resta a la imagen de disfrute, goce y felicidad que allí se proyecta.

Así como la idea de la muerte es ocultada, la relación con la divinidad es revertida, ya que se traslada el miedo y su omnipotencia al *Centro*, atribuyéndole a este espacio todos los misterios que la divinidad hasta entonces poseía. La batuta espiritual se negocia en los pasillos y locales comerciales, atiborrando de sentido a todos los que allí se encuentran a partir de los sacro-negocios de la moda, las tendencias y el estatus social al que acceden como seres con potencial social. La figura del centro comercial es una nueva forma de reconocer el protagonismo que hasta entonces recaía en la divinidad, pues hacia él se dirigen las nuevas prácticas esperanzadoras y los discursos que confluyen en el entramado social, todos ellos pródigos de un lenguaje proveniente de las exigencias productivistas, de las demandas de actividad comercial en el que todo individuo debe participar, de los planos de eficiencia al que todo trabajo ha de dirigirse.

El *Centro* ostenta el papel omnisapiente de la sociedad, pues es allí donde se configura el horizonte de los individuos, quienes a su vez se acoplan a las nuevas demandas sociales, generando en todos ellos necesidades y expectativas de vida cada vez más exigentes para el ser humano, sustrayéndoles de las expectativas comunes y tradicionales de realización y convirtiéndoles en cambio en canales eficaces para la aparición de nuevos órdenes mercantilistas y comerciales que presiden la configuración del orden social.

*La Caverna* muestra la relación con la alegoría platónica que tiene el mismo nombre, mientras en el filósofo el hombre asciende para descubrir la mentira, en la obra literaria el narrador lleva al protagonista a un descenso para encontrar en las entrañas de la tierra la verdad más cruda, verdad que significará finalmente la reapropiación de su vida.

## 7 Bibliografía

### José Saramago

Saramago, José. *El cuaderno*. Colombia: Alfaguara, 2009.

\_\_\_\_\_. *El último cuaderno*. Colombia: Alfaguara, 2011.

\_\_\_\_\_. *Ensayo sobre la ceguera*. Colombia: Alfaguara, 2004

\_\_\_\_\_. *La caverna*. Colombia: Alfaguara, 2001.

### Sobre José Saramago

Arias, Juan. *José Saramago: el amor posible*. España: Planeta, 1998.

Costa, Horacio. *A Caverna, de José Saramago*. Sao Paulo: Companhia das Letras, 2000.

[http://www.fflch.usp.br/dlcv/posgraduacao/ecl/pdf/via05/via05\\_16.pdf](http://www.fflch.usp.br/dlcv/posgraduacao/ecl/pdf/via05/via05_16.pdf)

Consultado el 20 de abril de 2011 a las 8:40am

Gómez Aguilera, Fernando (Compilador). *José Saramago en sus palabras*. Colombia: Alfaguara, 2010.

Halperin, Jorge. *Saramago: soy un comunista hormonal*. Bogotá: Oveja Negra, 2002.

José de Andrade, Marcos, Texeira, Osvaldo y otros. As “Cavernas” de Platao, Truman e de Saramago sob a ótica da Hiper-realidade para Jean Baudrillard no mundo pós-moderno. Universidade do Vale do Paraíba.

[http://www.inicepg.univap.br/cd/INIC\\_2006/inic/inic/08/INIC0000153\\_ok.pdf](http://www.inicepg.univap.br/cd/INIC_2006/inic/inic/08/INIC0000153_ok.pdf)

Consultado el 20 de abril de 2011 a las 9:37 am

Marulanda, Valentina. "La novela según Saramago", *Revista Aleph* N° 118, año XXXV (2001): 25-30

Prada Londoño, Manuel Alejandro. "“Son iguales a nosotros” Comentarios a la Caverna de José Saramago", *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana* Vol. 27, N° 94 (2006): 165-176

Postigo Aldeamil, María Josefa. "José Saramago y los proverbios". *Revista de Filología Romana*. II (2001): 267-299.

Sampedro, Víctor. "Un diálogo con José Saramago e Ignacio Ramonet sobre geopolítica y globalización". *Faros*. (2002): 165-193.

Rizzante, Máximo. "Entrevista: José Saramago contesta a Massimo Rizzante". *Revista Universidad de Antioquia*. I. 255 (1999): 16-21

## **Postmodernidad**

Guidens, Anthony. *La transformación de la identidad*. Madrid: Cátedra, 1998

Lyon, David. *Postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2000

Ortiz-Osés, Andrés y Lanceros, Patxi (Eds). *La interpretación del mundo. Cuestiones para el tercer milenio*. Barcelona: Anthropos, 2006.

## **Bauman**

Bauman, Zigmunt. *Archipiélago de Excepciones*. Buenos Aires: Katz Editores, 2008.

\_\_\_\_\_. *Ética posmoderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004

\_\_\_\_\_. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa, 1999.

\_\_\_\_\_. (2007a) *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbres*. Barcelona: Tusquets.

\_\_\_\_\_. (2007b) *Vida de consumo*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. *Vida líquida*. España: Paidós, 2006.

## **Lipovetsky**

Lipovetsky, Gilles. *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Anagrama, 2011.

\_\_\_\_\_. *El imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama, 1994

\_\_\_\_\_. *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, 2002

\_\_\_\_\_. *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama, 2007

\_\_\_\_\_. *La sociedad de la decepción*. Barcelona: Anagrama, 2008

\_\_\_\_\_. *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama, 2006

## **Lyotard**

Lyotard, Jean-Francois. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra – Teorema, 2006

\_\_\_\_\_. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa, 2003

## **Ser**

Bataille, Georges. *Teoría de la religión*. España: Taurus, 2001

Conill Sancho, Jesús. “Más allá del progresismo: la reforma del hombre desde la perspectiva de Ortega y Gasset”. *Revista Anuario Filosófico*. España, 2011. Número 44/2: 253-275

Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*. Buenos Aires: FCE, 2010

\_\_\_\_\_. *El concepto de Tiempo*. Madrid: Trotta, 2006

Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. España: Sarpe, 1983.

Martín, Javier San. "Ortega entre la ética y la política". *Metapolítica*. Jul/sep. Vol. 5: 50-71, México. 2001

### **José Ortega y Gasset**

Ortega y Gasset, José. *El Espectador*. España: Salvat, 1979

\_\_\_\_\_. *El Libro de las Misiones*. España: Espasa, 1965

\_\_\_\_\_. *Meditaciones del Quijote*. México: Aguilar, 1976

\_\_\_\_\_. *La Revolución de las Masas*. Barcelona: Planeta, 1995

### **Gianni Vattimo**

Vattimo, Gianni. *Diálogos con Nietzsche*. España: Paidós, 2002

\_\_\_\_\_. *Ecce comu. Cómo se llega a ser lo que se era*. Argentina: Paidós, 2009

\_\_\_\_\_. *El fin de la modernidad*. España: Gedisa, 2007

\_\_\_\_\_. *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra, 1990

\_\_\_\_\_. *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, 1996

\_\_\_\_\_. *Más allá de la interpretación*. España: Paidós, 1995

\_\_\_\_\_. *Nihilismo y emancipación*. Barcelona: Paidós, 2004.

### **Nihilismo**

Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama, 1971

Junger, Ernst y Martin Heidegger. *Acerca del nihilismo*. Barcelona: Paidós, 1994

Nietzsche, Friedrich. *Cómo se filosofa a martillazos*. España: Edaf, 1969

\_\_\_\_\_. *La Voluntad de poderío*. Madrid: Edaf, 1981.

Volpi, Franco. *El nihilismo*. Buenos Aires: Biblos, 2006

### **Bases de datos**



Beltrán, Miguel. "La realidad social como realidad y apariencia". Jstor.<http://www.jstor.org/stable/40182908> No. 19 (Jul. - Sep., 1982), pp. 27-53. 07/12/2011 20:09

Bericat Alastuey, Eduardo. "La cultura del horror en las sociedades avanzadas: de la sociedad centrípeta a la sociedad centrífuga". Jstor. <http://www.jstor.org/stable/40184683> Reis, No. 110 (Apr. - Jun., 2005), pp. 53-89. 08/12/2011 21:27

\_\_\_\_\_. "Fragmentos de la realidad social posmoderna". Jstor. <http://www.jstor.org/stable/40184535> Reis, No. 102 (Apr. - Jun., 2003), pp. 9-46. 06/12/2011 17:59

García Canclini, Néstor. "La globalización: ¿productora de culturas híbridas?" <http://www.hist.puc.cl/iaspm/pdf/Garciacanclini.pdf> Actas del III Congreso Latinoamericano de la Asociación Internacional para el Estudio de la Música Popular. 15 jul. 2011

Iglesias Turrión, Pablo; Jesús Espasandín López e Iñigo Errojo Galván. "Devolviendo el balón a la cancha. Diálogos con Walter Mignolo". [http://www.universidadnomada.net/IMG/pdf/Devolviendo\\_el\\_balon\\_a\\_la\\_cancha.pdf](http://www.universidadnomada.net/IMG/pdf/Devolviendo_el_balon_a_la_cancha.pdf) 2007. 18 jul. 2011

Pérez de Guzmán, Torcuato. "La sociedad reflejada". Jstor. <http://www.jstor.org/stable/40183782> Reis, No. 69 (Jan. - Mar., 1995), pp. 175-200. 06/12/2011 18:11

Simmel, Georg y Sánchez Capdequí, Celso. "El conflicto de la cultura moderna". Jstor. <http://www.jstor.org/stable/40184237> Reis, No. 89, Monográfico: Georg Simmel en el centenario de Filosofía del dinero (Jan.- Mar., 2000), pp. 315-330. 07/12/2011 21:54

## **Hermenéutica**

Heidegger, Martin. *Sobre el comienzo*. Buenos Aires: Biblos, 2007.

Ricoeur, Paul. *Del texto a la acción*. Argentina: F.C.E., 2006.

\_\_\_\_\_. *El conflicto de las interpretaciones*. Ensayos sobre hermenéutica. Argentina: F.C.E., 2003.

## **Ética**

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2009.

Jonas, Hans. *El principio de responsabilidad*. Barcelona: Herder, 1995.

## **Teoría literaria**

Bajtín, Mijail. *Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.

Sartre, Jean Paul. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada, 1969.

## **Existencialismo**

Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. España: Alianza Editorial, 2008.

Marcel, Gabriel. *Un cambio de esperanza al encuentro del rearme moral*. Buenos Aires: Kraft, 1955

## **Situacionismo**

Debord, Guy. *La sociedad del Espectáculo*. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1974.

## **Global y local**

- Baudrillard, Jean. *A la sombra de las mayorías silenciosas*. Barcelona: Kairos, 1978.
- Borja, Jordi y Manuel Castells. *Local y global*. La gestión de las ciudades en la era de la información. España: Taurus, 1997
- García Canclini, Nestor, Amalia Signorelli, Renato Rosaldo y otros. *De lo local a lo global*. Perspectivas desde la antropología. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1994.
- Serrano, Manuel Martín. *La producción social de comunicación*. España: Alianza Editorial, 2004.
- Touraine, Alain. *¿Podremos vivir juntos?* Colombia: Fondo de Cultura Económica, 2000.

## **Poesía**

- Pessoa, Fernando. *Poesía completa de Alberto Caeiro*. España: Pretextos, 1997.